

#### Capítulo IV

### ENTRE LA NECESIDAD Y EL PLACER. LA FORMACIÓN DE UNA NUEVA SOCIEDAD DEL ESCRITO (SS. XII-XV)

Antonio CASTILLO GÓMEZ

#### 1. DE LO ORAL A LO ESCRITO

Conforme queda dicho en el capítulo anterior, el tiempo que transcurre entre los siglos IX y XI contiene los indicios suficientes como para situar entonces el arranque de un cambio cualitativo respecto al significado y a la extensión de las prácticas de cultura escrita en la sociedad medieval, cuya aceleración se hizo más evidente en el curso de los siglos XI al XIII, fundamentalmente en la Europa romanizada. Distinta fue la situación de los territorios germánicos donde las funciones del documento escrito quedaron restringidas a las de una especie de símbolo contractual, desaparecieron los *cancellarii* y poco después los *scriptores* profesionales.

La fractura tuvo su epicentro en el siglo XII, aunque esta resultaría incomprendible sin sopesar en su justa medida los pasos que se dieron en el período anterior. Desde esta perspectiva cabe valorar la aparición de *scriptores* plenamente profesionales en el siglo X, la renovación del fondo y forma de los documentos en el XI o la creciente validez de la escritura como testimonio de prueba. No menos reveladora es la modificación que experimentó la *directio* de los documentos castellanos entre los siglos X al XIII desde las fórmulas que reclamaban la ejecución oral («Notum sit omnibus hominibus, tam presentibus quam futuris, quod ego...», por ejemplo) a otras más ligadas al acto de la lectura («Connosçida cosa sea a quantos esta carta vieren como yo...» o «Sepan quantos este privilegio vieren e oyeren como nos...»). Esto mismo se puede poner en relación con la identifica-

ción, más amplia, de los verbos *videre* y *legere*, a la que alude san Anselmo en el siglo XI, e igualmente con las novedades advertidas por Michael T. Clanchy en la práctica documental inglesa durante los siglos XII y XIII:

- 1) La introducción en el formulario de expresiones claramente alusivas tanto a la lectura (*vieren*, *oyeren*) como a una suerte de pacto entre el autor, el texto y el destinatario o receptor (*valete*).
- 2) La normalización del lenguaje empleado en las cláusulas documentales a lo largo del siglo XIII, signo inequívoco de una mayor organización de la producción escrita.
- 3) La escrituración cerrada de los testamentos, cuya validación no se confiaba, como en el siglo XII, a la comparecencia de los testigos cuanto a la aposición de signos validatorios.

Por supuesto, que se evolucionara desde una cultura germinalmente oral a otra de mayor presencia de la escritura no debe entenderse como si se hubiera sustituido la primera, pues, de hecho, la oralidad seguiría desempeñando un papel destacado incluso más allá de las fronteras medievales. Basta para advertirlo con pensar en el método escolástico, en las predicaciones, en los pregones o en ciertas formas de lectura en voz alta. Letras, palabras e imágenes formaban el triángulo de la comunicación en la Baja Edad Media, según vemos en las siguientes palabras tomadas del prólogo al *Bestiario de amor* de Richard de Fournival, rector de la catedral de Amiens, escrito hacia 1250:

Cuando se ve pintada una historia, un relato, tanto si tiene relación con Troya como con cualquier otra cosa, se presencian aquellos nobles hechos, acaecidos en el pasado, como si aún estuvieran presentes. Y lo mismo sucede cuando se escucha un texto, porque al oír un relato en voz alta los sucesos se ven en el presente [...]. Y cuando eres tú mismo quien lee, la escritura, con su pintura y su palabra, me presenta ante tu memoria, incluso aunque yo no esté corporalmente delante de ti.

De todos modos, nótese también que no pocos actos de oralidad, como esta lectura en voz alta de relatos épicos, se remitían a un texto escrito. La escritura, en efecto, se fue afirmando como una tecnología al servicio de la sociedad, ya fuera para crear, conocer, dictaminar, registrar o informar. Poco a poco se fueron abatiendo las barreras que durante la Alta Edad Media habían cercenado su difusión social y la habían mantenido recluida, y nunca mejor dicho, en el espacio acotado de los monasterios, entre las cuatro paredes de los distintos *scriptoria*. Natu-

ralmente ese monopolio eclesiástico de la cultura escrita fue consustancial a un tiempo histórico determinado por una economía esencialmente rural, y una estructura de poblamiento dispersa y articulada alrededor de los cenobios; pero, a medida que dicho panorama se abrió a nuevas formas de vida y la ciudad se constituyó como agente de civilización, las prácticas de la cultura escrita entraron también en una nueva fase, prólogo, en el fondo, de lo que sería su salto más descarrado en la segunda mitad del siglo xv, coincidiendo con la difusión de la imprenta. En esa trayectoria no fueron menos importantes sendas novedades en los soportes y en la morfología de la escritura.

Respecto al primer punto, cabe reseñar la difusión del papel en Europa. Introducido por los árabes, parece que los primeros testimonios de su uso en el Occidente europeo corresponden, en códices, a un *Breviarum gothicum seu mozarabicum* copiado en el *scriptorium* de Berlanga en la segunda mitad del siglo x, y, en documentos, a algunas piezas del siglo xii. A este momento pertenece el primer molino de papel conocido, el de Játiva (1151), anterior en un siglo al italiano de Fabbriano (1276). En Italia, las primeras evidencias de uso del papel datan del siglo xii: un mandato de la condesa Adelaida fechado en 1109 y los más antiguos registros notariales genoveses, que empiezan en 1154; mientras que en Francia los primeros testimonios en papel se retrasan hasta mediados del xiii. A partir de esta época se empleó cada vez más frecuentemente, sobre todo en la producción documental, en las escrituras ordinarias y en los libros de uso cotidiano, en tanto que el pergamino se reservaba para los documentos más solemnes y para ciertas clases de libros difundidos entre las elites.

En cuanto a las tipologías gráficas, el cambio vino dado por la introducción de la *littera moderna*, después llamada gótica, en tono despreciativo, por los humanistas italianos. Dicha letra comenzó a afirmarse en la segunda mitad del siglo xi, sobre todo en la zona septentrional de Francia, en Inglaterra y en Alemania, justo a la vez que se empezó a utilizar un nuevo instrumento para escribir, una pluma de animal biselada, con el corte hacia la izquierda, que varió radicalmente el trazado de la escritura. Desde las regiones de su nacimiento, la letra gótica se extendió al resto del Occidente europeo convirtiéndose en la letra representativa del período gótico. Más allá de las variantes adoptadas en los distintos reinos y en función de sus diferentes usos (librescos, documentales y corrientes), lo más característico fue la unificación de la escritura documental europea de los siglos xii y xiii en una nueva cursiva, desarrollada a partir de la minúscula diplomática, que alcanzó una gran homogeneidad en los siglos xiii y xiv. Su extensión fue producto de las nuevas con-

diciones creadas en aquella época: la difusión del notariado y el uso abundante de la escritura en todos sus niveles, incluido el privado, debido al desarrollo artesanal y mercantil; así como la uniformidad en el sistema gráfico y en los métodos de la enseñanza elemental. A partir del siglo XIV, la necesidad de una reforma de la escritura que sustituyera la fatigosa letra gótica por otra más «pura y clara, que se ofrezca espontáneamente a la vista y no contenga faltas de ortografía ni de gramática» fue sugerida por Petrarca, a quien pertenecen dichas palabras, aunque no empezó a materializarse hasta el tránsito del siglo XIV al XV, en el grupo establecido en Florencia en torno al canciller Coluccio Salutati. El fruto de ese cambio fue la creación de la minúscula humanística inspirada en la minúscula carolina.

Dicho esto, quiero ahora enunciar a modo de inventario la serie de transformaciones políticas, religiosas, económicas, sociales y culturales que definen la coyuntura situada en torno al llamado «renacimiento» del siglo XII, pues sin ellas no se pueden entender las modificaciones experimentadas en las relaciones entre la sociedad y la cultura escrita:

- 1) En el ámbito político, cabe tener en cuenta: por un lado, las disputas por el *dominium mundi* entre emperadores y pontífices; y por otro, el desarrollo, acelerado en el siglo XIII, de las monarquías feudales, que poco a poco se encaminaron hacia formas y estructuras de organización, ejercicio y exhibición del poder cada vez más centralizadas, lo que se ha calificado como la gestación del «estado moderno».
- 2) La Iglesia asistió, desde finales del siglo XI, a una serie de convulsiones en la estructura del poder eclesiástico y en el sentido de la religiosidad. Mientras que Gregorio VII introdujo el rito romano, con todas sus secuelas en la producción de nuevos textos para el oficio litúrgico; las órdenes mendicantes y los movimientos heréticos se alzaron como exponentes de otras maneras menos ceremoniosas de concebir y vivir la religión, más próximas a las enseñanzas de Cristo y, a menudo, muy vinculadas a las vías abiertas por la lectura en silencio.
- 3) Las rígidas estructuras sociales y económicas se vieron alteradas a medida que aumentó el peso de las actividades artesanales y comerciales. Se diversificaba la base económica y con ello la sociedad, cada vez más rica y compleja, con un lugar destacado para las gentes dedicadas a la elaboración y al comercio de los productos, amén de cuantos emigraron del campo a la ciudad en busca de nuevas oportunidades de promoción no siempre cumplidas.
- 4) La ciudad pasó a ser el espacio de vida característico de la Baja Edad Media. Sus calles, plazas y mercados se constituyeron en el teatro de una re-



presentación marcada por el ajeteo de la «revolución comercial». En la urbe cobraron fuerza nuevos usos culturales de honda implicación en el mundo de lo escrito. De un lado, las universidades rompieron con los hábitos anteriores y se abrieron a una concepción del saber basada más en la dialéctica y en el razonamiento. De otro, los nuevos grupos urbanos, en especial los comerciantes y los artesanos, también sintieron la necesidad de aprender a escribir y a leer, de manera que en ellos recayó el verdadero protagonismo de la nueva sociedad de la escritura.

Así, en el curso de la historia de la cultura escrita, seguramente lo más relevante de la Baja Edad Media se puede compendiar en el paso del alfabetismo de los escribas, tan definitorio de lo que había sido la época altomedieval, al de los artesanos, por resumir en esta expresión la imparable implicación social de la escritura entre la vasta población de los *illiterati*, los no instruidos en la cultura latina. Su incorporación al mundo de lo escrito es parte de una transformación más amplia que tiene que ver con la formación de una cultura escrita más laica, entendiendo por esta, según Ivan Illich, la «trama de categorías que, desde el siglo XII, ha moldeado el espacio mental de los laicos analfabetos tanto como el de los clérigos ilustrados». Algo, en fin, que rebasa la escueta competencia gráfica para constituirse en una «estructura mental definida por una serie de certezas que se han difundido dentro del ámbito del alfabeto desde la época medieval».<sup>1</sup> Indicios de ello serían tanto la desaparición de un buen número de símbolos cristianos en los *graffiti* como la secularización de ciertas fórmulas documentales, en especial la sustitución de Dios o la Trinidad por Cristo como Señor en la invocación y la relajación del lenguaje empleado en las cláusulas penales. Claro que todo este proceso tampoco puede dar la espalda a otra de las transformaciones más relevantes de aquellos siglos: la implantación escrita de las lenguas vulgares.

## 2. LA ESCRITURA DEL VULGAR

Anque, según Michael T. Clanchy, el conocimiento del latín en la Inglaterra del siglo XIV llegaba a altos magistrados, administradores de los feudos y de las villas, e incluso a ciertos campesinos, que, como san Godric, podían haberlo apren-

<sup>1</sup> Ivan Illich: «Un alegato a favor de la investigación de la cultura escrita legla», en *Cultura escrita y oralidad*, eds. David R. Olson y Nancy Torrance, Barcelona: Gedisa, 1995, p. 47.

dido escuchando,<sup>2</sup> la suerte de la escritura en la Baja Edad Media no se puede desligar de la consolidación escrita del vulgar y, sobre todo, de su empleo como lengua de alfabetización.

El ingreso del vulgar en el dominio de la escritura y su implantación como lengua de uso, administrativa y literaria fue un proceso lento. Primero implicó la producción de textos donde convivía con el latín o bien estaba escrito en otros alfabetos (hebreo, griego), también en siglos posteriores; y más adelante, la adquisición de una plena conciencia lingüística y literaria. Antes de esto, los testimonios más antiguos de escritura en vulgar los hallamos en textos tan diferentes como documentos jurídicos y administrativos, sermones, vidas de santos, glosas, adivanzas, etc., en muchos casos aprovechando los espacios en blanco dejados en algunos folios de pergamino o en el verso de los mismos, lo que dice bastante de la función subsidiaria que tenían muchos de esos ejercicios, como si no fueran más que circunstanciales ensayos de lenguas en estado de prueba.

Exceptuando los más tempraneros del área germánica y el conocido poema anglosajón *Beowulf*, escrito seguramente en el siglo VIII; en el ámbito románico, esta primera etapa no ha dejado otras evidencias que algunos breves testimonios, sin entidad propiamente literaria, redactados a lo largo de los siglos VIII y IX. Se trata, entre otros, del *Indovinello* veronés de la segunda mitad del siglo VIII, realizado en el espacio blanco de un códice procedente de España; la inscripción de un sacerdote en la catacumba de Commodilla, datada a mediados del siglo IX, en la que el autor recomendaba que los *Secreta* no se leyeran en alta voz; los *Juramentos de Estrasburgo* (842), en alemán y francés, que señalan el uso de las lenguas vulgares en un documento oficial: el juramento de fidelidad entre Carlos el Calvo y Luis el Germánico, nietos de Carlomagno, contra Lotario; y, ya del tercio final del siglo XI, las numerosas *glosas* riojanas: unas, las emilianenses, de probable finalidad escolar, y las otras, las silenses, seguramente de significado más bien pastoral.

En la fase siguiente, entre los siglos XI y XIII, dichos testimonios crecieron en número y cualidad, a la vez que se hizo más notorio el arraigo escrito del vulgar, en buena parte debido a la vulgarización de los textos bíblicos, en Inglaterra desde comienzos del siglo XII y en la Francia septentrional un poco después. A este período pertenecen igualmente varios fragmentos italianos debidos a un

<sup>2</sup> Michael T. Clanchy: *From memory to written record. England, 1066-1307*, Oxford y Cambridge (Mass.): Blackwell, 1993<sup>2</sup>, pp. 238-240.

monje, a un notario o al pintor de unos frescos en San Clemente de Roma, aparte de la cuenta pisana, esto es, la anotación de los gastos relativos al armamento de una o más galeras, escrita acabando el siglo XI o a principios del XII. Algo posterior es también el *Tratado de Cabrerós*, suscrito el 26 de marzo de 1206 por los reyes de Castilla y de León, a la sazón el primer documento en romance salido de las cancillerías reales castellana y leonesa. No obstante, hasta que dicha lengua no adquirió regularidad escrita lo más habitual eran los cruces entre el habla vulgar de los amanuenses y un mal asimilado latín, siendo particularmente notorias las interferencias en el llamado latín «avulgarado», es decir, el de los escribas escasamente cultivados e incapaces de emplear correctamente la lengua latina.

Por otra parte, esa expansión paulatina del vulgar, tanto en los usos canclerescos como en determinadas actividades escritas de índole más común, vinculadas a las transformaciones sociales y económicas antes comentadas, caminaba en paralelo a su progresiva constitución como lengua literaria. Si nos ceñimos al territorio de las lenguas románicas, todos los datos coinciden en hacer de los siglos XI al XIII el tiempo de esa inflexión, es decir, la época en la que vieron la luz las primeras manifestaciones literarias en romance, cuyos principales hitos vendrían a ser los siguientes:

Francés: *La Séquence de sainte Eulalie* (?881?)

*La vie de saint Léger* (ca. 1000), de influencia provenzal

*La Passion de Clermont* (ca. 1000)

*La vie de saint Alexis* (ca. 1040)

*Chanson de Roland* (fines s. XI)

Provenzal: *Alba bilingüe* (ss. X-XI)

*Sancta Fides* (s. XI)

*Boecis* (s. XI)

*Versión del Evangelio de San Juan* (s. XI)

Italiano: *Placiti cassinesi* (960-963)

*Ritmo Laurenziano y Ritmo Cassinese* (s. XII)

*Versos de amor anónimos* (1180-1220)

*Contrasto bilingüe*, de Raimbaut de Vaqueiras (ca. 1190)

*Ritmo de san Alejo* (s. XIII).

*Cántico*, de Francisco de Asís (s. XIII)

Sardo: *Carta cagliaritana in caratteri greci* (1089-1103)

- Catalán: *Homélies d'Organyà* (XI-XII)  
*Llibre jutje* (1109)
- Castellano: *Jarchas* (XI-XII)  
*Cantar de Mio Cid* (ca. 1140)
- Gallego-portugués: *Lírica gallego-portuguesa*  
*Cantigas de Alfonso X* (s. XIII)
- Franco-provenzal: *Leyenda de San Bartolomé* (s. XIII)

El hecho de que algunos de estos testimonios se escribieran en espacios marginales o en la cara posterior de un pergamino, caso, por ejemplo, de los 50 versos de amor en italiano, datados entre 1180 y 1220, por lo tanto algunos años antes que el *Cántico* de Francisco de Asís con el que tradicionalmente se abrían las antologías de dicha literatura, dice mucho del alcance aún limitado que tenían parte de estas primeras muestras de la literatura en vulgar. De tal modo que, en general, la formación efectiva de los distintos sistemas literarios románicos no es anterior a los siglos XIII y XIV, precisamente cuando también se alumbren los elogios al vulgar del obispo oscense Vidal de Canellas, autor del *Vidal Mayor*, a mediados del siglo XIII, o el más celebrado de Dante, *De vulgari eloquentia*, a principios del siglo XIV (texto 1). El florentino, con todo, señala que el llamado vulgar *ilustre* tampoco debían usarlo todos, pues, de la misma manera que «las óptimas ideas sólo pueden darse donde hay ciencia e ingenio», «la lengua óptima no conviene sino a aquellos que poseen ingenio y ciencia».<sup>3</sup>

A partir de ahí, los últimos siglos de la Edad Media asistieron, por un lado, a la confirmación del vulgar como lengua escrita, por más que el latín perviviera en los ámbitos eclesiástico y académico; y por otro, a la difusión de una literatura en lengua vernácula, orientada a la producción de nuevas temáticas y a la captación de nuevos lectores. Entre el final de la Edad Media y la primera mitad del siglo XVI, el vulgar escrito tendría finalmente su máximo reconocimiento lingüístico con la publicación de las primeras gramáticas y vocabularios, empezando por la germinal del maestro Antonio de Nebrija, *Gramática castellana*, salida de los tórculos en agosto de 1492. Años más tarde, en los primeros decenios del siglo XVI, hacia 1514 o 1515, el propio Nebrija volvería a defender el uso del castellano en una carta dirigida al cardenal Cisneros junto con el ejemplar de una lección que ha-

<sup>3</sup> Dante Alighieri: *Sobre la lengua vulgar*, en Id.: *Obras completas*, ed. Nicolás González Ruiz, Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1980, pp. 762-763.

bía dictado en la Universidad de Salamanca, ya que así podía llegar a un público más amplio poco familiarizado con el latín: «a todos aquellos que no me entienden, o que si me entienden lo disumulan, y que no me quieren entender».<sup>4</sup>

El latín seguía utilizándose pero cada vez demostraba más la fractura abierta entre la minoría letrada y el resto de la población, que hablaba en vulgar y comenzaba también a alfabetizarse en esta lengua. Sin descanso, el vulgar se fue convirtiendo en la lengua de uso, empleándose en las cancillerías y oficinas administrativas, en las prácticas cotidianas y en los libros destinados a los nuevos lectores; mientras que el latín se preservaba entre los pañales de la cultura erudita, en el mundo universitario y en numerosas actividades de la Iglesia.

### 3. APRENDER A ESCRIBIR, LEER Y CONTAR

El vulgar se acreditó como lengua literaria pero también como lengua de aprendizaje. Esto fue determinante tanto en lo que toca a las posibilidades de alfabetización de aquella sociedad, sobre todo entre los grupos urbanos, como respecto a la producción de textos destinados a los nuevos alfabetizados semicultos, que, a la postre, fueron los principales beneficiarios y protagonistas de los cambios experimentados por la cultura escrita en el otoño de la Edad Media.

Artesanos y comerciantes fueron, en efecto, los que más pronto sintieron la necesidad de aprender a escribir y a leer, y de que lo hicieran también sus hijos, pues ello les iba a permitir una mejor administración de sus empresas y actividades. Así lo señala un testimonio tan temprano como el de un comerciante de Huy que, a comienzos del siglo XII, envió a su hijo a la abadía de Villers-en-Brabant para que «aprendiese a llevar las cuentas de los negocios y deudas de su padre», según se relata en los *Gesta sanctorum* del abad Abundus († 1128). Luego, la iconografía se haría eco de ello, como reflejan las expresivas miniaturas del *Libro dei conti*, del siglo XIV, conservado en el monasterio de San Matías en Murano (Venecia). En estas puede verse el momento en que un grupo de mercaderes verifica el contenido de los intercambios que han efectuado en tanto que uno toma cumplido asiento en los libros destinados a tales menesteres (fig. 1). E incluso algunos de los escasos datos cuantitativos que se pueden recabar de las fuentes existentes

<sup>4</sup> Véase en Marcel Bataillon: *Erasmus y España. Ensayos sobre la historia espiritual del siglo XVI*, Madrid: Fondo de Cultura Económica, 1991, p. 37.

apuntan en la misma dirección. Así en la Inglaterra del siglo xv, la tasa de alfabetización era más alta entre los artesanos y comerciantes (40 %) que en el resto de la población (25-30 %). Pero, ¿dónde y cómo aprendieron las primeras letras?

### 3.1. Las escuelas de primeras letras

Antes de entrar en el fondo de la respuesta debo anticipar que aún son muchos los detalles que se desconocen sobre la concreta geografía de la escuela bajomedieval, sobre el tipo y características de cada una de ellas, o sobre el funcionamiento y los métodos seguidos. Es más, si ya es difícil desentrañar cómo funcionaba la enseñanza de las primeras letras desde la perspectiva escolar, tanto o más lo es conocer los efectos prácticos de la misma, dada la rareza de los restos escritos que nos informan sobre la educación gráfica de las personas más o menos alfabetizadas, no sólo por el carácter minoritario y restringido del alfabetismo, sino también por la fragilidad de los materiales escritos empleados en esas circunstancias.

No obstante, con las dudas sobre la espalda, sí que se pueden esbozar algunas líneas al respecto, pues, aunque aislados y fragmentarios, los datos disponibles son suficientes para constatar el aumento y la diversidad de las vías de acceso a la instrucción elemental en los siglos xiv y xv, así como la mayor amplitud del mapa educativo. Con esto, por supuesto, no quiero decir, ni mucho menos, que la alfabetización pasara inexcusablemente por la escuela, lo que sería tanto como negar la existencia de otros lugares y maneras de aprendizaje; pero sí poner de relieve la proliferación de maestros y escuelas, pues sin ellas tampoco se podría comprender ni el relativo incremento del alfabetismo ni el aumento de las prácticas sociales de la cultura escrita en la Europa bajomedieval.

Al margen de algunas escuelas monásticas y catedralicias, cuya misión era otra y su alumnado estaba más familiarizado con la instrucción en lengua latina, las escuelas que merecen más atención de cara a la alfabetización de los *illiterati* son las urbanas y parroquiales. Fuera de lo que supuso, en otro orden, el nacimiento de las universidades, dentro de las primeras se incluyen tanto las escuelas gremiales, creadas, según indica su nombre, por determinadas corporaciones de oficios, como las escuelas municipales. El interés de algunos gremios por la educación de los hijos, patente en los testimonios que he mencionado anteriormente, tiene sus antecedentes más remotos en las escuelas creadas por las *gildas* alemanas en el siglo xii, aunque el momento de máximo desarrollo corresponde a los

siglos XIV y XV cuando fue mas habitual que los comerciantes y artesanos crearan escuelas de primeras letras o de gramática, como en Inglaterra. En Génova, por ejemplo, en 1486, la corporación de laneros contrató a un maestro para que enseñara a los hijos de los maestros artesanos, garantizándole la asistencia de al menos 35 escolares.

Otro tanto acontece con las escuelas municipales, que, en algunos casos, surgieron al término del siglo XIII, si bien fue en las dos últimas centurias de la Edad Media cuando se implantaron de forma más generalizada. Reflejo de esta nueva sensibilidad de los gobiernos locales por la instrucción son, por ejemplo, las iniciativas de los municipios italianos de San Gimignano (1338) y Lucca (1348 y 1374) para la contratación de maestros que se encargaran de enseñar a los niños y niñas, amén de otras actuaciones similares en distintos lugares de la Normandía francesa a lo largo de los siglos XIV y XV. En este siglo las noticias se reiteran con mayor frecuencia, de manera que puede decirse que fue entonces cuando las escuelas municipales se extendieron por buena parte de la geografía europea, principalmente en el ámbito urbano, pero también en ciertos núcleos rurales. De un lado sabemos, por ejemplo, que en los siglos XIV y XV algunos campesinos prusianos y franceses enviaron a sus hijos a la escuela. De otro, en la documentación referente a distintas aldeas toscanas —Montepulciano, Montopoli, Bucine o Castelfranco di Sopra—, entre la segunda mitad del siglo XIV y las primeras décadas del XV también se habla de la existencia de maestros «ad docendum pueros», como el de Montopoli.<sup>5</sup>

Dichas escuelas podían ser la misma casa del maestro, como en Castellón a finales del siglo XIV; pero luego se hizo cada vez más corriente que el municipio destinara un lugar para tal cometido, según puede deducirse de algunas representaciones en las que vemos al maestro en su cátedra, los alumnos sentados en los respectivos pupitres, los instrumentos de escritura por doquier y la sala rodeada de estanterías (fig. 2). Este detalle iconográfico refleja una realidad que se ve corroborada por una nómina relativamente amplia de ciudades con escuela o maestro contratado por el municipio. Nótese que en Venecia, a comienzos del siglo XIV, había un maestro por cada 350 niños, y en la primera mitad del siglo XV el número total ascendía a unos 40 ó 50. En Florencia, hacia 1340, estaba escolarizado el 40 % de los niños de 6 a 13 años. En Inglaterra, en el siglo XIV había unos

<sup>5</sup> Alain Derville: «L'alphabétisation du peuple à la fin du Moyen Âge», *Revue du Nord*, LXVI, 261-262, 1984, pp. 762; y Duccio Balestracci: *La zappa e la retorica. Memorie familiari di un contadino toscano del Quattrocento*, Florencia: Salimbeni, 1984, p. 21, n. 36.



105 lugares con escuelas y aproximadamente 114 en el siglo siguiente. Flandes disponía de un total de 20 escuelas en 1468 y en Valenciennes había alrededor de 24 en 1497, cuando su población era de unos 10 000 habitantes, es decir, una escuela por cada 408 personas.

Respecto a la península ibérica, la situación tampoco era tan distinta. En el área castellano-leonesa se han hallado nueve menciones de escuela en León entre 1460 y 1498, referencias de otras dos en Zamora en 1501, 25 para Burgos y su provincia entre 1315 y 1496, una cátedra de gramática en Ávila y una escuela en la villa de Madrigal entre 1485 y 1499, aparte de 12 escuelas de gramática en Salamanca a lo largo del siglo xv. Junto a estas, la existencia de escuelas está documentada en otros muchos lugares de la Corona de Castilla: Palencia, Segovia, Cuéllar, Valladolid, La Coruña, Santiago de Compostela, Oviedo, Astorga, Villalpando, Villalón de Campos, Paredes de Nava, Madrid, Cuenca, Sevilla, Jaén, Baeza, Úbeda, Alcalá de Henares o Murcia.<sup>6</sup>

En algunas de ellas, lo mismo que en otras ciudades europeas, las noticias se refieren a un maestro de gramática, como el que contrató el concejo de Alcalá hacia 1419 o el arcediano que regentaba el estudio de Cuéllar a mediados del siglo xv; pero tampoco sería del todo equivocado suponer que algunos de estos tuvieran a su cargo la enseñanza de la lectura, la escritura y el ábaco, máxime cuando no se conoce la existencia de otro diferente. Dicha posibilidad, planteada por distintos autores, tiene su refrendo en la petición que los procuradores de las ciudades hicieron en las cortes de Burgos (1430) y Zamora (1432) de «maestros de gramática e escrivanos que muestran a los moços leer e escribir». Más claras e indiscutibles son las noticias que afectan a los «maestros de vezar mozos», como el que había en Murcia en 1458 y años posteriores.<sup>7</sup>

En el ámbito eclesiástico, la escuela más implicada en la instrucción elemental de la gente común, y no de los miembros de la Iglesia o de los nobles, fue la parroquial, sin descuidar la labor desplegada por ciertas congregaciones. Por ejemplo, la elevada alfabetización que se desprende de los datos relativos a los Países Bajos, Alemania meridional y Renania tiene mucho que ver con la labor realizada por los Hermanos de la Vida Común, quienes dieron bastante importancia a la

<sup>6</sup> Isabel Beceiro Pita: «Las vías de acceso a la instrucción en la Baja Edad Media», en *Alcalá de Henares y el Estudio General*, coord. Antonio Castillo Gómez, Alcalá de Henares: Institución de Estudios Complutenses, 1996, pp. 51-52, y, en general, todo el artículo para una buena panorámica de la extensión de la escuela en la Europa de entonces.

<sup>7</sup> María de los Llanos Martínez Carrillo: «La escuela de Gramática murciana (ss. xii-xv). Un estudio particular que no fue general», *Homenaje a Juan Barceló Jiménez*, Murcia, 1990, p. 370.

instrucción de las gentes e igualmente a la traducción de la Biblia y de los himnos con tal de que cada uno pudiera elegir el justo camino. Del público al que iban dirigidas las escuelas parroquiales da buena prueba una disposición del sínodo de Braga en 1281 por la que se ordenó a los abades, priores y rectores que no se admitiera en dichas escuelas a los hijos de los soldados o de los señores, dejando claro que las mismas debían atender las necesidades de la gente del pueblo. Allí se aprendía la doctrina, según se recoge en los sínodos de León de 1267 («amonestamos los que ovieren los fijos et los criados mientras que son pequeños que los envíen a la iglesia et que les fagan aprender el Pater») y 1303 («Item los rretores sean tenudos de mostrar los moços que quisieren aprender e los padres recudan les a su trabajo e muestren les el pater»); pero también, y como consecuencia de ello, a leer y a escribir. En Castilla, esto se percibe con más claridad en los sínodos del siglo xv, empezando por el de Salamanca de 1420 y terminando, ya al borde de la Edad Moderna, por el de Alcalá de 1480, en el que se estableció «que en cada una de las iglesias parrochiales de nuestro Arçobispado donde oviere pueblo, el cura tenga consigo otro clérigo o sacristán, persona de saber e honesta, que sepa e pueda e quiera lostrar leer e escriuir e cantar a qualesquier persona, en especial a fijos de sus parrochianos».

Que se cumplieran esos mandatos es otro cantar. La misma reiteración con la que el tema se trató en los sínodos puede ser, efectivamente, buena prueba de la distancia que mediaba entre la norma y la realidad, pero esto mismo podía alegarse de las escuelas municipales. Nos topamos aquí con otro de los aspectos poco conocidos de la instrucción elemental bajomedieval, a saber, las deficiencias en el funcionamiento de las escuelas, la precariedad de las instalaciones o la insuficiencia de los materiales pedagógicos. Algo de todo esto puede deducirse de la queja que se presentó en el sínodo de Braga de 1477 referente a la destrucción de los libros que había en las iglesias para aprender a leer por parte de los muchos que acudían a la escuela, por lo que se acordó que, en adelante, fueran los propios padres quienes facilitaran dichos libros a sus hijos «para que aprendan y no destruyan los de las iglesias e monasterios». No menos recordada era la incompetencia de algunos de los enseñantes, mencionada también en otro sínodo de la diócesis de Braga, el de 1281, donde ya se había acordado que «ningún clérigo sea ordenado de subdiácono si no conoce la lengua latina, y aún sabe hablarla, y no sabe leer y cantar» («Statuimus quod ad subdiaconatus ordinem nullus omnino secularis promobeantur qui latinis verbis nesciat loqui vel saltem cantare et legere competentem»).

### 3.2. Maestros particulares y otras vías de aprendizaje

Además de estos espacios «institucionalizados» de aprendizaje, no debemos olvidar que también se podía aprender a escribir y leer en otros lugares o siguiendo otros procedimientos:

- 1) En el seno de la familia, de la mano de ayos, preceptores y maestros privados. Esto fue habitual entre la nobleza, pero igualmente está documentado desde el siglo XIV entre algunos miembros de la burguesía catalana: el artesano Jaume Olesa contrató el 27 de enero de 1391 al estudiante Francesc Prunells para que enseñara las letras durante un año a sus hijos; y el 30 de marzo de 1395, el mercader Antoni Despuig al estudiante Pere Albert para que enseñara lo mismo a su hijo Nicolas.<sup>8</sup>
- 2) En el taller-obraador, donde no sólo se aprendía una profesión sino también a escribir, leer y contar. Así el 4 de octubre de 1417 Bernat Campins, maestro textil de Barcelona, ajustó con el barbero Pere Costa que su hijo Bernat, de diez años, estaría ocho con él para aprender el oficio de barbero, sirviéndole de criado, en tanto que Pere Costa se comprometía a «alimentarlo, vestirlo y calzarlo con decencia, instruirle en las letras, es decir, en la lectura y escritura».
- 3) Mediante maestros y profesionales de la escritura que enseñaban privadamente, ya fuera en sus propias casas o en cualquier otro sitio. En el siglo XIV, uno de ellos ofrecía sus enseñanzas en los siguientes términos: «Volentes informari in diversis modis scribendi magistraliter et artificiliater prout nunc cum auro et argento [...] venient ad me Johanem vane hagem».<sup>9</sup> A la misma época corresponde el contrato suscrito el 26 de enero de 1397 entre Bonanat Tamarit y el maestro barcelonés Berenguer de Bellpuig para que este enseñara al hijo del primero, Jon Tamarit, a leer y a escribir en dos años; y algo posterior, el que firmaron el 15 de febrero de 1447 el sastre Joan Busquet y Antoni de Joan, escribano de letra redonda, esta vez con el compromiso de instruirle en tres años. De fines del XV y principios del XVI son las referencias malacitanas a clérigos y a un escribano público contratados pa-

<sup>8</sup> Para estos y otros datos que siguen sobre contratos de aprendizaje en Barcelona me remito a la obra de Antonio de la Torre y del Cerro: *Documentos para la historia de la Universidad de Barcelona. I. Preliminares (1289-1451)*, Barcelona: Universidad de Barcelona, 1971, de donde proceden.

<sup>9</sup> François Gasparri: «Notes sur l'enseignement de l'écriture au XV<sup>e</sup>-XVI<sup>e</sup> siècles», *Scrittura e Civiltà*, 2, 1978, pp. 245-261.

ra enseñar a leer y escribir, en algún caso con pretensiones incluso más elevadas que la de aprender los rudimentos mínimos. Aunque de 1518, en el contrato suscrito entre Benito Sánchez, estante en Málaga, y Francisco Gajardo, «maestro de mostrar leer y escribir», este se comprometía a enseñarle en cuatro meses lo necesario para que «sepays muy bien escribir para que podays poner escuela de leer e escribir e dar materias de letra redonda e tirada e faser letras quebradas».<sup>10</sup>

Por último, de principios del siglo XVI es también el cartel pintado por Holbein, usado por un maestro itinerante para convocar a «quienquiera que seáis, burgueses, artesanos, labradores, mujeres y muchachas», con el fin de enseñarles a leer y a escribir en un plazo breve, y a cada cual según sus necesidades (fig. 3). Véase en él una doble e interesante representación: la clase nocturna de adultos, seguramente dirigida a trabajadores analfabetos, realizada en la sala de la casa, en la que vemos el momento en que el maestro trata de elucidar el contenido de un documento que tal vez deben firmar los operarios; y la lección matinal del maestro y de la maestra, ya en un espacio pertrechado para escuela con sus respectivos bancos y atriles. De un lado, dos adultos que aprenden de una manera más informal, y de otro, niños y niñas sujetos a la disciplina escolar. Hay que destacar que el niño que está de pie ante el atril del maestro, donde también se aprecian los instrumentos de escritura (tinteros y plumas), parece que trata de aprender a escribir imitando el modelo prescrito por la muestra, mientras que el maestro vigila atento el trazo de su caligrafía provisto de un manojo de hojas de abedul.

- 4) De manera autodidacta valiéndose de cualquiera de los recursos existentes, especialmente de las muestras, los carteles publicitarios, los textos escolares e incluso los modelos suministrados por inscripciones, filacterias y libros.

En definitiva si algo define el panorama educativo de la Baja Edad Media es el caos didáctico, es decir, la amalgama de lugares y espacios donde era posible aprender, de manera que, al final, el aprendizaje podía ser muy distinto según los casos y, claro está, dependiendo también de las demandas de cada cual.

<sup>10</sup> María Teresa López Beltrán: *Educación, instrucción y alfabetización en la sociedad urbana malagueña a finales de la Edad Media y principios de la Edad Moderna*, Málaga: Universidad, 1997, p. 34.

### 3.3. La enseñanza y las materias

La enseñanza medieval era esencialmente técnico-profesional, o práctica, debido a las necesidades de sus principales beneficiarios urbanos, los hijos de los comerciantes y artesanos. A ella no se acudía por el hecho de aprender sino para adquirir las habilidades precisas con las que desenvolverse en la vida laboral. En términos generales, los contenidos propios de la instrucción elemental eran la lectura, la escritura y el ábaco, amén, claro está, de la doctrina cristiana.

La escritura se constituye en el eje de la formación en tanto que la lectura no se planteaba como un fin en sí misma, sino como presupuesto para todos los aprendizajes. Al margen del *Salterio*, usado desde la Antigüedad, los materiales más representativos de la instrucción elemental bajomedieval fueron, según los lugares, la *Tabla*, el *Libro de la Santa Cruz*, el *Becerol* o la *Cartilla*. El *Salterio* se había empleado desde el siglo VII, pero a partir de los siglos XIV y XV se fue reemplazando por un cuaderno, normalmente de pergamino, que contenía el abecedario y las oraciones fundamentales de la doctrina (Padre Nuestro, Ave María, Credo, etc.), según atestiguan, en la península ibérica, las constituciones sinodales de la diócesis de Segorbe-Albarracín en 1368 o un manuscrito misceláneo gramatical de la Real Biblioteca (II-1344) en el que se incluye una nota, datable en la segunda mitad del siglo XV, relativa al «orden que has de tener en enseñar a leer» (texto 1).<sup>11</sup> Esta combinación de doctrina y primeras letras la podemos ver en los *Becerols* y en las *Cartillas* que empezaron a difundirse al término de la Edad Media, antes de convertirse en el libro escolar por excelencia de la época moderna.

Lo habitual era que el alumno recitara en alto tras la demostración efectuada por el profesor: «Mas yo demuestro la pronunciación de las letras como tienen los sonos y los acentos diversos. E demuestro más la distinción e departimiento de aquellos en vocales mutuas, consonantes e linquidas. Demuestro como una de las vocales tiene lugar de dos consonantes: e a las veces vale por una», conforme se recoge en la obra *Visión deleitable* de Alfonso de la Torre (Tolosa, 1489, f. VIIIr). Para la escritura existían otros materiales más específicos: las muestras, que el alumno repasaba por encima o copiaba, y las tablillas de cera y cuadernos escolares donde ejercitarse, aparte, naturalmente, de los tratados de caligrafía, dirigidos a un público mucho más profesional.

<sup>11</sup> Francisco M. Gimeno Blay: «Aprender a escribir en la península ibérica: de la Edad Media al Renacimiento», en *Escribir y leer en Occidente*, ed. Armando Petrucci y Francisco M. Gimeno Blay, Valencia: Universitat de Valencia, Departamento de Historia de la Antigüedad y de la Cultura Escrita, 1995, pp. 129-130.

### 3.4. Algunas impresiones sobre el alfabetismo

Retomando de partida el cartel de Holbein, obsérvese que en él se pone de manifiesto que la enseñanza se haría en alemán, esto es, en la respectiva lengua vulgar, por lo que claramente sus destinatarios podían ser los hijos de la nueva burguesía urbana. Coincide esto con una época, la transición de la Edad Media a la Moderna, en la que se prodigaron discursos de signo contrario: unos sostuvieron que la educación era muy aconsejable para la promoción de las personas; otros, sin embargo, aplaudieron la estamentalización del saber y llegaron a negar la alfabetización de las clases populares argumentando que la asistencia a la escuela restaba tiempo y dinero a las familias más modestas.

Ni que decir tiene que en el caso de las mujeres, el pensamiento dominante era aún más severo. Para las gentes de letras de los siglos XIV y XV, las mujeres, ante todo, tenían que ser honestas, esposas fieles, buenas madres y aplicadas amas de casa, de modo que su educación estaba centrada en el respeto al marido y en la adquisición de aquellas habilidades que mejor pudieran servir para el desempeño de sus funciones maritales. En este sentido, Francesc Eixemenis dijo que la mujer debía saber leer y escribir para poder mantenerse en contacto con sus maridos cuando estaban ausentes, si bien esta necesidad, como luego veremos, la experimentaron principalmente las mujeres de la aristocracia. La asistencia a la escuela no se consideraba importante y la alfabetización estaba estrechamente vigilada tanto en el contenido de las lecturas como en el aprendizaje de la escritura.

Que el discurso imperante fuera tan clasista y patriarcal suponía que las posibilidades de acceso a la instrucción elemental eran muy distintas según lo fuera la condición social y el género de la persona, pero no que las clases populares y las mujeres tuvieran cerradas todas las puertas. Algunos apuntes cuantitativos así lo insinúan y, más allá de estos, la mejor evidencia la tenemos en el muestrario de las prácticas sociales de cultura escrita que nos ha llegado de la Baja Edad Media.

Antes de llegar a estas quisiera concluir este apartado recordando algunos de esos datos de tipo cuantitativo; pero, eso sí, después de advertir la debilidad de los mismos, mayormente si pensamos en la naturaleza de las fuentes empleadas para obtenerlo, poco susceptibles de un tratamiento serial mínimamente aceptable. No voy a entrar ahora en toda la polémica que rodea el uso de las firmas como un baremo válido para medir la extensión del alfabetismo en un momento dado, como tampoco pretendo que las escasas cifras que voy a referir tengan otro valor



que el puramente indiciario, es decir, como una señal que muestra el paulatino aumento de la competencia alfabética. El hecho, por ejemplo, de que en la Inglaterra de 1100 solamente utilizaran el sello —asimilable a las suscripciones autógrafas— los obispos y los señores, y que en 1300 lo hicieran también hombres libres y algunos siervos, debe de ser representativo. Más específicos sobre la capacidad de firmar personalmente ciertos documentos son los datos que siguen:

- 1) En Flandes, el 70 % de las facturas entregadas a los contables de la regiduría y de los hospitales de Saint-Quen en el siglo xv estaban firmadas.
- 2) Contrariamente, los datos de Venecia entre 1450 y 1463 reflejan un analfabetismo del 60 %, sin duda debido a la recesión italiana de la segunda mitad del siglo xv.
- 3) En Norfolk, el testamento de sir John Fastolf (1466) acredita que, de los 20 testigos presentes, ocho firmaron con su nombre (dos eran comerciantes) y 12 mediante el «signum crucis» (entre ellos cinco agricultores).

En España, sin embargo, los testamentos del siglo xv no sirven para hacer este tipo de cálculos ya que no estaba prescrita la validación autógrafa, por lo que los datos disponibles no admiten comparación con los anteriores. Al lado de algunos que apuntan una cierta difusión de la capacidad de firmar, como el contrato de finales del siglo xiv entre un monasterio y un conjunto de aldeanos en el que se contiene la fórmula «firma que el sabe», los memoriales autógrafos del magnate Sancho de Velasco (1493) o el testamento hológrafo de Fernando de Valencia (1488);<sup>12</sup> los hay de signo bien diferente, como es el caso de la incompetencia alfabética de los fieles de alcabalas en 1393 y de los jurados murcianos entre 1463 y 1466.

Hemos visto ya cómo los artesanos y los comerciantes fueron dos de los grupos más interesados en aprender a escribir y a leer, lo que no significa que no hubiera analfabetos entre ellos. En Inglaterra, la tasa de alfabetización de la clase mercantil masculina en el siglo xv rondaba el 40 %, aunque entre ellos, por supuesto, se podía oscilar entre el amplio alfabetismo de los mercaderes más notables y el desconocimiento más notorio de quienes desempeñaban labores subalternas. Respecto a la desigualdad entre el campo y la ciudad, baste recordar que también en ese país la tasa media de alfabetismo era del 12 al 13 %, mientras

<sup>12</sup> María del Carmen Carlé: *La sociedad hispanomedieval. Grupos periféricos: las mujeres y los pobres*, Buenos Aires: Gedisa, 1988, pp. 21-22.



que en la ciudad llegaba al 25 %.<sup>13</sup> Por otro lado, un estudio sobre la competencia gráfica demostrada en un conjunto de 283 testimonios autógrafos de ciudadanos romanos entre 1468 y 1500 ha servido para constatar que la capacidad de escribir, al menos en lengua vulgar, estaba bastante extendida y era requerida en distintas profesiones y oficios, incluso entre sectores humildes, hasta tal punto que el nivel de competencia gráfica de muchas de esas personas era equiparable al de los nobles representados en la misma fuente, las polizas pertenecientes a Battista Frangipane, miembro de una de las familias de la nobleza romana.<sup>14</sup> Algo que seguramente puede ponerse en relación con el desapego de cierta aristocracia hacia las actividades culturales e intelectuales, frente a su más clara vinculación a las tareas de gobierno, guerra o diplomacia.

En cuanto a las mujeres, sin desmerecer los valiosos testimonios que aportan nombres de la talla de María de Francia, Beatriz de Nazaret, Margarita Porete, Leonor de Córdoba o Christine de Pizan, algunos datos pertenecientes a las primeras décadas del siglo XVI son menos reconfortantes. Por ejemplo, la tasa de analfabetismo femenino en Ávila y Segovia en 1503 ascendía al 97 % sobre un total de 15 mujeres por ciudad de las que se tiene información, mientras que en el caso de los varones era del 54 % para sendos conjuntos de 262 y 214 hombres;<sup>15</sup> y en Madrid, de acuerdo a las suscripciones autógrafas de los testamentos otorgados en la villa y en algunas aldeas de su jurisdicción entre 1505 y 1523, firmó el 22 % de las mujeres y el 78 % de varones.<sup>16</sup> Distinto debía de ser el conocimiento de la lectura por la mayor funcionalidad de esta, ya fuera en el desempeño de las labores cortesanas o en la práctica devocional, pues de hecho menudean las menciones y testimonios que hablan de mujeres lectoras.

Obviamente, al considerar la alfabetización bajomedieval, tampoco se puede pensar en Europa como una realidad geográfico-cultural homogénea, sino que, contrariamente, se perfilan situaciones distintas. A una Europa seguramente más alfabetizada, que podía estar integrada por Italia, Alemania y los Países Bajos, se le opone otra, Portugal, España y Francia, tal vez menos familiarizada con la lec-

<sup>13</sup> Harvey J. Graff: *Storia dell'alfabetizzazione occidentale, 1. Dalle origini alla fine del Medioevo*, Bolonia: Il Mulino, 1989, p. 207.

<sup>14</sup> Maddalena Signorini, «Alfabetizzazione nella Roma municipale: l'archivio Frangipane (1468-1500)», *Scrittura e civiltà*, XVIII, 1994, pp. 281-307.

<sup>15</sup> Serafín de Tapia: «Las primeras letras y el analfabetismo en Castilla. Siglo XVI», en *Actas del Congreso Internacional Sanjuanista*, II, *Historia (Ávila, 23-28 de septiembre de 1991)*, Valladolid: Junta de Castilla y León, 1993, p. 203.

<sup>16</sup> Leonor Gómez Nieto: «Actitud de los madrileños ante la muerte», *El Madrid medieval. Sus tierras y sus hombres*, ed. Juan Carlos de Miguel Rodríguez, Madrid: Asociación Cultural Al-Mudayna, 1990, p. 201.

tura y la escritura. Aparte claro está de las diferencias regionales en el seno de un mismo país o entre los distintos grupos sociales. En terminos generales, se puede sostener que la distribución de la competencia de escritura y de lectura, siquiera al nivel más elemental, dependía de numerosos factores, principalmente del lugar de residencia (campo o ciudad, e incluso parece que la alfabetización era más elevada en las urbes de impronta eclesiástica), la condición y el oficio de las personas, y el género (varón o mujer). Fuera de las cifras, la prueba más palmaria la tenemos en la variedad de usos y aplicaciones dadas a la escritura por las gentes de entonces, especialmente en las tareas más cotidianas.

#### 4. DEL NEGOCIO Y DE LA VIDA: LA ESCRITURA EN EL ÁMBITO PRIVADO

Anticipo que no hablaré aquí de la creación puramente intelectual o literaria, sino del recurso a la escritura para resolver otras necesidades mucho más ramplonas: la de llevar un libro de cuentas, hilvanar un cuaderno de memorias o escribir una carta. Distintas manifestaciones de lo que podemos considerar escrituras personales o privadas que no brotaron tanto de un hecho excepcional o ajeno al sujeto cuanto de la necesidad de tomar la pluma y el papel con el objeto, sobre todo, de registrar, preservar la memoria y comunicar en el ámbito privado.

La primera y segunda de las funciones señaladas las hallamos bien representadas por el destacado número de *libros de cuentas* que se conocen desde el siglo XIII y, en especial, de los siglos XIV y XV. Este tipo de escritos son la muestra más visible de la extensión del alfabetismo a lo largo de la Baja Edad Media y de la participación en ella de los nuevos grupos urbanos vinculados al desarrollo comercial. Así lo certifican la treintena de libros de cuentas y de memorias llevados por otros tantos banqueros, mercaderes, artesanos y otros menestrales: el mercader catalán Jaume Tarascó (1334-1338); el patrón de barco Tomás Prats (1353); Niccoluccio di Cecco della Boccia, mercader cortonés que vivió en Siena en la segunda mitad del siglo XIV; Pere Soriol, mercader valenciano (1371); Dino De' Marzi, mercader sienés (1395-1427); los laneros Minuccio di Naldo, Fabiano Palmieri y Cristoforo Pestelli; el especiero Giovanni di Niccolò Ranieri; el tintorero Landoccio di Cecco d'Orso; el vinatero Jean de Barbentane (finales XIV-principios XV); o el banquero barcelonés Martí Bosa (1414-1425), entre otros. Al mismo ambiente corresponden los *libros de oficios*, muy comunes en los últimos siglos de la Edad Media, no ya los tratados destinados a los técnicos (como los «manuales de mercaderes») si-

no principalmente los cuadernos y libretas donde los maestros de artes anotaban sus conocimientos prácticos a fin de perpetuar su experiencia profesional.

De todos modos, la extensión de estas modalidades de escritura en vulgar, en especial los libros de cuentas y de memorias, fue socialmente más amplia. Los ejemplares conocidos y estudiados señalan un público más dilatado integrado por notarios —Cristofano Guidini (s. XIII), Jean Durant (1418-1426) y Nicolau de Mediona (s. XV)—, curas —Jaumes Eymeric (1496-1530)—, campesinos —Meo y Benedetto de Massarizia (s. XV)— y distintas mujeres, normalmente de posición acomodada —Bartolomea (comienzos s. XV), Catherine Ginous (1438-1464) y Catherine Genestier (1497)—. Antes de seguir debo precisar que la mayor proporción de estos libros procede de la Toscana italiana, la Provenza francesa y la Corona de Aragón en la península ibérica.

Por lo común se trata de libretas o cuadernos normalmente de papel, aunque existen algunos de membrana, de dimensiones variables, entre el cuarto y el folio, cosidos y protegidos por una cubierta de pergamino, como si con ello se quisiera preservarlos y convertirlos en una suerte de objeto-memoria (fig. 4). Escritos en vulgar, en cualquiera de las góticas cursivas y, más concretamente, en *mercantesca*, en el caso de los ejemplares italianos y catalano-aragoneses, responden a una toma de la escritura motivada básicamente por la necesidad de apuntar las cuentas de una determinada actividad. De ahí que los asientos, generalmente breves y a veces introducidos por fórmulas de ascendencia notarial, se limiten a consignar la razón del ingreso o del gasto, el nombre de los acreedores y deudores, la cantidad percibida y satisfecha y, eventualmente, la fecha del trato (texto 3). Alguno, como el del banquero Nicolau de Mediona, contiene las anotaciones concernientes a los inmuebles adquiridos, la compra-venta de esclavos, la compra-venta de diferentes bienes muebles, amén de sus deudas e inversiones comerciales. Otro, el del comerciante Martí Bosa, destaca por el procedimiento seguido en su confección, ya que no se trata propiamente de un cuaderno ad hoc cuanto de un libro formado por la reunión de los recibos acumulados, de forma que este se configura propiamente como una especie de archivo personal del dueño del libro.

Aprovecho, de paso, esta última matización para recalcar que estos libros no siempre testimonian una práctica de escritura autógrafa de sus respectivos propietarios, bien porque fueran analfabetos o por cualquier otra circunstancia. El campesino toscano Benedetto, que no sabía escribir, se hizo suscribir los asientos de sus dos libretas de cuentas por medio de numerosas personas, anónimas o poco conocidas, pertenecientes a todos los grupos sociales: el cura, artesanos, pe-

queños vendedores de grano y de otros géneros, oficiales públicos, banqueros, notarios, eclesiásticos, aristócratas y maestros de escuela, un médico o algunos campesinos. Y Catherine Genestier, de la que no se puede afirmar que fuera analfabeta, precisó igualmente del concurso de otra persona para que escribiera el suyo debido a una enfermedad que la tenía imposibilitada (texto 4). La delegación de escritura, que no siempre es sinónimo de analfabetismo, sí refleja la conveniencia de distinguir entre el alfabetismo y las consecuencias sociales acarreadas por la cultura del escrito. Gracias a los intermediarios gráficos, otras personas que, por la razón que fuere, no pudieron escribir con su propia mano, fueron también capturadas por las redes de la escritura. Bastaba para ello con tener alguna concreta necesidad de escribir.

La más inmediata era, sin duda, la anotación de las cuentas; pero, una vez adquirida la competencia de escritura, los escribientes pronto se sirvieron de ella para construir un producto más elaborado, una suerte de memoria personal destinada a perpetuarse en el futuro. A veces no era más que algún escueto guiño en el entramado de los asientos económicos, como cuando Pere Soriol refiere sus «dolores y angustias» o los mensajes que dirigía a su amada Miqueleta desde las paredes de la ciudad de Valencia (texto 5), o cuando el notario Jean Durant interrumpe el discurso de sus cuentas para anotar la memoria del nacimiento y bautizo de su hijo Arnaud:

Memoria de mon filh Arnaudon }

It., dimars, a XXIII de may, entorn II horas de nuech, nasquet mon filh Arnaudet, e feron lo bateiar dijous, quefon lo jorn del cor de Crist, sen Arnau Savornin, vicari general, e Brisset, secretari de madama la contessa de Vellin, e sen Johan Riquier del Tor (f. 3r).<sup>17</sup>

Sin embargo, la voluntad de crear memoria resulta más evidente en los *libri di famiglia* o *libri di ricordanze* italianos, mayoritariamente florentinos y toscanos en el siglo XIV, y de procedencias más diversas en el siglo XV (Roma, Bolonia). Reporto a continuación los incipit de un par de ellos donde se pueden apreciar, más claramente, las motivaciones para escribir y la idea del libro como bálsamo de la memoria:

<sup>17</sup> Cf. Marie Rose Bonet: *Livres de raison et de comptes en Provence, fin du XIV<sup>e</sup> siècle-début du XVI<sup>e</sup> siècle*, Aix-en-Provence: Université de Provence, 1995, p. 42. Traducción: «Memoria de mi hijo Arnaud. / Item, el martes 24 de mayo, hacia las dos de la noche, nació mi hijo Arnaud, y lo fueron a bautizar el jueves, que fue el día del Corazón de Cristo, el señor Arnau Savornin, vicario general, y Brisset, secretario de la señora condesa de Vellin, y el señor Juan Riquier del Thor».

*Francesco de Montemarte y Corbara (1333)*

Perché nelle casse è utile et anco piacere di sapere i descendenti de'loro antecessori, e che et donde furo, et che ebbero nome, et delle cose che dissero i più vecchi a' loro discendenti accadere ne' tempi loro, et che scrissero, io qui quello ne saccio et ho ritrovato per scritture o sentito dire, diraiio.<sup>18</sup>

*Francesco Guicciardini (1508)*

Al nome sia dello omnipotente Dio et della sua gloriosissima madre et vergine santa Maria, et di santo Iohanni Baptista advocato et protettore di questa nobilissima ciptà, et di santo Francesco et di santo Thomaso di Aquino speziali advocati et patroni mia, et di tutta ma corte celeste.

In questo libro per me Franceso di Piero Guicciardini doctore di legge si farà memoria di alchune cose appartenente a me, cominciando dal dì che io nacqui et di poi successivamente; benché questo libro cominciai a scrivere adi 13 di aprile 1508 in Firenze.<sup>19</sup>

Libros de este porte pueden ser estimados como la prueba fehaciente del recurso a la escritura con propósitos más amplios que el sucinto registro de un negocio, como el espacio gráfico catalizador de la experiencia vivida. Queda claro cuando Francesco de Montemarte justifica su libro por la conveniencia de preservar la memoria de los antepasados para que esta sirviera de enseñanza a las generaciones sucesivas. El libro de familia, de ahí su nombre, se constituye en el soporte físico de la identidad de esta, en el archivo que la sustenta y garantiza su continuidad.

La heterogeneidad característica de estas primeras etapas de la configuración de la memoria privada la podemos ver igualmente en el cuaderno de cárcel del noble Giovan Marsiglio Pio, relativo a su estancia en la prisión de Ferrara desde 1472 a 1477. Primeramente hay que notar que este «diario» evidencia distintas manos y diferentes modos de enunciar el discurso: al principio, quien escribe usa el plural mayestático «nosotros» y la tercera persona cuando alude a Giovan o a

<sup>18</sup> Cf. Attilio Bartoli Langeli, *La scrittura dell'italiano*, Bologna: Il Mulino, 2000, p. 50. Traducción: «Porque en las casas es útil e incluso placentero que los descendientes sepan de sus antecesores, y qué y dónde fueron, y qué nombre tuvieron, y las cosas que los más viejos dijeron a sus descendientes de lo sucedido en su tiempo, y lo que escribieron, yo aquí diré cuanto de eso sé y he encontrado en escrituras o he oído decir».

<sup>19</sup> Cf. A. Bartoli Langeli, *La scrittura dell'italiano*, p. 50. Traducción: «En el nombre, sea, del omnipotente Dios y de su gloriosísima madre y virgen santa María, y de san Juan Bautista, abogado y protector de esta nobilísima ciudad, y de san Francisco y de santo Tomás de Aquino, abogados especiales y patronos míos, y de toda la corte celeste.

En este libro, por mí Francesco di Piero Guicciardini, doctor en leyes, se hará memoria de algunas cosas relativas a mí, comenzando desde el día en que yo nací y a partir de ahí sucesivamente; a pesar de que este libro lo comencé a escribir el día 13 de abril de 1508 en Florencia.»



cualquiera de sus hermanos; mientras que la parte final, la que debe corresponder a Giovan Marsiglio, está en primera persona. Respecto a su contenido no puede decirse que sea propiamente un relato de las experiencias carcelarias, sino más bien un producto a caballo entre la crónica y el libro de administración, dado el detalle con que se enumeran las provisiones y vestidos, las raciones diarias y mensuales, o el conjunto de las personas que visitaron a los presos.<sup>20</sup>

La crónica propiamente dicha es el modelo que siguen otros textos producidos en ambientes más cercanos a las esferas del poder, según atestigua el «dietari o libre de jornades» del notario Jaume Safont (1411-1484), «en lo qual són continuats molts actes dignes de memòria seguits en lo Principat de Cathalunya, del any MCCCCXI ençà» («en el cual se suceden muchos actos dignos de memoria ocurridos en el Principado de Cataluña, desde el año 1411 hasta aquí», f. 71r.).<sup>21</sup>

Vemos así distintas escrituras de la memoria, unas veces con la mirada puesta en lo cotidiano y otras en los avatares colectivos. El género, con todo, es bastante más amplio pues recoge también, como luego en el siglo XVI, otras prácticas más ligadas al viaje o a la evocación autobiográfica. De la primera da cuenta la *Relación de la peregrinación* realizada por el patricio de Ausburgo Sebastián Il-sung entre 1439 y 1440 con destino a Santiago de Compostela, escrita seguramente a su regreso (fig. 5). De lo segundo, entre otros testimonios, el «diario» espiritual de la florentina Margherita Soderini, escrito entre 1484 y 1489 con una grafía pésima, donde fue anotando día tras día las reflexiones sugeridas por las predicaciones de su confesor; o, de principios de ese siglo, las *Memorias* de Leonor López de Córdoba, dictadas por ella a un escribano, en cuyo inicio la autora sostiene la veracidad de lo escrito por cuanto lo vio, pasó ante ella y lo escribió en honra y alabanza de Jesucristo y de la Virgen María:

Por ende, Sepan quantos esta Escripura vieren, como yo Doña Leonor Lopez de Cordoba, fija de mi Señor el Maestre Don Martin Lopez de Cordoba, é Doña Sancha Carrillo, á quien dé Dios gloria y Parayso. Juro por esta significancia de en que Yo adoro, como todo esto que aquí es escrito, es verdad que lo vi, y pasó por mi, y escribolo á honrra, y alabanza de mi Señor Jesu Cristo, é de la Virgen Santa Maria su Madre que lo parió, por que todas las Criaturas que estubieren en tribulacion sean ciertos, que yo espero ensu misericordia, que si se encomiendan de Corazon á la Virgen Santa Maria, que Ella las consolará, y acorrerá, como consoló á mi; y por que quien lo oyere sepan

<sup>20</sup> Roberto Greci: «Il diario di un (illustre) carcerato della seconda metà del Quattrocento», *Alfabetismo e cultura scritta. Seminario Permanente. Notizie*, [4], noviembre 1982, pp. 10-14.

<sup>21</sup> Jaume Safont: *Dietari o Llibre de jornades (1411-1484)*, ed. Josep Maria Sans i Trave, Lérida: Pagès, 1996.



la relacion de todos mis echos é milagros que la Virgen Santa Maria, me mostró, y es mi intencion que quede por memoria, madeło escrevir comovedes [...].<sup>22</sup>

Al lado de esta variada gama de libros personales, autógrafos unos y otros no, otra de las manifestaciones más singulares de la escritura privada corresponde a las cartas. Estas reflejan el recurso a la escritura para establecer lazos de unión en la distancia, así como un lugar propicio para las confidencias y las informidades, aunque con tonos distintos según lo fuera la condición de los emisores y destinatarios de las mismas. Así, en la correspondencia cruzada entre Jaime II (1291-1327) y sus hijos se observa que si las escribe el rey el lenguaje empleado es bastante más formal que en las escritas por los hijos. El rey incide en detalles y recomendaciones políticas, mientras que los hijos, y sobre todo las hijas, se detienen en aspectos sentimentales y personales. Ellas, además, escribieron con mayor frecuencia que los varones, lo que viene a sumarse a otras impresiones que certifican la estrecha relación entre la mujer y la escritura de cartas. Esto no quiere decir que el género epistolar sea esencialmente femenino, cuanto que se trata de un territorio de la escritura donde es posible encontrar significativas presencias de mujeres, puesto que se trataba de una actividad privada que no alteraba ninguna de las convenciones sociales impuestas por la mentalidad patriarcal. Lo atestiguan las más de sesenta cartas de finales del siglo XIV pertenecientes a la oligarquía barcelonesa, o las escritas por las damas de las familias Strozzi y Medici en el siglo XV, sin olvidarnos de Heloisa en el siglo XII e Isabel de Villena en el XV. Entre las cartas barcelonesas también hay algunas de mujeres iletradas escritas a través de otras personas alfabetizadas. A título de muestra, la dictada por Antonia, hija de Pere Verger, alfarero, y esposa de Arnau Marqués, mercader, para contestar a una de su amante, Francisco, en la que este le incitaba a que envenenara al marido (texto 6).

##### 5. AUTÓGRAFOS MENORES Y SUSCRIPCIÓN DOCUMENTAL

Reflejo también de la extensión social de las prácticas de escritura son otros escritos y suscripciones autógrafas producidos con el objeto de manifestar ciertas

<sup>22</sup> Reinaldo Ayerbe-Chaux: «Las *Memorias* de doña Leonor López de Córdoba», *Journal of Hispanic Philology*, 2, 1977, p. 16.



adhesiones o bien por la obligación de validar con la propia firma un documento de carácter notarial. En este caso la huella del alfabetizado se restringe al nivel gráfico que se pueda establecer en función de la firma, mientras que los autógrafos expresan un ejercicio de escritura propiamente dicho, aunque sea breve y sujeto casi siempre a la reproducción de fórmulas estereotipadas.

Los autógrafos colectivos representan una manera de legitimación pública del individuo mediante la adhesión personal. Las hay de carácter político, como las deliberaciones de la asamblea ducal veneciana o el juramento de fidelidad a la dinastía aragonesa suscrito en 1304 por los notables de Mesina, Palermo, Siracusa y Trapani; administrativo, verbi gratia algunas peticiones y memoriales; e igualmente de tipo religioso-asistencial, caso de las inscripciones colectivas de algunas cofradías italianas (Perugia, Roma, Génova, Mantua). En estas, según vemos por la matrícula de los inscritos en la confraternidad del Santo Anillo de Perugia, la persona recurría a la escritura para expresar su orgullo por dicha circunstancia seguido de la promesa de observar los estatutos y constituciones de la misma:

Io Francesco de Berardo de Lamberto da Corgne so contento / et cusì intendo d'essere de la compagnia del glorioso sancto Ioseph / et essere obediente a tucti ordinamenti & capitoli in epsa facti / & che per lo advenire se faranno: et in fede de ciò me so facto / scrivere con consenso de mia matre per mano de Cristofano de la Ser- / ra de sancto Quirico mio maestro: adi 10 de aprile 1498.<sup>23</sup>

De contenido distinto pero debidos también a la necesidad de acreditarse por medio de la escritura, son los albaranes y recibos extendidos para justificar la percepción de una determinada cantidad (fig. 6). Se trata de un documento por el cual el destinatorio, *manu propria* o por mediación de otro, certifica a la persona o entidad pagadora el pago recibido. Su tenor comienza normalmente con el pronombre personal (yo), seguido del dispositivo documental en el que se enuncian las razones del pago, la cantidad y, por último, las cláusulas finales, especialmente la data y la mención referida a la suscripción autógrafa o delegada. Suelen ser papeles de formato irregular, a menudo aprovechando el verso de la orden de pago, extendidos normalmente a renglón seguido de la formalización del libramiento y la recepción de la cantidad.

<sup>23</sup> Attilio Bartoli Langeli: *Scrittura e parentela. Autografia collettiva, scritture personali, rapporti familiari in una fonte italiana quattro-cinquecentesca*, Brescia: Grafo, 1989, p. 22. Traducción: «Yo Francisco de Berardo de Lamberto de Corgne estoy contento / y así tengo intención de pertenecer a la compañía del glorioso san José / y de obedecer todos sus ordenamientos y capítulos, y los que se hagan en el futuro: y en fe de esto me he hecho escribir, con el consenso de mi madre, por mano de Cristofano de la Ser- / ra de san Quirico, mi maestro: día 10 de abril 1498».

Las inscripciones colectivas se diferencian de los recibos porque no requieren de la firma final, pero en ambos el escribiente no se limita a la suscripción de un documento preparado por otro, sino que, en caso de saber, escribe personalmente un breve texto o, de otro modo, recurre a un intermediario para solventarlo. Su extensión social, más si cabe la de los recibos, convierte estos autógrafos menores en un buen material para conocer las formas usuales de la escritura, las que mejor expresan la imagen real del universo gráfico en un momento determinado. En ellos se constata la huella dejada por no pocos «escribientes inexpertos», esto es, personas insuficientemente alfabetizadas que señalaron así las carencias propias de una conquista elemental de la capacidad de escribir, las dificultades que experimentaron al tomar la pluma en la mano. De ahí las incorrecciones que se advierten en la separación de las palabras, el trazo tosco y garabateado de algunos de estos escritos, la inclinación de las líneas, el desconocimiento de los sistemas de abreviación o el empleo desconcertante de las mayúsculas. En el fondo, son una suerte de «desviaciones» de una supuesta norma gráfica que no se establecería hasta el siglo XVI, pero que ya dejaba ver los distintos niveles de educación y cultura gráfica de los alfabetizados medievales.

Menos expresivas son las suscripciones documentales, esto es, las firmas efectuadas al pie de documentos preparados y redactados por otra persona, normalmente un notario o un escribano. Aunque más esporádicas que en la Edad Moderna, han servido para analizar la presencia de dicha habilidad tomándolas como una especie de termómetro con el que medir la difusión del alfabetismo, considerándolo aquí como equivalente a saber firmar. De hecho, los pocos datos de carácter cuantitativo que existen para el siglo XV proceden precisamente de aquellas fuentes en las que se ha advertido un uso sistemático de la suscripción personal, como la producción testamentaria. No obstante, en algunos lugares, caso de la península ibérica, dichos cálculos no tienen las mismas garantías puesto que hasta principios del siglo XVI no se reglamentó el empleo de la firma en los documentos notariales, e incluso entonces tampoco se puede afirmar que llegara a generalizarse.

## 6. LA ESCRITURA Y EL PODER

Los cambios en la ideología y funciones de la cultura escrita también se dejaron notar en su utilización como una forma de ejercer, exhibir y transmitir el poder, tanto por el desarrollo de una práctica jurídico-administrativa ligada al valor

de lo escrito como por la formación de una cultura de la memoria cimentada en la capacidad evocadora de las crónicas y en la creación de archivos. La escritura se fue afianzando como un instrumento adecuado para responder a las exigencias de precisión, orden y gobierno. Recuérdesse, para abrir boca, que fue justamente en esa coyuntura en la que distintas monarquías feudales alumbraron los primeros catastros escritos de sus dominios con un objetivo, por supuesto, esencialmente fiscal. Sus mejores pruebas las tenemos en el *Domesday Book*, terminado poco antes de 1090, y, ya en la segunda mitad del siglo XIII, en las *Inquirições* promovidas por los reyes portugueses Alfonso II, Alfonso III y Dinis. Estos inventarios debemos ponerlos en relación con el avance de las monarquías feudales y con la necesidad de conocer y establecer la memoria escrita de sus bienes y derechos.

En realidad, dichos documentos son la parte más visible y elocuente de una progresiva afirmación de la escritura en los usos políticos y administrativos de dichas monarquías, cuya prueba la tenemos en el notable incremento de la producción escrita a partir del siglo XIII: en Italia se ha cifrado en un ritmo de crecimiento equiparable a la progresión geométrica, mientras que en Francia la primera punta de inflexión se dio en época de Felipe II Augusto (1180-1221) y, más tarde, bajo Felipe IV el Hermoso (1285-1314). Así mismo, los contratos agrarios en la Inglaterra de los siglos XII y XIII se fueron formalizando progresivamente por escrito, por no hablar de ciertas fórmulas de los documentos castellano-leoneses de la misma época que también consagraban la autoridad de la escritura. Así, cuando Fernando III culmina el *repartimiento* de Sevilla tras la toma de esta, en el texto del mismo, fechado en esa ciudad el 1 de mayo de 1253, deja claro que el «heredamiento que fincó diolo al pueblo de Sevilla así como es escripto e ordenado en este libro».

La escrituración de las leyes que ordenan y regulan el funcionamiento de una determinada sociedad es una de las primeras medidas que se toman al tratar de constituir un sistema político. A medida que este se fue organizando a lo largo de la Baja Edad Media como el resultado de la coexistencia de jurisdicciones distintas, la norma se hizo escrita. Aparte de las leyes de alcance municipal, lo más relevante de la nueva cultura del derecho escrito fue la promulgación de códigos aplicados al conjunto del reino, caso de la *Common Law* inglesa, unificada a partir del reinado de Enrique II (1154-1189); los *Usatges* catalanes, compilados a mediados del siglo XII; o, más adelante, las *Partidas* de Alfonso X, nacidas, como se dice en el prólogo, para que todos, del rey al hombre común, tuvieran conocimiento de sus obligaciones y derechos:

E desta guisa se acaba la justicia complidamente ca bien como los buenos merescen bien e gualardón bueno por los bienes que fazen. E otrosí los malos deven recibir pena por la su maldat. Onde quien quisiere parar mientes en todas las siete partidas deste nuestro libro, fallará y todas las razones bien y complidamente que pertenescen para ayuntar amor de ome con Dios, que es por fe, e por creencia. E otrosí de los homes unos con otros por justicia e verdad.

La confección de un código escrito es parte consustancial a un sistema de administración de justicia ejercido en aulas cerradas y sujeto también a una normalización del lenguaje de los documentos con el fin de educar al litigante en la forma en que debía dirigirse a la autoridad. El texto legal representa a la nueva sociedad del escrito como exponente de un conjunto de transformaciones más amplias que forman parte del valor político reconocido a los documentos, de ahí la solemnidad que se puso en la confección de algunos de los diplomas de reyes, papas y emperadores, pero también de otras autoridades de menor rango. Ello nos habla de la función simbólica y propagandística del escrito en cuanto imagen, más allá del texto concreto, a lo que se debe la atención puesta en la fabricación del diploma. La combinación de distintos tipos de escrituras, la disposición y forma de los elementos gráficos (signos y crismones), la función anunciadora y propagandística de los mismos, el formato y las proporciones, en fin, todos los aspectos que definen la materialidad del hecho escrito, demuestran que este era el resultado de una labor previamente planificada que recaía en manos de un personal especializado (fig. 7).

Inicialmente los señores laicos se sirvieron de los eclesiásticos para atender las necesidades documentales, pero a medida que se impuso un sistema cada vez más burocrático lo hicieron las cancellerías, es decir, las oficinas competentes en la preparación y confección de las actas escritas requeridas por aquellos. Dos fueron los ingredientes principales del nuevo modo de producción documental: la creación de una estructura orgánica encabezada por el canciller, los notarios y los escribanos; y la división de competencias entre ellos, siendo el canciller quien ejercía la máxima responsabilidad escrituraria por designación del rey, el notario quien se encargaba de preparar los borradores y minutas de los documentos, y el escribano quien asumía la tarea de ponerlos por escrito. En el Reino de Castilla, dicho organigrama se perfila desde los tiempos de doña Urraca y el rey Alfonso VII, en la primera mitad del siglo XII. Otro tanto acontece en Portugal donde está documentada desde el 3 de agosto de 1128. En Francia, hacia 1060, el rey Felipe I había nombrado canciller al obispo de París. De todos modos, debe hacerse notar

que, aparte de la cancellería, la afirmación de la monarquía llevó aparejada la creación de otros organismos administrativos, fiscales y judiciales que también contribuyeron al desarrollo de la cultura escrita. Nótese que en el caso del Parlamento de París, el número de registros se multiplicó por diez entre 1320 y 1360.

Paralelamente a esta profesionalización de la producción documental, el interés de los distintos poderes por el valor fedatario del escrito se consumó en la diversificación de sus tipologías, así como en la aparición de los registros de cancellería desde finales del siglo XII bajo el pontífice Inocencio III, aunque su verdadera implantación se hizo efectiva en los siglos posteriores, con un ritmo diferente según los distintos reinos. Centrándome en la península ibérica, sobresale el caso de Portugal, con registros conservados desde los tiempos de Alfonso II, del que existe un registro de documentos fechados entre 1217 y 1221; y la corona de Aragón, a partir de Jaime I (1213-1276); mientras que en Castilla, las disposiciones más precisas están contenidas en las *Partidas* de Alfonso X (Part. III, tit. XX, ley VI), aunque, exceptuando algunos registros fragmentarios de Sancho IV (1283-1286) y de Enrique IV (1467), la consolidación definitiva tuvo efecto en la época de Isabel y Fernando; en Navarra, los primeros registros datan de la época del rey Carlos II (1365).

Ese liderazgo de la Corona de Aragón coincide con la temprana creación del archivo real en dicho territorio. Obviando el espejismo sobre un supuesto archivo condal en tiempos de Wilfredo I, la mención más antigua sobre la existencia de un acervo real data de 1180. A raíz de un pleito entre Alfonso I de Cataluña (II de Aragón) y Pere Lluçà por la propiedad de los castillos de Lluçà y Merles, el rey Alfonso presentó como prueba un *sacramentale* realizado por uno de los anteriores propietarios. Ante la objeción de Lluçà, basada en que dicho testimonio no llevaba firma ni fecha, Alfonso alegó que «tal era la costumbre de la tierra en hacer este tipo de documentos, *et ad hoc probandum inducebat alia similia sacramentalia de su archivo producta*». Del siglo XIII existen otras referencias que señalan la existencia y continuidad del archivo en distintos depósitos, hasta que en 1318 el rey Jaime II los unificó y concentró en Barcelona. Puede decirse que en ese momento acababa de nacer el archivo central de la monarquía, todavía como un simple depósito de documentación administrativa, pero su destino cambió a partir de la aprobación de unas ordenanzas referentes al mismo en 1384 por Pedro IV el Ceremonioso.<sup>24</sup> Si ya era importante que

<sup>24</sup> Rafael Conde y Delgado de Molina: *Les primeres ordinations de l'arxiu real de Barcelona / Las primeras ordenanzas del archivo real de Barcelona, 1384*, Madrid: Ministerio de Cultura, 1993.

se hubiera creado, la elaboración de unas normas para regular cada uno de los aspectos de su funcionamiento (misión del archivo, el archivero y el tratamiento de la documentación) resultaba aún más decisiva. En el siglo XV se crearon los archivos del Reino de Valencia (1419), del Reino de Aragón (1436) y, en los últimos años, el de la Chancillería de Valladolid (1498), que inicialmente sirvió también como depósito documental de la monarquía hispánica hasta la creación del archivo de Simancas en 1540.

Pero esos ya eran otros tiempos. Antes, la creación sucesiva de una serie de archivos, reales y municipales, administrativos, fiscales y judiciales, representa la voluntad de hacer de la escritura el sustento del gobierno político, el nuevo papel del registro y de la memoria escrita. Esto mismo se puede deducir del vasto número de cartularios pertenecientes a monasterios y catedrales pero también a algunos señores laicos, que, aunque conocidos ya desde el siglo IX, en Alemania, tuvieron su época dorada en los siglos XII y XIII. Realmente se trataba de auténticos códices-archivo ya que en ellos se copiaban, íntegros o extractados, los documentos más significativos, es decir, aquellos que garantizaban los derechos y bienes patrimoniales de sus titulares, ordenados por áreas geográficas o en función de la procedencia. En el ámbito notarial podría también citarse la formación de los primeros protocolos en los siglos XIII y XIV, señal de la estrecha vinculación entre el registro escrito y la administración de la *fides publica* depositada en los notarios. La consolidación de esta institución fue, en efecto, otro de los pilares de la creciente extensión de la lógica de la escritura, sobre todo después de que en la decretal *Scripta autentica* (1167-1169) de Alejandro III se reconociera a los documentos notariales la misma validez que a los que habían sido sellados en las cancillerías real o curial.

Conservada en registros, cartularios, protocolos y archivos, la escritura estaba ganando el terreno a la palabra hablada como instrumento de información, registro del conocimiento, garantía del orden social y memoria del poder. Dichos instrumentos señalaban los primeros peldaños de una mentalidad archivística que terminaría implantándose a lo largo de la Edad Moderna

## 7. LA ESCRITURAS VISIBLES: DE LA INSCRIPCIÓN AL CARTEL

Hasta aquí me he referido a prácticas de cultura escrita que tuvieron su espacio de producción y consumo en un ámbito normalmente privado o restringido a



las personas implicadas en la *actio* documental, caso de las escrituras oficiales; pero el análisis de los cambios bajomedievales en la función de lo escrito quedaría cojo si no consideraran otras presencias de la escritura, incluso más visibles. Naturalmente me estoy refiriendo a la conquista gráfica de espacios públicos por vía de las inscripciones de aparato, filacterias, *graffiti* y pasquines, donde tampoco faltan los testimonios en vulgar desde los años finales del siglo XI y sobre todo a partir del XII y XIII, una vez que la gótica mayúscula se constituye en la nueva tipología gráfica de las escrituras expuestas en toda Europa. Antes de seguir citaré un apunte cuantitativo referido a la ciudad italiana de Volterra para corroborar el verdadero sentido de esta recuperación de las escrituras expuestas. El *corpus* de sus inscripciones medievales, 20 en total, se ajusta al siguiente ritmo: tres datadas entre los siglos IV al VII, ninguna del período del siglo VIII al X y 17 del siglo XI al XIV.<sup>25</sup>

### 7.1. Algo más que sepulcros

Por lo que afecta a las inscripciones, su producción sigue al desarrollo de las ciudades y a la consiguiente recuperación de la función civil y política del espacio urbano. Con ello se consumó el retorno a un uso más amplio y articulado de la epigrafía con fines no sólo funerarios, sino también conmemorativos (fig. 8). Así se puede ver en algunas inscripciones italianas de los siglos XI y XII referentes, por ejemplo, a la fundación de las catedrales de Pisa (ca. 1064) y Salerno (1081). Ambas, trazadas en capitales de inspiración antigua, son buenos prototipos del valor simbólico y comunicativo atribuido a este tipo de inscripciones, pues el texto presenta una disposición regular y homogénea que le daba mayor legibilidad. La primera venía a mostrar la fortaleza de la ciudad, celebrada igualmente por otras inscripciones contemporáneas de carácter civil referentes a las gestas militares protagonizadas por los pisanos. La segunda ensalzaba el poder del arzobispo Alfano.<sup>26</sup>

Pisa y Salerno son tan solo dos estrellas de un firmamento más amplio compuesto por otros astros surgidos de la voluntad de los nuevos dirigentes de las ciudades de celebrar mediante escrituras de aparato la construcción de monumentos públicos, inmortalizar en piedra los hechos más memorables o fijar y dar a cono-

<sup>25</sup> Andrea Augenti y Massimiliano Munzi: *Scrivere la città. Le epigrafi tardoantiche e medievali di Volterra (secoli IV-XIV)*, Florencia: All'Insegna del Giglio, 1997.

<sup>26</sup> Armando Petrucci: *La scrittura. Ideologia e rappresentazione*, Turín: Einaudi, 1986, pp. 5-10.



cer desde las paredes los estatutos ciudadanos. Precisamente este fue el cometido de la lápida puesta en el lado sur de la catedral de Ferrara en 1173. Algo posterior, de 1262, es la inscripción colocada en una de las puertas de la catedral de Valencia para conmemorar la conquista cristiana de la ciudad. Además se trata de un epígrafe cívico todavía inusual en un contexto dominado por las lápidas funerarias, dado que en ese reino el apogeo de la epigrafía civil corresponde a la segunda mitad del siglo XIV, coincidiendo con la época de Pedro IV el Ceremonioso. Una de las inscripciones realizadas por entonces, concretamente en 1376, se hizo en catalán y se colocó en la sede municipal para dar cuenta de la terminación de las obras y del inicio de las sesiones de Cortes, es decir, de un hecho absolutamente político y ciudadano.<sup>27</sup>

Vemos así como en diferentes lugares se acudió a la escritura expuesta para celebrar y dejar memoria de los sucesos más significativos de la vida civil. La difusión pública de dichas inscripciones y la atención puesta en la ejecución de muchas de ellas, resultado de una previa *ordinatio* del trabajo epigráfico, permiten analizarlas como una forma de representar y hacer visible la autoridad y el poder. Mientras que en la Alta Edad Media la actividad epigráfica se había concentrado en la Iglesia y se había restringido a las escrituras funerarias, en la Baja adquirió una función más amplia (jurídica, administrativa, política, económica), se dispuso sobre edificios civiles y no sólo religiosos, y los comitentes fueron principalmente los soberanos, el alto clero, los señores feudales y los mandatarios urbanos. También en esto se notó la connotación laica de la cultura escrita, presente asimismo en las inscripciones funerarias.

Según Armando Petrucci,<sup>28</sup> en Italia, lo más representativo de los cambios operados en las políticas de la muerte escrita durante estos siglos fue la construcción de grandes monumentos funerarios adosados a las paredes, en los que la escritura asume valores que van desde la presencia destacada y central a la práctica ausencia. El hecho celebrativo se resolvía mediante un preciso programa iconográfico basado en el retrato realista del difunto, la representación solemne y oficial del poderoso durmiente, el sepulcro exento, la estricta organización de los distintos espacios y la función comúnmente didascálica del texto. Uno de estos monumentos funerarios es el del cardenal Guglielmo Fieschi († 1256)

<sup>27</sup> Francisco M. Gimeno Blay: «Materiales para el estudio de las escrituras de aparato bajomedievales. La colección epigráfica de Valencia», *Epigraphik* 1988, ed. Walter Roch, Viena: Österreichischen Akademie der Wissenschaften, 1990, pp. 195-215.

<sup>28</sup> A. Petrucci: *Le scritture ultime. Ideologia della morte e strategie dello scrivere nella tradizione occidentale*, Turín: Einaudi, 1995, pp. 75-93.

en la basílica romana de San Lorenzo, en el que se pueden observar dos inscripciones: una puramente didascálica y casi ilegible, en el marco del sarcófago, y la otra, en el eje del monumento, en caracteres románico-góticos mucho más legibles (fig. 9). En otros, sin embargo, como el sepulcro del cardenal Guillaume de Braye († 1282) en la catedral de Orvieto, obra de Arnolfo di Cambio, el texto, en gótica mayúscula, resulta difícil de leer por la abundancia de abreviaturas. Se trata de un modelo que también fue adoptado por el laicado culto, cuyo máximo exponente es el de Rolandino dei Passeggeri († 1250) en la plaza de Santo Domingo en Bolonia, donde lo que importa es la fabricación de un auténtico «lugar de memoria» antes que la concreta legibilidad del escrito. A la postre, en tales monumentos, el mensaje ideológico estaba confiado al complejo monumental, al retrato y a los emblemas del muerto. La lectura del texto no tenía una finalidad primaria, sobraba con que fuera visible y legible solo para unos cuantos. Distinto, sin embargo, es el monumento sepulcral del antipapa Juan XXIII en el baptisterio de Florencia, realizado entre 1425 y 1428 por Donatello y Michelozzo, pues en este la inscripción, en letras capitales de inspiración románica, podía ser leída con cierta facilidad.

Fuera de Italia, en Francia, Alemania y España, fueron más habituales los enterramientos en el suelo o los sepulcros exentos con la inscripción en el borde o en una tarjeta colocada a los pies del difunto. Además, sobre todo para los grandes eclesiásticos, se continuó con el monumento empotrado en la pared y, aunque más rara, con la simple lastra escrita. También fueron corrientes las representaciones funerarias del muerto en estado de descomposición, como puede verse en los sepulcros de Jean Fievez († 1425) y Etienne Yver († 1467) en Nôtre-Dame de París, en los que se aprecia una cierta saturación de texto. Este rasgo, impensable en Italia, también se puede verificar en Castilla, entre otros, en los sepulcros de Sancha Vázquez († 1465) y del «doncel» Martín Vázquez de Arce († 1486) en la catedral de Sigüenza (fig. 10). En ambos el texto se encuentra en una posición central, y muestra la claridad y regularidad necesarias para entenderlo como un reclamo de lectura.

## 7.2. Del dibujo a la crónica: escrito en los muros

Aunque más amplia que en la Alta Edad Media, la capacidad de ordenar la fabricación de una inscripción conmemorativa y el derecho a la *muerte escrita* se-

guían circunscritos a las elites. El resto pudo participar de las nuevas prácticas de la escritura expuesta en cuanto eventuales receptores de dichos mensajes y de aquellos que transmitían los letreros y filacterias de la pintura bajomedieval, donde, en general, se siguieron los mismos modelos gráficos empleados contemporáneamente en la producción epigráfica. Estos textos podían tener un valor didascálico o explicativo de las representaciones, estableciendo así una doble modalidad de lectura: analógica para unos e iconográfica para otros. En el sínodo de Arrás de 1025 se había sentenciado que «lo que la gente sencilla no puede captar mediante la lectura de las escrituras puede aprenderlo contemplando imágenes», y, en la segunda mitad del siglo xv, en un texto del *Ars moriendi*, se volvía a insistir en la doble modalidad de comunicación: «se ofrece a los ojos de todos, tanto con letras, que sirven solamente al clérigo, como con imágenes, que igualmente sirven al laico y al clérigo».<sup>29</sup> Por supuesto, entiéndase clérigo en sentido de cultivado y no sólo de eclesiástico, de modo que dichos mensajes también podían ser leídos por los nuevos alfabetizados de la época.

Igualmente, muchos de esos nuevos alfabetizados son también los individuos a los que seguramente podemos atribuir algunos de los *graffiti* realizados a lo largo de estos siglos en iglesias, castillos o incluso en los muros de algunas ciudades. Naturalmente las dificultades de su conservación han mermado seriamente las posibilidades de estudiarlos a fondo; no obstante, algunos de los testimonios existentes, como el rico muestrario inglés investigado por V. Pritchard, dan prueba de una práctica que debió ser bastante más extensa. Junto a las representaciones de cruces, escenas de guerra (fig. 11), barcos (fig. 12), santos, personas y animales, los hay también donde prevalece el mensaje escrito. Dentro de estos podemos observar varias modalidades de acuerdo al tenor y extensión del texto:

- 1) Numerales. Son aquellos en los que se anota una fecha que puede tener relación con algún hecho acaecido a la persona que escribe, el año en que lo hace o, como en el baptisterio de Parma, los registros de nacimientos. De un tipo mixto sería un graffiti con el listado de los vinos ofrecidos a Dios, localizado en la iglesia de St. Mary en Westley Waterless.<sup>30</sup>
- 2) Nominales. Cuando se trata exclusivamente de dejar constancia de un nombre, habitualmente el de la persona que escribe. Los hay de presos que es-

<sup>29</sup> Joaquín Yarza y otros: *Fuentes y documentos para la historia del Arte*, vol. II. *Arte medieval II. Románico y gótico*, Barcelona: Gustavo Gili, 1982, p. 427. Cf. Francisco M. Gimeno Blay: «De scripturis in picturis», *Fragmentos*, 17-18-19, 1991, p. 181.

<sup>30</sup> V. Pritchard: *English medieval graffiti*, Cambridge: Cambridge University Press, 1967, p. 62.

tuvieron en las cárceles de Lucca y Roma; distintas signatures en iglesias de Inglaterra, como la de «Iohannes de Hemelhemsted», datable entre finales del siglo XIII y principios del XIV; o las que dejaron sendos humanistas, nacidos a mediados del XV, en el castillo de Monteciarugolo, que se han fechado a comienzos del XVI: a) «Giorgius Anselmus», del poeta nacido en Parma; y b) «Jo. Marcus Garbatus», del médico y filósofo Gian Marco Garbaza.<sup>31</sup>

3) Existenciales. Incluyo aquí otros más elaborados en los que el autor refleja algún pensamiento o situación vital. Es el caso de los *títulos* que el mercader Pere Soriol escribió en las calles de Valencia a finales del siglo XIV.

4) Cronísticos. Así podemos calificar el conjunto de la antecámara de la sala de reuniones del Palacio Comunal de Siena, fechado en el siglo XV y realizado encima de unos muros pintados al fresco por Taddeo di Bartoli. La profusión de referencias cronológicas y de alusiones a los avatares de la historia ciudadana hace de ellos una suerte de diario o crónica urbana, con evidentes paralelismos, en cuanto al discurso, con el oficio de los cronistas y con la práctica notarial. Esto, el predominio de las minúsculas sobre las mayúsculas e incluso el lugar donde se realizaron induce a pensar que el autor de estos *graffiti* debió ser una persona con buen conocimiento de la escritura y un apreciable control del medio técnico. He aquí un par de ejemplos:

(a) 1433 A di 25 d'aprire se n'an[ndo] lo [im]peratore di sena e ando a roma e fe la via di marema / fecciali compagnia li sinensi insino al ponte a tressa con militi et altri.

(b) 1433 / a di 8 di Maggio 1433 si levo via l'ofessa / tra e sanesi e fiorentini.<sup>32</sup>

<sup>31</sup> V. Pritchard: *English medieval graffiti*, o. cit., p. 107, entre otras; y Marzio Dall'Acqua: *Voci segrete dai muri. Controsteria parmigiana*, Parma: Silva, 1976, pp. 34-35.

<sup>32</sup> Luisa Miglio: «Fragmentos de historia», en «Los muros tienen la palabra». *Materiales para una historia de los graffiti*, eds. F. M. Gimeno Blay y M.ª Luz Mandingorra Llavata, Valencia: Universitat de València, Departamento de Historia de la Antigüedad y de la Cultura Escrita, 1997, pp. 107-108. Traducciones: (a) «1433. A 25 de abril se marchó el emperador de Siena camino de Roma y fue por la vía de Marema, los sieneses le acompañaron hasta el puente reforzados con soldados y otros»; (b): «1433. A 8 de mayo de 1433 se acabó la enemistad entre los sieneses y los florentinos». El primero hace alusión al momento en que el rey Segismundo de Luxemburgo salió de Siena con destino a Roma para ser nombrado emperador por el papa Eugenio IV, lo que aconteció el 31 de mayo; y el segundo a la paz firmada entre el duque de Milán, Venecia y Florencia.

### 7.3. Entre la propaganda y la protesta

Las escrituras expuestas vinieron a cumplir funciones muy distintas dependiendo de la condición de sus «autores», del lugar de exhibición y de la morfología textual. Las inscripciones monumentales civiles respondieron a la necesidad de ensalzar determinadas gestas, constituyéndose en auténticos «lugares de memoria» destinados a celebrar y preservar el recuerdo de los acontecimientos y de sus protagonistas. La epigrafía funeraria transmitía el recuerdo de los linajes y representaba la ideología que sustentaba la sociedad medieval a través de un derecho a la muerte escrita claramente desigual. Y los *graffiti* obedecían seguramente a una necesidad de escribir y dibujar más difusa, ya fuera para garabatear sobre un muro, para dejar constancia de la existencia personal, siquiera mediante el enunciado mínimo de una suscripción parietal, o incluso para narrar los mismos episodios que figuraban en las crónicas urbanas, aunque no siempre podamos saber quiénes fueron sus responsables.

Cualquiera que fuera el cometido de esos usos de la escritura, se trataba siempre de comunicar desde las paredes y los espacios públicos, es decir, de hacer que la escritura estuviera presente. Que eso indique un aumento más que probable del alfabetismo tal vez sea lo de menos. Por el contrario, me parece más destacable entenderlo como el producto más significativo de los cambios que experimentó la función y la ideología de la cultura escrita en el Occidente bajomedieval, en definitiva, como una clara demostración del tránsito hacia una sociedad con la mirada cada día más puesta en la escritura. Sin esta mutación seguramente no hubieran tenido el mismo sentido los testimonios que reporto a continuación:

- 1) La difusión de la Carta Magna inglesa de 1215 mediante escritos colocados en las puertas de las iglesias principales del reino, aparte de pregonarla cuatro veces al año durante más de un siglo.
- 2) La divulgación de la doctrina cristiana en las puertas de los templos por medio de tablas y en grandes letras para que se pudiera leer de lejos, según prescribieron los estatutos de la diócesis de Cambrai en 1260, mucho antes de que la iglesia castellana tomara otras medidas similares en los últimos años del siglo xv.
- 3) El manifiesto que el rey de Inglaterra hizo colgar en 1340 en las iglesias y edificios notables para proclamar sus derechos a la corona francesa.
- 4) La publicación de las ordenanzas de Cuenca de 1411 a través de pregones y de distintos pergaminos clavados en la puerta de la iglesia de santa María y

en las puertas de ingreso a la urbe, en lugar alto donde todos las pudieran leer y conocer de modo que nadie pudiera alegar desconocimiento de la norma.

A través de estas prácticas de cultura escrita, tanto las normas y manifiestos cívico-políticos como la doctrina religiosa se hicieron visibles al conjunto de la sociedad, lo mismo que sucedió en la Grecia clásica con las leyes de Solón; y así, colocados en el corazón mismo del espacio público, los escritos intervenían, de un modo u otro, en la vida de los ciudadanos.

Los escritos públicos informaban de los fundamentos ideológicos que sustentaban el poder y la autoridad buscando la adhesión a los mismos, lo que no significa que no hubiera resquicios para criticar o burlarse de los principios y valores establecidos. También este filón de la escritura de protesta empezó a ganar protagonismo en los últimos siglos de la Edad Media. En Florencia dicho hábito puede remontarse al siglo XIV, si bien su momento de verdadera explosión se produjo después, en el XVI, con las celebres «pasquinadas», cuyo nombre aludía a la estatua romana de Pasquino, gérmen de una tradición que se extendió por otras ciudades italianas, en especial Florencia y Venecia.

Pero antes de esa eclosión, todavía a mediados del siglo XV, no puede pasar desapercibido el caso de los *albarans de commoure* distribuidos en Valencia, de los cuales se tiene constancia por las referencias contenidas en el *Dietari* del capellán de Alfonso el Magnánimo y en las actas de las deliberaciones de los consejeros. Se trata de auténticos casos de escritura vindicativa y criminal en cuanto que efectuada sin el consentimiento de la autoridad y expuesta en lugares que no estaban concebidos para ese fin. Por más que se trate de productos escritos destinados a una exposición limitada en el tiempo y a un consumo amplio y rápido, estos objetos de lectura colectiva certifican la voluntad de crear opinión. Algunos de estos *albarans*, como los que se fijaron el día 27 de febrero de 1461 aprovechando la complicidad de la noche, según era norma, llamaban a la movilización armada contra los traidores de los malos consejeros:

En la ciutat de València, a XXVII del mes de febrer, en la nit foren mesos albarans per moltes parts de la ciutat, dient: «Senyors, per bé del regne, al primer crit tothom sia aparelat ab ses armes e muyren los traïdos dels mals conselés» [...].<sup>33</sup>

<sup>33</sup> Josep. V. Escartí y Marc Jesús Borràs: «“Albarans de commoure” a la València del segle XV. Sobre el usos públics i criminals de l'escriptura», en *Miscel·lània Joan Fuster. Estudis de llengua i literatura*, ed. Antoni Ferrando y Albert G. Hauf, vol. IV, Barcelona: Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1991, p. 90. Traducción: «En la ciudad



Aquí no nos hallamos ante textos emitidos por el poder establecido, sino frente a prácticas de cultura escrita plañteadas para dar a conocer reivindicaciones y opiniones críticas respecto a aquel. En el caso de los carteles valencianos, fueron hechos por los mismos miembros de los estamentos que lo servían, pues, de facto, algunas de las familias implicadas en su difusión desempeñaron cargos administrativos en la ciudad. Su retirada y la búsqueda de la persona o personas que los habían realizado, sobre lo que los consejeros deliberaron en más de una ocasión, demuestran el carácter transgresor y criminal de esta modalidad de escrituras expuestas, así como la voluntad de perseguirlas para restituir el nombre de Dios, la majestad del rey y el poder ciudadano, esto es, para garantizar el triunfo del orden establecido (texto 7). Esto fue, a la postre, una variante de cuanto en lo referido a los libros suponía la quema de los que fueron calificados de heréticos por la ortodoxia religiosa.

## 8. LIBROS, LECTORES Y LECTURAS

Las ordalías de los libros mediante la prueba de verdad del fuego es otra manera de entender la autoridad conferida a la cultura escrita en la sociedad medieval y el miedo a la divulgación de aquellas ideas que, de un modo u otro, cuestionaban la ideología imperante y la estructura del poder. Aunque todavía los libros no gozaran de una circulación masiva, las cacerías decretadas contra ellos por la Inquisición medieval dan idea de su conversión en un instrumento de conocimiento y reflexión, asociado directamente a ciertos cambios en las maneras de leer, en particular a lo que puede considerarse como una de las revoluciones o mutaciones acontecidas en la historia de la lectura: la práctica de leer en silencio. Por supuesto que esta modalidad no es una invención medieval, pero sí fue entonces cuando adquirió un carácter más habitual y sistemático. A pesar de que se puedan anotar algunos casos de lectura silenciosa en la Grecia clásica o de que el mismo san Agustín asegurase haber visto a san Ambrosio «leer en silencio y jamás de otro modo», antes de los siglos XI y XII dicha práctica no dejaba de ser episódica en medio de ambientes culturales presididos por la recitación oral y la lectura pública de los escritos.

---

de Valencia, a xxvii del mes de febrero, en la noche se pusieron albaranes por muchas partes de la ciudad, diciendo. "Señores, por el bien del reino, al primer grito todos sean pertrechados con sus armas y den muerte a los traidores de los malos consejeros" [...].

### 8.1. Leer en la Universidad

La extensión de la lectura silenciosa estuvo directamente relacionada con la difusión de las universidades y con ciertos cambios en la escritura de los códices, planteada cada vez más en función del acto de la lectura y no tanto porque el libro fuera un objeto sagrado y reverenciado como en la Alta Edad Media. Ahora se convirtió en un vehículo de transmisión del saber, en la fuente de conocimiento en la que bebían los maestros y escolares de Bolonia, París, Oxford, Montpellier, Palencia o Salamanca, en fin, de cualquiera de las universidades que se fueron creando en Europa a partir del siglo XII. La Universidad implicaba una concepción razonada y crítica del saber que iba más allá de la consideración del libro como el soporte de una *verdad* revelada.

Hacía falta profundizar en el entramado del texto, comprender su sentido y elaborar un juicio, crear una opinión, y para ello no bastaba con la lectura pública que los maestros pudieran hacer de las obras de estudio, sino que era preciso entrar en diálogo con ellas. Era una nueva manera de leer que fue señalada, entre otros, por Hugo de San Víctor, Juan de Salisbury o el cisterciense Richalm, prior de Schöntal (1216-1219). No deja de ser significativo que el tratado de Hugo de San Víctor sobre el *Arte de leer* adoptara el título de *Didascalicon* (ca. 1128), señalando así el papel fundamental que la lectura iba a desempeñar en la enseñanza. De tal modo que el mismo término *lectura* se puede considerar una creación medieval aplicada al método de explicación señalado por los manuscritos glosados, que, por lo que atañe a los textos bíblicos, comenzaron entre fines del siglo XI y principios del XII, donde las glosas venían a mediar entre la interpretación del experto y el escolar en proceso de formación. En otra obra de aquellos tiempos, el *Metalogicon* (ca. 1159) de Juan de Salisbury, el autor, tras constatar que el término *legere* era bastante ambiguo en el latín clásico, puesto que designaba tanto el acto de enseñar como el de leer, propuso una distinción que, en realidad, entrañaba diferenciar entre dos prácticas de lectura: la *praelectio*, que sería la lectura como parte del proceso educativo, y la *lectio* o lectura individual. Era una novedad importante que planteaba la posibilidad de un acercamiento más personal a los libros en la medida que estos eran «grutas de la sabiduría hacia las que el sabio encaminaba a sus hijos», en palabras de Richard de Bury, autor del *Philobiblion*, terminado de escribir en 1344 (texto 8).

El modelo escolástico de la lectura, como se le denomina por su vinculación con la enseñanza universitaria, es inseparable de una serie de modificaciones en

la materialidad de la escritura, principalmente la separación de las palabras, el perfeccionamiento de los sistemas de puntuación y el empleo de distintas tipologías gráficas (*litterae absolutae* y *littera notabilior*). Es cierto que algunos de estos elementos se pueden rastrear en los manuscritos, no solo irlandeses, de los siglos VIII y IX; pero su extensión no se produjo hasta la primera mitad del siglo XI y su consolidación en el XII, siendo buena muestra de esto los que se conservan de Guiberto de Nogent († 1125) y del ya citado Hugo de San Víctor († 1141). Se afirma entonces un *nuevo libro* caracterizado formalmente por una serie de aspectos que facilitaban la legibilidad del texto, los siguientes:

- 1) La división de las palabras.
- 2) Los resúmenes encabezando cada capítulo.
- 3) La disposición del texto en dos columnas dejando espacios marginales para las distintas posibilidades de glosas, comentarios y anotaciones al hilo de la lectura.
- 4) El perfeccionamiento de los signos de puntuación y de los sistemas abreviativos.
- 5) El empleo de iniciales adornadas y en distintos colores, rúbricas y letras marginales.
- 6) La numeración de los cuadernillos, columnas y líneas, que proporcionaba una ordenación secuencial del texto, cuyo mejor prototipo son los libros de *distinctiones* introducidos por los cistercienses en la primera mitad del siglo XIII.<sup>34</sup>

Todo ello responde a una nueva *gramática de la legibilidad*, una racionalización del texto y de los distintos niveles de lectura sugeridos por la disposición del mismo, la naturaleza de las glosas, las jerarquías gráficas o la connotación discursiva que introducen los elementos extratextuales (títulos, reclamos, anotaciones marginales, etc.). A diferencia del *volumen* o libro en rollo, el *codex*, cuya definitiva confirmación como práctica de cultura escrita se había producido en los siglos III y IV, podía ser fácilmente indizado y daba lugar a una lectura más personal. Había nacido el libro como instrumento de trabajo intelectual (fig. 13).

<sup>34</sup> Uno de los mejores y más conocidos ejemplos es la Biblia en capítulos atribuida a Etienne Langton, hacia 1203, cuyo uso sería propagado por los dominicos. Por otra parte, la división de las *Sentencias* de Pedro Lombardo en distinciones fue ejecutada por Alexandre de Hales entre 1223 y 1227. Cf. R. H. Rouse: «L'évolution des attitudes envers l'autorité écrite: le développement des instruments de travail au XIII<sup>e</sup> siècle», en *Culture et travail intellectuel dans l'Occident médiéval*, ed. G. Hasenohr y J. Longère, París: CNRS, 1981, p. 131.

En consecuencia, la modalidad lectora propuesta por el libro *universitario* no era ya la lectura reiterada de un *corpus* restringido de libros, como en la Alta Edad Media, sino otra más razonada, aplicada a un repertorio más amplio de textos. Aparejado a ello iba la introducción de una serie de instrumentos que respondían a las necesidades creadas por la lectura universitaria, ya fuera la confección de lo que podríamos llamar obras de referencia, el nuevo sistema de producción libraria o los cambios introducidos en la concepción y en el orden de las bibliotecas. Veamos con algo de detalle cada uno de estos puntos.

A medida que la lectura se hacía, en cierto modo, más extensiva, esto es, referida a un número mayor de obras, surgieron también una serie de textos destinados a facilitar esa tarea. De un lado los glosarios y léxicos, y de otro las distintas sumas del saber en que estaban compendiados los conocimientos fundamentales de las principales materias del curriculum universitario: la *Glosa ordinaria*, para facilitar la comprensión del texto bíblico; el *Decreto* de Graciano, como síntesis de la doctrina jurídica; y el *Libro de las sentencias* de Pedro Lombardo, en materia teológica. Este, por ejemplo, afirmó que había compilado su obra para allanar el camino a los buscadores de citas.

En el terreno de la producción y del comercio de los libros, lo más significativo fue la creación de un mercado en torno a las universidades. El antiguo sistema de la copia única practicado en los *scriptoria* altomedievales resultaba insuficiente para atender la mayor demanda suscitada por los lectores universitarios, de ahí que se pusiera en práctica un procedimiento distinto, la *pecia*, basado en la copia separada de los distintos cuadernillos. Dicho proceso estaba perfectamente regulado por la institución docente, que era la que se encargaba de vigilar que las copias se ajustaran al *exemplar* autorizado. Contaba para ello con el *librarius* o *estacionario* quien alquilaba libros o *peciae* en régimen de monopolio y regentaba la tienda donde se organizaba la copia y venta de los mismos (texto 9). El editor, que habitualmente era el mismo librero, presentaba el texto que quería publicar y las autoridades académicas se encargaban de comprobar que se trataba de una versión correcta y completa antes de autorizar su publicación a un precio fijo.

Finalmente, el modelo escolástico de la lectura implicó una variación sustancial en los espacios de la misma, especialmente en el concepto y organización de la biblioteca. Esta ya no era el *armarium* de los *scriptoria* monásticos sino un recinto donde poder consultar y leer los libros, trabajar con ellos. La biblioteca universitaria se concibe como un lugar de estudio y lectura, aunque el número de vo-

lúmenes tampoco alcanzara siempre las recomendaciones de algunos reglamentos, según los cuales debía haber uno para cada tres estudiantes. En el París del siglo XIV la lista de los *exemplaria* en circulación no rebasaba los 200; en 1338 la importante biblioteca de La Sorbona sólo albergaba 338 obras encadenadas y 1728 registradas para el préstamo, de ellas 300 perdidas; y, en la misma época, las colecciones de otros colegios no sobrepasaban las 300, incluyendo los principales textos básicos.

Normalmente se trataba de una sala alargada y amueblada con mesas, atriles y bancos corridos distribuidos en dos series paralelas con un pasillo central, en donde estaban los libros de consulta, por lo común sujetos mediante una cadena. Junto a esta había otra, la llamada biblioteca *secreta*, cuyo destino era principalmente el préstamo. Sus primeros usuarios eran, por supuesto, los estudiantes, profesores y gentes del saber; pero también accedieron algunos laicos, por lo que se ha visto en ellas la representación de una especie de biblioteca *pública*, sin duda claramente distinta a las altomedievales.

Prueba de la utilidad y uso que tenían las bibliotecas universitarias la dan los catálogos que había a disposición de los lectores, los reglamentos sobre el préstamo y las fichas-registro (*memoriale*) en las que se anotaban las obras prestadas (texto 10). Es cierto que los inventarios de libros ya existían con anterioridad, al menos están documentados desde los siglos IX y X, si bien no eran más que relaciones de títulos; pero su verdadera implantación como instrumento al servicio del trabajo intelectual aconteció en el siglo XIII. De este, o de principios del XIV, datan los primeros repertorios topográficos, como el *Registrum Anglie de libris actorum et doctorum*, donde se recogió una relación de 1412 obras, a menudo con sus respectivos íncipit, de 818 autores, existentes en las bibliotecas franciscanas de Inglaterra, Escocia y País de Gales. Aunque los tres manuscritos en que se ha transmitido este catálogo datan de los siglos XIV y XV, es posible que el *Registrum* se preparara entre 1250 y 1320. Contemporáneamente se desarrollaron también otros repertorios organizados por materias, como el que redactó hacia 1320 un miembro de La Sorbona extrayendo los textos contenidos en los 300 libros de la cadena que había en la biblioteca.<sup>35</sup>

<sup>35</sup> *Ibidem*, pp. 125-127.

## 8.2. Libros para mostrar, libros para disfrutar, libros para saber

Después de esto, ¿qué no eran los libros? En ellos se podía encontrar de todo o casi de todo, dependía de las expectativas de los distintos lectores, que no consistían sólo en la posibilidad de leerlos, sino también en el hecho de poseerlos y exhibirlos como símbolos de decoro. Esta ambivalencia de funciones se ve claramente en buena parte de los libros poseídos por los nobles y aristócratas, concretamente en aquéllos que se pueden englobar bajo la categoría de libro *cortesano*. El libro, en fin, como un signo visible, junto a otros, de la civilidad, cortesía y buenas maneras distintivas de las cortes aristocráticas, aparte de una señal de la riqueza y del poder. Copiados en pergamino con notable primor y riqueza de ornamentos, en muchos casos se trataba de piezas de encargo efectuadas por copistas profesionales (fig. 14). Para ellos, la lectura formaba parte de una *paideia* más amplia, junto al arte de la conversación o la música, aunque a partir del siglo xv fue adquiriendo más presencia al tiempo que cuajaba el modelo del noble culto, de modo que no faltaría quien, como el italiano Michelangelo di Cristofano de Volterra, fuera capaz de afirmar que «quien no sabe leer está en este mundo como una imagen de marmol, y puede decir que no está».

En esos ambientes el libro tenía un valor en sí mismo que justificaba su encargo y posesión. Así lo muestra el patrimonio que atesoraban determinadas librerías de importantes prelados y aristócratas, algunas de las cuales han servido de base a grandes bibliotecas de nuestro tiempo, como la de Beatus Rhenanus en Estrasburgo y la de Amplonius Ratingk en Erfurt. Esta, compuesta de unos 637 libros, rica en clásicos, fue donada por su propietario al *Collegium Amplonianum*, del que fue rector, en 1433 y constituyó una de las vías de entrada del humanismo en Alemania. Un puesto singular lo ocupaban, por supuesto, las nutridas librerías de los papas, como la que tenían en Aviñón, con más de 2000 volúmenes; y las de los reyes y grandes señores, como la del rey Carlos V de Francia (1380), con unos mil trescientos volúmenes, la del duque de Borgoña, Felipe el Bueno, formada por cerca de ochocientos, o la del duque Jean Berry, conocido por el afecto que tenía a los códices iluminados.

Aunque variadas en su composición, de acuerdo a los gustos y a la categoría del titular, las bibliotecas aristocráticas comprendían libros religiosos y jurídicos, históricos y filosóficos, tratados prácticos y manuales sobre la educación de los nobles, y literatura en vulgar, preferentemente de tipo épico, incluso en lenguas extranjeras, como atestigua la presencia de algunas novelas de caballería del ciclo



francés en la biblioteca del duque de Este, Niccolò III. Más rara era, sin embargo, la presencia de la poesía, según revela la de Cosme de Médici (1418), constituida conforme a los criterios de Tommaso Parentucelli, es decir, con la teología y la filosofía en la cúspide del saber.

A medida que se avanza en el siglo xv, la influencia humanística también se dejó sentir en la función y orientación de estas bibliotecas. Los reyes y aristócratas más cultivados fueron, en efecto, destacados promotores del humanismo en Italia y fuera de ella. Conforme aumentaba el prestigio de la cultura libresca, lo hacía también la competencia entre los magnates civiles y eclesiásticos por adquirir colecciones de clásicos que incrementaran sus ya valiosas bibliotecas, bien representadas, por ejemplo, por la Biblioteca Apostólica Vaticana, fundada por Nicolás V, o las aristocráticas de los Este en Ferrara, Sforza en Milán y el rey Alfonso V el Magnánimo en Nápoles. Para ello contaron con la estrecha colaboración de los humanistas, a quienes compraban libros, encargaban traducciones, pedían asesoramiento, invitaban a su corte y acudían para que les redactaran las cartas o las biografías. Prueba de esa estrecha vinculación entre esta aristocracia europea y los humanistas es el caso de Vespasiano da Bisticci. Este organizó un grupo de 45 amanuenses que debían copiar, en menos de dos años, unos doscientos manuscritos para la biblioteca que Cosme de Medici quería establecer en la abadía de Fiesole. En torno a 1470 recibió también el encargo de formar una biblioteca para Federico de Montefeltro, duque de Urbino.

Aunque algo más modesto, en Castilla, el marqués de Santillana representa una de las figuras más excepcionales por su apasionado amor a los libros y su labor de patrocinio, y a él le debe mucho la introducción en la península de los tres géneros principales del humanismo: el discurso, la epístola y el diálogo. Además, consciente de la importancia del vulgar, dispuso que se pasaran a esta lengua no pocos títulos latinos e italianos, como él mismo dejó ver en una carta dirigida a su hijo don Pedro González de Mendoza, cuando este estudiaba en la Universidad de Salamanca, en la que, entre otras cosas, le recordaba lo siguiente:

A ruego e instancia mía, primero que de otro alguno, han vulgarizado en este reyno algunos poetas, assí como la *Eneida* de Virgilio, el *Libro mayor de las transformaciones* de Ovidio, las *Tragedias* de Lucio Anio Séneca e muchas otras cosas en que yo me he deleytado fasta este tiempo e me deleyto y son assí como un singular reposo a las vexaciones y trabajos que el mundo continuamente trae, mayormente en estos nuestros reynos (texto 11).

Vemos en dicho párrafo algunos puntos sobre los que merece la pena detenerse. Por un lado, el impulso dado a la traducción de los clásicos greco-latinos, marca distintiva de las bibliotecas de los humanistas y gentes de letras del siglo xv; y por otro, la experiencia de la lectura como una práctica silenciosa, cuando anteriormente parece que lo más habitual era que los nobles se hicieran leer los libros en voz alta, sin duda, por el más que probado desafecto a las letras. Sin que esta manera de leer desapareciera de las cortes aristocráticas, pues seguía cumpliendo su función en esos ambientes, las palabras de don Íñigo López de Mendoza nos hablan de la práctica de la lectura como un deleite o singular reposo ante las vejaciones y trabajos del mundo, de tal modo que no resulta difícil imaginárnoslo, como a otros tantos, encerrado en su estudio y rodeado de libros, ajeno al mundo exterior: «oyendo, leyendo y escribiendo», según pasaba sus días Alonso de Cartagena.

Se trata de una estampa que nos aproxima a la del lector más exigente: el humanista, figura definida por el estudio, asimilación e imitación de los clásicos (fig. 15). A pesar de que al principio no faltaron los miembros de las órdenes monásticas o mendicantes, ni los profesores universitarios, el humanismo nació y permaneció al margen de conventos y universidades. Tuvo su centro en un grupo de laicos que se consagraron al estudio de los clásicos en la Florencia de finales del siglo xv. En el ámbito librario dicho movimiento se plasmó en una tipología perfectamente diferenciada presidida por la pretensión de recuperar la claridad y pureza de los textos. Ello dio lugar a una nueva manera de preparar y escribir los manuscritos cuyos rasgos principales fueron el formato medio o pequeño, la disposición a línea tirada con interlineados espaciosos, la restricción de los márgenes, la escritura en *littera antiqua* y las ornamentaciones de inspiración tardocarolina, así como las capitales rústicas o de tipo lapidario en títulos y rúbricas (fig. 16). Estos serían los atributos generales, pues el libro humanístico incluía desde las obras de estudio, en lujosos volúmenes de pergamino, hasta los textos empleados en las escuelas, en papel y de aspecto más descuidado, pasando por los libros de lectura en formato pequeño.

La importancia de este movimiento estuvo detrás de la aparición de libreros independientes antes de que terminara el siglo xiv y de compañías especializadas en la producción de libros. En fin, una intensa actividad de copia, préstamo y venta de manuscritos en los dos últimos siglos del medievo italiano que no se puede entender sin la impronta aportada por los humanistas. A estos también cabe atribuir una clara reivindicación de la figura del autor por más que hubiera algunos apun-

tes anteriores. No se olvide que, ya en el siglo XII, Buonaventura de Bagnoregio había advertido la distinción entre *auctor*, *scriptor*, *compiler* y *commentator*.

### 8.3. Los libros *populares*

Fuera de ese ámbito de consumo cultural tan especializado y culto, la principal novedad de los siglos finales de la Edad Media estuvo en la formación de un público de lectores *populares* integrado por los nuevos alfabetizados semicultos. Exceptuando el caso de algunos comerciantes enriquecidos cuyos usos libresco imitaron las prácticas extendidas entre la nobleza, la lectura desplegada por estos grupos se movía entre la formación técnico-profesional, los tratados de índole práctica (fig. 17), los libros de devoción y algunas obras de distracción. Generalmente los libros estaban escritos en vulgar, sobre papel y eran de formato pequeño. Las letras empleadas eran las cursivas usuales, con el texto dispuesto a plena página y sin comentarios marginales, de aspecto descuidado, carentes de ornamentaciones o con estas muy simples, dibujadas a pluma y decoradas con tintas o colores pobres: un tipo de libro manejable y económico, llamado por Armando Petrucci *libro da bisaccia*, por referencia a la bolsa o alforja donde podían llevarlo los predicadores, mercaderes, peregrinos, vagabundos, artesanos y gente de similar condición, miembros de lo que podemos calificar como clases subalternas.<sup>36</sup>

Este libro *popular* se conservaba en el espacio familiar, guardado seguramente en un cofre, sin mayor visibilidad, y se leía en la casa o en el taller-obraador en los ratos de ocio. Se trataba de un producto económico copiado en el propio ámbito de lectura, a veces por las mismas personas que los leían. Así un censo de los *escritores* de libros en vulgar en Italia durante los siglos XIV y XV ha identificado entre otros a mercaderes y herreros, fabricantes de jabón y de sillas de montar, zapateros y vinateros, barberos y mujeres. Los libros se escribían en la casa o en el taller, pero también en el curso de un viaje, durante el exilio o estando en la cárcel. Un tal Albizzi, florentino, tardó más de ocho años en realizar una copia de la *Commedia*; en tanto que un herrero napolitano, Cola di Gennaro, dijo haber terminado de copiar un tratado sobre caballos, «con mucha tribulación y

<sup>36</sup> Armando Petrucci: «Alle origini del libro moderno: libri da mano, libri da bisaccia, libretti da mano», en *Libro, scrittura e pubblico nel Rinascimento. Guida storica e critica*, ed. A. Petrucci, Roma-Bari: Laterza, 1979, pp. 142-143.

angustia del cuerpo y del espíritu», el 18 de febrero de 1478, estando prisionero de los musulmanes desde hacía 18 años. Tampoco faltan mujeres amanuenses como la florentina Angela Donati, según reza en el colofón latino de un *Barlaam e Josaphat* en vulgar, terminado de copiar hacia mediados del siglo XIV.<sup>37</sup> En la península ibérica, aparte de juristas, médicos, notarios y miembros de la administración municipal, también se conocen algunos casos de menestrales empeñados en la copia de libros o como promotores de estas. Al primer grupo pertenecían, por ejemplo, el sastre Bernat Gibert, responsable de una copia del *Llibre dels àngels* de Francesc Eixemenis acabada antes de 1436; y el balancero real de Barcelona Guillem Garriga, al que se debe un códice donde se contiene una copia autógrafa de otra obra de Eixemenis, el *Llibres de les dones*.<sup>38</sup> Al segundo, el barbero Juan de Escuela, quien en 1481 se hizo copiar de manos de Silvestro de Villa Real una versión castellana del *Libro del tesoro*, de Brunetto Latini, según consta en el colofón: «Este libro mandó escrevir Juan de Escuela, barbero, por su dinero. Dios le dé buen galardón por ello».<sup>39</sup> Ambos extremos dan idea de un entorno de producción libresca poco especializado en el que lo habitual era que una misma persona desempeñara varias tareas. De hecho, en Sevilla, muchos de los artesanos del libro (copistas, *scriptores*, pergamineros, libreros) eran pobres, pues, a tenor de los padrones de cuantías, un 43 % de ellos alegó que no podía vivir de su oficio.<sup>40</sup> En fin, un mundo artesanal muy lejano de cualquier mitificación.

#### 8.4. Orden y peligros de la lectura

Al término de la Edad Media, el panorama de los libros, o si se quiere, de las lecturas, mostraba la fractura entre la minoría *litterata* con acceso al «corpus» de las obras en latín, las que componían el canon, y un sector de nuevos alfabetiza-

<sup>37</sup> Attilio Bartoli Langeli: *La scrittura dell'italiano*, o. cit., pp. 51-53.

<sup>38</sup> J. Antoni Iglesias: «Le statut du scribeur en Catalogne (XIV<sup>e</sup>-XV<sup>e</sup> siècles): une approche», en *Le statut du scribeur au Moyen Âge, Actes du XII<sup>e</sup> colloque scientifique du comité international de paléographie latine* (Cluny, 17-20 juillet 1998), eds. Marie-Clotilde Hubert, Emmanuel Pouille y Marc H. Smith, París: École des chartes, 2000, pp. 237-238.

<sup>39</sup> Real Academia de la Historia, Madrid. Ms. 9/1059. Cf. Ángel Gómez Moreno: *España y la Italia de los humanistas. Primeros ecos*, Madrid: Gredos, 1994, p. 47.

<sup>40</sup> M.<sup>a</sup> Luisa Pardo Rodríguez y Elena E. Rodríguez Díaz: «La producción libraria en Sevilla durante el siglo XV: artesanos y manuscritos», en *Scribi e colofoni. Le sottoscrizioni di copisti dalle origini all'avvento della stampa, Atti del seminario di Eric X Colloquio del Comité international de paléographie latine* (23-28 ottobre 1993), ed. Ema Condello y Giuseppe De Gregorio, Spoleto: Centro italiano di studi sull'alto medioevo, 1995, p. 194.

dos más apegado a los géneros literarios, prácticos y espirituales difundidos en vulgar. Amén de la insuficiente representatividad sociológica de los inventarios *post-mortem*, el rastreo de las distintas experiencias lectoras se topa siempre con la distancia que se alza entre la posesión de libros y las lecturas efectivas, aún más si tenemos en cuenta que buena parte de la literatura de entretenimiento no tuvo reflejo en los inventarios. Las razones fueron principalmente dos: por un lado, porque dichos documentos sólo recogían aquellos bienes susceptibles de un valor patrimonial, requisito que no cumplían muchas de esas obras; y por otro, por influencia de un discurso estamental que distinguía los libros entre buenos y malos, útiles e inútiles. Al hilo de esto, en un discutido pasaje del *Corbacho*, su autor, Alfonso Martínez de Toledo, arcipreste de Talavera, decía lo siguiente respecto a las lecturas femeninas:

Todas estas cosas fallaréys en los cofres de las mugeres: oras de Santa María, syete salmos, estorias de santos, salterio de romance, ¡nin verle el ojo! Pero canciones, dezi-res, coplas, cartas de enamorados, e muchas otras locuras, esto sý.

Digo que discutido, este pasaje, por la notoria misoginia del autor, pero me detendré en estos juicios por lo que pueden o no revelar. El arcipreste clama contra las mujeres que, según él, no leían las obras devocionales, es decir, los buenos libros y, de paso, anota que devoraban otro tipo de textos menos edificantes, «dezi-res, coplas, cartas de enamorados e muchas otras locuras», esto es, buena parte de esa literatura de entretenimiento proscrita del canon de los libros convenientes. Pero al hacerlo da a entender, primero, que las mujeres leían, y segundo, que sus lecturas transitaban entre el divertimento y la devoción, o, dicho de otro modo, entre la transgresión y la norma.

Así mismo debe apreciarse que en dicha relación no menciona la prosa didáctica, reservada a los varones, quienes también gozaban de las composiciones ligeras según consta, por ejemplo, en los *Hechos del condestable Lucas de Iranzo*, donde las canciones, coplas, músicas y mimos servían para aligerar una existencia volcada en la guerra y en la caza. Claro que esas no eran ni las lecturas ni las actividades más recomendadas para los nobles, pues los distintos tratados concernientes a la educación de estos señalaban como sus fuentes nutricias la Historia, los *Exempla*, las *Crónicas*, la devoción, los tratados de cetrería, los libros de hazañas y las gestas de guerra, aparte de los títulos que, como el *De regimine principum*, estaban destinados a difundir modelos de comportamiento y maneras de gobernar.

Más especializadas eran, por supuesto, las bibliotecas de juristas, médicos y otras gentes del saber cuya composición dependía mucho de la especialidad profesada. Los juristas disponían de los dos *Corpus iuris* debidamente glosados; los teólogos, de la Biblia, con frecuencia también glosada, de los comentarios exegéticos de san Jerónimo y san Agustín, y de ciertos tratados de Hugo de San Víctor, del *Libro de las sentencias* de Pedro Lombardo y de alguna de las *Sumas* de Tomás de Aquino; en las bibliotecas de los médicos no solían faltar traducciones de Galeno y de los principales maestros árabes (Avicena, Al-Razi); y los maestros en artes liberales tenían a Elio Donato y Prisciano, aparte de determinadas obras relacionadas con la gramática: el *Organon* de Aristóteles para la lógica y, a veces, otros tratados de Aristóteles (*Del alma*, *Física*, *Metafísica* y *Ética*) para la filosofía natural y moral. Fuera de estos libros vinculados con su actividad profesional estaban aquellos que respondían a los intereses y gustos personales (religiosos y espirituales, de temática histórica, clásicos y literatura en vulgar).<sup>41</sup>

Entre los mercaderes, según se ha visto por los florentinos, eran más comunes los libros útiles (derecho, medicina, ábaco, aritmética, astronomía, historia natural, agronomía, estrategia militar, viajes, navegación), sin olvidar la lectura de obras devocionales y espirituales, calificadas por Francesco Datini como libros «que hablan de cosas virtuosas».<sup>42</sup>

Quiere este decir que el aspecto teórico de las lecturas tenía mucho que ver con el género, el estamento y la profesión. Así como se había prescrito que las mujeres leyeran principalmente obras espirituales, determinados tratadistas advirtieron que sería poco honesto que «los secretos científicos fuesen traídos en menosprecio por palabras vulgares»,<sup>43</sup> dejando claro que ese género de lecturas era exclusivo de los lectores más cultivados e impropio de los nuevos lectores en vulgar. Sin embargo, la existencia de una suerte de canon ajustado al sistema de pensamiento hegemónico es compatible con la libertad última de cada lector, con la eventualidad de transgredir la norma en el momento mismo de la lectura, máxime conforme se fue extendiendo la práctica del leer en silencio. Esta proporcionó una excelente ocasión para entrar en contacto con algunos li-

<sup>41</sup> Jacques Verger: *Gentes del saber en la Europa de finales de la Edad Media*, Madrid: Complutense, 1999, pp. 102-104.

<sup>42</sup> Christian Bec: *Les marchands écrivains. Affaires et humanisme à Florence 1375-1434*, Paris-La Haya: Mouton, 1967, pp. 393-394.

<sup>43</sup> *Epistula ad Petrum Ferdinandi de Velasco*, 3, 34-35, Biblioteca Nacional, Madrid. Ms. 9208. Traducida por Jeremy Lawrence: «La autoridad de la letra: un aspecto de la lucha entre humanistas y escolásticos en la Castilla del siglo XV», *Atalaya. Revue française d'études médiévales hispaniques*, 2, 1991, p. 86.



bro considerados inapropiados, permitió la vuelta del antiguo género del *ars erotica* y favoreció la devoción moderna, en definitiva, un ramillete de obras que estaban en el borde de la heterodoxia y de lo prohibido, según se puede ver por la importancia que le daban algunas de las herejías medievales, como la inglesa de Wyclif.<sup>44</sup>

Por ello es por lo que en materia de libros y de lecturas la Edad Media prologa la fiebre censora del siglo XVI, máxime tras la introducción de la imprenta. Todavía en el siglo XV, contemporáneamente a la entrada de la tipografía en la península ibérica, en 1473 tuvo lugar uno de los episodios más contumaces de persecución de las ideas y quema de libros. Acontenció el 23 de mayo de ese año y tuvo por escenario las puertas de la iglesia de Santa María en Alcalá de Henares. Allí se levantó un cadalso donde, después de pasearlo por las calles de la villa cubierto de un velo en señal de luto, fue ajusticiado y quemado un ejemplar de la obra *De confessione*, de Pedro Martínez de Osma, catedrático de Teología en la Universidad de Salamanca, al que se acusaba de haber incurrido en algunas proposiciones heréticas. Al mismo tiempo se dieron órdenes para que la bula de excomunión se fijara en los conventos, catedrales y universidades del reino por treinta días, y que al cabo de tres se quemaran todos los ejemplares existentes del libro. Pocos años después, en la misma villa, el cardenal Cisneros envió a la hoguera un buen número de libros árabes traídos de Granada (texto 12).<sup>45</sup>

## 8.5. La llegada de la imprenta

La introducción de la imprenta en Europa fue, por último, el acontecimiento que cierra esta etapa de la historia de la cultura escrita. Tras la publicación de la *Biblia* de Gutenberg en 1456, las prensas se fueron extendiendo al resto del continente, de manera que en el transcurso de los años 1467 a 1473 se instalaron en ciudades como Roma, Venecia, Nápoles, Utrecht, Florencia, Milán, París, Lyon, Budapest, Segovia, Barcelona, Valencia o Zaragoza. Inicialmente el llamado *ars*

<sup>44</sup> En relación con estas posibilidades de transgresión introducidas por la lectura silenciosa, véase Paul Saenger: «La lectura en los últimos siglos de la Edad Media», en *Historia de la lectura en el mundo occidental*, dir. Guglielmo Cavallo y Roger Chartier, Madrid: Taurus, 1998, pp. 225-230; y *Heresy and Literacy, 1000-1530*, ed. Peter Biller y Anne Hudson, Cambridge: Cambridge University Press, 1994.

<sup>45</sup> Analizo estos testimonios, con más detalle, en Antonio Castillo Gómez: *Escrituras y escribientes. Prácticas de la cultura escrita en una ciudad del Renacimiento*, Las Palmas de Gran Canaria: Gobierno de Canarias-Fundación de Enseñanza Superior a Distancia, 1997, pp. 188-191.

*artificialiter* no trajo consigo una ruptura respecto a los usos del manuscrito bajomedieval (fig. 18). Por un lado, los primeros impresos reprodujeron, de facto, las tipologías librescas de los siglos anteriores y, por otro, tampoco modificaron en exceso el catálogo de los libros, sino que más bien se adaptaron a los gustos y convenciones del mercado establecido en cada lugar.

Menos en Italia, donde desde el primer momento la imprenta mostró su interés por el humanismo, en el resto de Europa lo más habitual fue la edición de libros religiosos (biblias), litúrgicos (misales, breviarios, libros de horas), espirituales (tratados de espiritualidad, libros de devoción, vidas de santos), gramática (el Donato, el *Doctrinale* de Alexandre de Ville-Dieu, los *Dísticos* de Catón), dejando para el final la literatura profana, a menudo en lengua vulgar (enciclopedias, florilegios, crónicas, romances de gesta), y ciertas obras de contenido y difusión más popular (almanaques, calendarios de pastores o algunas relaciones de sucesos). Sin embargo, al principio la imprenta no atendió con la misma celeridad la edición de los manuscritos de uso universitario.

La extensión de la imprenta tampoco supuso la desaparición de los manuscritos. Sobra con decir que la producción del siglo xv italiano supera ampliamente a la de los anteriores. Los humanistas siguieron precisando de las copias a mano porque no siempre existían ediciones impresas o estas no estaban disponibles. En cuanto a los copistas profesionales, lo que se produjo fue una reorientación de su actividad preferentemente hacia las copias de encargo, como las muchas que les solicitaron los príncipes y aristócratas dueños de las más prestigiosas bibliotecas del momento. Según cuenta Vespasiano da Bisticci en sus *Vite*, el duque Federico de Montefeltro sostenía que le parecía vergonzoso dejar que los libros impresos pudieran ensuciar la gloria de su biblioteca en Urbino, aunque, curiosamente, los estudios realizados sobre la misma han puesto de manifiesto la existencia de no pocos de esos libros de molde. Abundando en la misma dirección, el porcentaje de libros impresos en las bibliotecas eruditas francesas hacia 1480 era del 6 % y hasta 1500 no empezó a superar el 50 %.<sup>46</sup>

Donde sí se notó el cambio fue en la reducción del tiempo empleado para la edición de un libro y en el abaratamiento de los costes. Debe tenerse en cuenta que, según algunas estimaciones, para copiar mil manuscritos en un año era necesario contar con unos 200 copistas trabajando a un ritmo no inferior a los dos pliegos diarios. Frente a la lentitud de la producción manual es bien conocida la anécdota

<sup>46</sup> Jacques Verger, *Gentes del saber*, o. cit., p. 111.

ta de Leon Battista Alberti, referida en el prefacio de su obra *Dello scrivere in cifra* (ca. 1466), sobre la conversación que mantuvo con otro cortesano en los jardines del Vaticano, durante la que salió a relucir que, gracias al nuevo invento, se habían podido obtener 200 copias de un libro en cien días y con tan solo tres operarios. Cálculos de este calado advierten de la dimensión del cambio, no ya en la estricta materialidad de lo escrito ni en las maneras de leer, pero sí en el vertiginoso incremento de los títulos disponibles. Más, si cabe, tras la promoción dada al libro en octavo y tipografía itálica por Aldo Manuzio a partir de 1501, tomando como modelo los manuscritos en cursiva de Bartolomeo Sanvito. Pasó a ser «el principal vehículo difusor de la literatura clásica en toda Europa, y no con miras a un público primordialmente erudito, sino para el lector cultivado y ahora ya sensible al mensaje humanístico, en latín, en griego o en lengua vulgar».<sup>47</sup>

A diferencia del manuscrito, el impreso implicaba la uniformidad del texto, la fijación de una obra estándar susceptible de ser anotada, comentada y enmendada en cada ocasión de lectura. Pero la estandarización tenía otro lado peor visto: la corrupción tipográfica, es decir, las alteraciones que los textos podían sufrir en el taller aunque sólo fuera por la impericia de algún trabajador o por las prisas con que se editaban algunas obras. Por ello, una persona tan crédula de la imprenta como el arzobispo de Siponto Niccolò Perotti cambió radicalmente de parecer en 1471 cuando tuvo en sus manos el Plinio editado por Giovanni Andrea Bussi en 1470, y llegó a reclamar la inspección centralizada de los textos que se imprimían en Roma. Su proyecto quedó en agua de borrajas y el propio Perotti tampoco se libró de críticas similares a las suyas, pues los textos que él había preparado para la imprenta fueron también objeto de descalificación por los humanistas.

La difusión de la imprenta se movía así entre la buena acogida de algunos y las posiciones más reacias de otros. Nada comparable con los temores que despertó la circulación de las ideas por esa vía (fig. 19). En los setenta años que median entre Gutenberg y la publicación de las 95 tesis de Lutero, el miedo a las posibilidades abiertas por la tipografía desencadenó una violenta reacción entre los mandatarios religiosos y políticos, con el libro como centro de la polémica. Por añadir algunas referencias concretas, baste recordar que las autoridades eclesiásticas de Esslingen, en 1475, y Maguncia, en 1485, esbozaron un primer sistema

<sup>47</sup> Martin Davies: «El libro humanístico en el Cuatrocientos», en *Introducción al humanismo renacentista*, ed. Jill Kraye, Madrid: Cambridge University Press, 1998, p. 91.

de censura preventiva de ciertos géneros editoriales y pusieron de relieve sus objeciones a las traducciones de la Biblia al vulgar. Casi por los mismos años, en 1487, el papa Inocencio VIII dejó ver su preocupación por el desarrollo de la actividad tipográfica y encomendó al maestro del Sacro Palacio, en Roma, y a los obispos, en las demás diócesis, la tarea de vigilar que no se difundieran libros contrarios a la religión y a la moral. En 1501, el papa Alejandro VI promulgó la bula *Inter multiplices*, dirigida a los arzobispos de Colonia, Maguncia, Treveri y Magdeburgo, en la que fijaba los principios de la censura preventiva, extendida luego a toda la cristiandad por Inocencio X en 1515 mediante la bula *Inter sollicitudines*. En el entretiem po, en 1502, Isabel de Castilla y Fernando de Aragón habían dictado una pragmática «de los libros de molde» por la que imponían la licencia preventiva para los volúmenes de nueva impresión y para las importaciones del extranjero.

\* \* \* \* \*

En el alba de la Edad Moderna, los *illitterati* de la Alta Edad Media, desconocedores en buena medida del latín y, por lo tanto, incapaces de acceder a una cultura escrita monopolizada por esa lengua, tenían a su disposición mayores oportunidades de entrar en contacto con la cultura escrita. A partir, sobre todo, del siglo XIII dispusieron de múltiples, aunque desorganizadas, vías de acceso a la instrucción elemental, de forma que a lo largo de los siglos XIV y XV también fue creciendo el número de personas capaces de escribir y de leer. La extensión de la escritura para registrar las cuentas, conservar la memoria personal, familiar y social, o para comunicarse con las personas ausentes, amén del variado repertorio de los manuscritos medievales, entre los que destaca ese *libro da bisaccia* tan vinculado a los nuevos públicos lectores, son, en mi opinión, los exponentes más visibles de la constitución de una verdadera y propia sociedad del escrito. Por más que algunas de esas apropiaciones de escritura y de lectura, sobre todo las primeras, sean la muestra de un rasgo gráfico inexperto, la dificultad del trazo, equiparable a la que otros pudieron tener para leer, compone la lección más hermosa que podemos extraer de los siglos aquí repasados. A saber: la toma de conciencia de la importancia que empezaba a tener el hecho de saber leer y escribir, y la batalla librada por la consecución de un derecho inveteradamente negado. Ciert o que aún los niveles de alfabetización eran escasos y la escritura tampoco era una práctica corriente para muchas personas, pero al término de la Edad Media la fun-

ción y la ideología de la cultura escrita tenía poco que ver con las que había en el punto de partida. Acaso por esa razón un simple maestro de canto, Daniel Holzmänn, se atrevió a decir convencido: «Quien no sabe leer ni escribir sólo es media persona».<sup>48</sup>

<sup>48</sup> Cf. Rudolph Hirsch: «Imprenta y lectura entre 1450 y 1550», en *Libros, editores y público en la Europa moderna*, comp. Armando Petrucci, Valencia: Alfons el Magnànim, 1990, p. 70.

## TEXTOS\*

## 1. Elogio del vulgar

Dante Alighieri. *Sobre la lengua vulgar*, en *Obras completas*, ed. Nicolás González Ruiz, Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1980, p. 747.

Como nadie ha tratado con anterioridad a nosotros la doctrina de la lengua vulgar, y esta lengua es necesaria para todos, y como no solamente los hombres, sino también las mujeres y los adolescentes, procuran acercarse a ella dentro de las posibilidades de la naturaleza; deseando iluminar el pensamiento de quienes andan por las plazas como ciegos, pensando haber dejado atrás lo que tienen delante; con la ayuda del Verbo celestial, procuraremos ser útiles a los que hablan la lengua vulgar, no solamente vertiendo en este vaso el agua de nuestro ingenio, sino también mezclando con ella lo mejor que en otros autores encontramos, para poder beber así una bebida de dulcísimo hidromiel. Pero como cada ciencia tiene que declarar, no probar, su propia materia, para saber así el tema de que se trata, declaramos, sin detenernos demasiado, que el habla vulgar, según nuestra opinión, es la que enseñamos los circunstantes a los niños apenas empiezan estos a distinguir los sonidos, o, para decirlo con mayor brevedad, llamamos lengua vulgar a la lengua que aprendemos sin regla alguna, imitando a nuestra nodriza. Existe también otra lengua de formación secundaria, que los romanos llamaron gramatical. Esta lengua secundaria tienen los griegos y otros pueblos; sin embargo, no todos los pueblos la tienen. Pocos son los hombres que alcanzan el dominio de esta lengua, pues solamente conseguimos el conocimiento de sus reglas y principios con largo tiempo y severo estudio. De estas dos lenguas, la vulgar es la más noble, ya por haber sido la primera que usó el género humano, ya porque la emplea todo el orbe, a pesar de sus diferencias en materia de etimología y vocabulario; ya, finalmente, por sernos natural, mientras que la otra es más bien producto del arte. Nuestra intención es hablar de esta lengua más noble.

## 2. Una nota sobre el método para enseñar a leer

Madrid, Real Biblioteca, Ms. II-1344, f. 110v. Ed. Francisco M. Gimeno Blay, «Aprender a escribir en la península ibérica: de la Edad Media al Renacimiento»,

\* Las traducciones de los textos que se presentan en lengua original corren por mi cuenta. En ellas he tratado de respetar al máximo la sintaxis de los autores, he desarrollado determinadas abreviaturas, los he puntuado y he añadido entre corchetes algunas palabras necesarias para una mejor comprensión de los mismos. La cursiva indica el desarrollo de las abreviaturas según consta en la respectiva edición consultada.



en *Escribir y leer en Occidente*, ed. Armando Petrucci y Francisco M. Gimeno Blay, Valencia: Universitat de València, Departamento de Historia de la Antigüedad y de la Cultura Escrita, 1995, p. 130.

Item nota el orden que has de tener en enseñar a leer:

- (1) lo primero: enseñale la señal de la crux e los.X. mandamientos en romance e de mostrar-le todas las preguntas [...];
- (2) lo segundo: IIIlor oraciones dominicales: Ave Maria, Pater Noster, Credo, Salve Regina [...];
- (3) lo tercero: el ABC, conocer las letras así vocales como consonantes e juntar por sillabas, deletrear, scilicet: ba, be, bi, bo, bu [...].

### 3. Las cuentas de un campesino

Libro de cuentas de Meo y Benedetto de Massarizia (1450-1502). Siena, Archivio della Società di Esecutori di Pie Disposizioni. Ed. Duccio Balestracci, *La zappa e la retorica. Memorie familiari di un contadino toscano del Quattrocento*, Florencia: Salimbeni, 1984, pp. 155-156.

(f. 1r) † 1450. A di vi de marzo paghò Meio di Betto da Montealbuccio l. sette, s. dieci per pastura di cinque buoi per l'anno 1450 a noi Francesco e Tomaso Luti; a entrata ffo. 2 l. 7, s. 10.

(f. 4v) A di 20 di setembre 1452 paghò Betto de Meio di Betto l. vinti contanti a Lorenzo di Filippo kamarlengo de' xxiii.º per la sua fornacie de l'anno 1451; e sono a entrata a lo stratto a fo. 129. l. 20.

(f. 5r) 1452. A di 22 d'ottobre io frate Tomasso de Lottino chonfesso e ó ricevuto da Benedetto di Meo di Betto lire otto, soldi dieci chontanti in mia mano dal detto Benedetto per la pigione de la chasa del borgho al Laterino, a ragione di lire dodici el l'anno d'achordo; álla tenuta otto mesi e meço, cioè cominciò la

(f. 1r) † 1450. A día vi de marzo pagó Meio de Betto de Montealbuccio siete liras [y] diez sueldos por el pasto de cinco bueyes para el año 1450 a nosotros Francesco y Tomaso Luti; asentado al folio 2

l. 7, s. 10.

(f. 4v) A día 20 de septiembre [de] 1452 pagó Betto de Meio de Betto veinte liras contantes a Lorenzo de Filippo, camarlengo, de xxiii.º por la cocción de la cal del año 1451; asentado en extracto al folio 129. l. 20.

(f. 5r) 1452. A día 22 de octubre, yo fray Tomasso de Lottino confieso que he recibido de Benedetto de Meo de Betto ocho liras [y] diez sueldos contantes en mi mano del dicho Benedetto por el alquiler de la casa del burgo en el Laterino, a razón de doce liras al año de contrato; la ha tenido ocho meses y medio, es decir, comenzó el alqui-

pigione a di 29 di /nov/ setembre 1452; el di di santa Agnolo sopra detto rendè la chiave. l. 8, s. 10.

ler el día 29 de noviembre/septiembre [de] 1452; el día de santa Inés sobredicho entregó la llave. l. 8, s. 10.

#### 4. La cesta de la compra

Libro de cuentas de Catherine Genestier (1497). Marsella, Archives Départementales des Bouches-du-Rhône, III E 9. Ed. Marie Rose Bonet: *Livres de raison et de comptes en Provence, fin du Xive siècle-début du XVIe siècle*, Aix-en-Provence: Université de Provence, 1995, p. 69. Texto original en provenzal. Monedas empleadas: g = gros; d = dinero.

(f. 1r)

S-en sec la despensa sive l-argen desbor-sat per ma comayre Katherina Genestiera depuys que fonc tombada en la maladie de l-empalificament de l-an IIIIcLXXXXVII, et del mes de otobre ensa.

(f. 1v)

Item de Carema ay comprat lo di-menche de Mieia Carema una galina negra de que n-ay pagat g. IIII.

It. puy, ay comprat II perdis coston un g. la pessa, monton g. II.

It. lo diluns de Rampaus, ay comprat de la sorre de Flassada dos gallinas gras-sas crascon las doas g. IIII. d. IIII.

Item, ay comprat de pan blanc la se-mana de Rampaus g. II.

It. lo disapte de Pasquas ay comprat una saumada de lenha g. I. d. IIII.

It. la vigilia de Pasquas de pan g. 1.

It. lo diluns de Pasquas de canela pi-cada d. VIII.

It. lo dimecres apres Pasquas de pan d. VIII.

It. de cart que compret aylat ly ay bay-lat d. VIII.

(f. 1r)

Este es el gasto o dinero desembolsado por mi comadre Catherine Genestier desde que ella está imposibilitada, el mes de octubre de 1497.

(f. 1v)

Item, durante la cuaresma, el domingo de cuaresma compré una gallina negra por la que pagué 4 g.

Item, luego compré 2 perdices a un g. la pieza, suman 2 g.

Item, el lunes de Ramos compré a la hermana de Flassada dos gallinas gordas, costaron las dos 4 g.

Item, del pan blanco que compré en la semana de Ramos 2 g.

Item, del haz de leña que compré el sábado de Pascua 1g. 4 d.

Item, la vigilia de Pascua, de pan 1 g.

Item, la vigilia de Pascua, de canela picada 8 d.

Item, el miércoles después de Pascua, de pan 8 d.

Item, le ha dado por la carne que ella compró allí 8 d.

## 5. Fragmentos de memoria íntima

*Diario del mercader Pere Soriol (1371). Valencia, Archivo del Reino de Valencia, Varia, Libros, n.º 484. Ed. Francisco M. Gimeno Blay y M.ª Teresa Palasí Fas: «Del negocio y del amor: el diario del mercader Pere Soriol (13719)», Saitabi, xxxvi, 1986, pp. 51-52.*

(f. 7v)

Dolores hi angoxos

Dichmenga, ha ora de vespres  
ha .XXX. dies del mes de noembre  
de l'any .M CCCC LXXI. afermaren la  
gentil, dolsa i amorosa Na Mique-  
leta fiyla d'En Pere d'Artes hi  
de la dona Catalina ab lo bort n'An-  
toni Granada, hon fo la gran dolor.

(f. 8r)

Nos en as quarer de Sent Jachme he  
devant l'alberch d'en Nicolau Savila  
yo ascriví lo meu titol qui diu: lo  
beguí per amor; i al portal de Senta  
Maria Machdalena i en lo carer de la  
dona Catalina mare de la gentil Mi-  
quaeleta, ab .I. titol qui diu: Sent Miquel,  
ajudam-hi; .I. altre qui diu: en mon cor  
hi tindre per tots temps con viure  
hi fiu semblant mateix en lo carer  
de la dona Quadres hon era la gentil

Miquaeleta i al dichmenja matí, yo  
la saludí a la finestra ab En Guillermo  
Planes qui era ap mi.

(fol. 7v)

Dolores y angustias

Domingo, a la hora de vísperas,  
a .XXX. días del mes de noviembre  
del año .M CCCC LXXI. ajustaron a la  
gentil, dulce y amorosa Miquela-  
ta, hija de Pere d'Artes y  
de la señora Catalina, con el bastardo An-  
toni Granada, lo que me dio mucho dolor.

(fol. 8r)

Nos, en la calle de San Jaime,  
delante de la casa de Nicolau Savila,  
yo escribí un letrado que dice: lo  
sufrí por amor; y en el portal de Santa  
María Madgalena y en la calle de  
doña Catalina, madre de la gentil Mi-  
quaeleta, un letrado que dice: San Miguel,  
ayúdame; y otro que dice: en mi corazón  
siempre te tendré;  
e hice otro parecido en la calle  
de la señora Quadres, donde estaba la  
gentil  
Miquaeleta; y el domingo por la mañana,  
la saludé en la ventana con Guillermo  
Planes que estaba junto a mí.

## 6. La carta de Antonia, analfabeta

Carta dictada por Antonia, hija de Pere Verger, alfarero, y esposa de Arnau Marqués, mercader, dirigida a su amante François, contestando a otra de este en la que le incitaba a envenenar a su marido. Barcelona, julio de 1374. Barce-

lona, Archivo de la Corona de Aragón, Procesos. 123/1, f. 7v. Edición y traducción de Teresa Vinyoles: «Cartas de mujeres medievales: mirillas para ver la vida», en *La voz del silencio*, II. *Historia de las mujeres: compromiso y método*, ed. Cristina Segura Graiño, Madrid: Asociación Cultural Al-Mudayna, 1993, pp. 126-127.

Señor mío:

Os hago saber que estoy sana; alegre no mucho hasta que no vea vuestra cara. Señor mío, os hago saber que he recibido una carta que he entendido bien. He entendido, señor mío, que vos queréis dejarme; quiera Dios que tenga una fuerte fiebre antes de que vos queráis apartaros de mí: ruego a Dios que la fiebre sea mucha antes de que vos os apartéis de mí. Señor mío, yo os tengo como señor y como marido. Os hago saber, señor, que el día que recibí vuestra carta le di de aquello que vos me enviásteis, se lo di en la escudilla, y fue como rabioso él y el gato, cuando hubo lamido la escudilla, iba como rabioso por la casa. Y decía si era veneno lo que le había dado. Y muy de prisa llamaron al médico y a Pere Muner y dijo el médico que era flema, que las acelgas no eran buenas. Antes en toda mi vida no había temblado tanto, señor mío, me iba el cuerpo como aquella que colgaron y le cortaron los puños. Y así señor, yo os prometo que yo atenderé a lo que os he prometido, pero querría hacerlo con cordura, y estaría mejor que pasase unos días en cama. Y de aquello, señor, que os había contado sobre Marta, ha sido así y aún es; si fuese de otra manera ya os informaría. Os notifico, señor mío, que debe partir de tal manera que no volverá, si Dios quiere no volverá. De aquello, señor mío, que yo os he prometido, hermano mío, si vos queréis apresuraros, igual lo quiero yo, pero, dulce hermano, uno debe hacer juiciosamente estas cosas. Otra cosa, señor mío, no tengo para deciros sino que os esforcéis bien, que yo no puedo esforzarme hasta que no os vea a vos, y me maravillo mucho que no vengáis aquí por el buen amor que me tenéis. Os saludan mucho mi señora madre y Marta. Salud y buen amor de Antonia, esposa vuestra mientras plazca a Dios.

Escrita de parte de Antonia.

## 7. La escritura como protesta

Valencia, Archivo Municipal, *Manuals de consell*, A-37, fols. LXIV-LXIIr., 1462, consejo de 2 de marzo. Ed. Josep. V. Escartí y Marc Jesús Borràs: «Albarans de commoure» a la València del segle xv. Sobre el usos públics i criminals de l'escriptura», en *Miscel.lània Joan Fuster. Estudis de llengua i literatura*, ed. Antoni Ferrando y Albert G. Hauf, vol. IV, Barcelona: Abadia de Montserrat, 1991, p. 91, a partir de donde lo traduzco.

*En el margen izquierdo:* Pregón de los carteles.

Ahora oid lo que os hacen saber los muy noble y magníficos don Pedro de Urrea, consejero y camarlengo de su majestad el muy alto señor rey y gobernador del reino de Valencia, y el justicia y los jurados de la ciudad de Valencia:

Que, como por algunas personas, poco temerosas de Dios y de la real majestad, y en deservicio suyo y en no poca turbación del pacífico estado de la dicha ciudad y reino, han sido puestos, colocados y fijados, por las plazas, esquinas y lugares públicos de la dicha ciudad, ciertos epitafios y carteles contrarios, según el contenido de aquellos, a lo que están obligados, y a Dios y a la perfecta majestad del señor rey y a la conservación de la cosa pública de dicha ciudad y reino, por la cual razón venga en grandísimo deservicio de nuestro señor Dios y de la susodicha real majestad, y en bien y reposo de todos los vasallos del dicho señor, saber y conocer quiénes son las dichas personas para que en ellas se aplique el castigo debido y a los demás el terror les sirva de ejemplo.

Por ello, los dichos noble y magníficos gobernador y justicia y jurados, con el presente público pregón, por las consideraciones permitidas, requiriendo las dichas cosas, ruegan, ordenan y mandan a todas y cualesquier personas, de cualquier ley, estamento o condición —bajo la fe y la naturaleza que deben al dicho señor rey— que si saben u oyen quiénes son las personas que los han hecho o mandado, o han intervenido, oído y sabido en hacer, colocar o poner los dichos epitafios o carteles, que lo notifiquen y descubran a los dichos nobles y magníficos gobernador, justicia y jurados, o a cualquiera de ellos, de forma que puedan y puedan venir (*sic*) con todo efecto en poder y manos de sus oficios, significándoles que hagan e cumplan lo susodicho, además que harán, pues a Dios y a la susodicha real majestad y darán causa al bienestar, tranquilidad y sosiego de la dicha ciudad y reino, y servirán y guardarán fidelidad —la que están obligados a tener y observar al dicho señor—, los dichos magníficos jurados ofrecen, en nombre de la dicha ciudad y de los bienes de aquella, dar y pagar, realmente y de hecho, a aquel o aquellos que harán la dicha notificación, según queda dicho, trescientos timbres de oro, y, además, el dicho noble y magnífico gobernador, si alguno de los culpables revelara el crimen según y en la forma aquí contenida, le da su palabra, en nombre del dicho señor rey, de perdonarle el delito y la pena que hubiera cometido y en la que pudiera incurrir por la dicha razón.

E, para que estas cosas vengan a noticia y conocimiento público, los dichos noble y magníficos gobernador, justicia y jurados las mandamos pregonar para que nadie pueda alegar ignorancia.

## 8. El libro como gruta de la sabiduría

Ricardo de Bury: *Filobiblión*. *Muy hermoso tratado sobre el amor a los libros* (1344), Valladolid: Junta de Castilla y León, Consejería de Educación y Cultura, 2001, pp. 33-34.

La verdad escrita en el libro se presenta, por el contrario, a nuestra curiosidad sin interrupciones, de una manera permanente, y por el camino espiritual de los ojos, vestibulos del sentido común y antesala de la imaginación, penetra en el palacio de la inteligencia, donde se compenetra con la memoria, para procrear la eterna verdad del pensamiento.

Es preciso poner de relieve, por último, cuán gran comodidad halla en los libros la ciencia, qué de secretos profundos hay en ellos y con qué seguridad descubrimos nuestra tamaña ignorancia sin rubor. Los libros son los maestros que nos instruyen sin brutalidad, sin gritos ni cólera, sin remuneración. Si nos acercamos a ellos, jamás los encontramos dormidos; si les formulamos una cuestión, no nos ocultan sus ideas; si nos equivocamos, no nos dirigen reproches. ¡Oh libro, vosotros que poseéis, solos, la libertad!, ¡que dais a todos aquellos que os piden y que manumitís a quienes os han consagrado un culto fiel!, qué de cosas habéis inspirado a los sabios con una gracia celestial por medio de la escritura. Pues vosotros sois esas profundas grutas de la sabiduría hacia las que el sabio encaminaba a su hijo para que desenterrara los tesoros que encerraban. Vosotros sois esos pozos de agua vivificante que el padre Abrahán excavó antes que nadie, que Isaac desescombró y que los hebreos se esforzaron por colmar siempre. Sois, efectivamente, las espigas deliciosas, llenas de granos, que las manos apostólicas deben segar para alimentar a las almas hambrientas. Sois las urnas de oro en las que se contiene el maná y las piedras de donde sale la sagrada miel. Los senos ubérrimos de la leche de la vida, provisto en todo momento de abundantes reservas. Sois el árbol de la vida y el río de los cuatro brazos del Paraíso, donde la mente humana reposa y el árido intelecto penetra para fecundarse. Sois el arca de Noé, la escala de Jacob y el canal en que deben penetrar las creaciones de los contemplativos. Sois las piedras del testimonio, los pots vacíos que sirvieron para colocar las lámparas de Gedeón, las alforjas de David, de donde saldrán las piedras pulidas que matarán a Goliath. Sois los áureos vasos del templo, las armas de la milicia de los clérigos que reducen a la impotencia a los perversos; olivos fértiles, vides de Cugadi, higueras que no se secarán, lámparas ardientes; en fin, todo lo mejor que pudiéramos encontrar en las Escrituras para oponerles por vía de comparación, si es que está permitido hablar figuradamente.

## 9. La figura del estacionario

*Las Siete Partidas del sabio rey don Alonso el nono, nuevamente glosadas por el licenciado Gregorio López del Consejo Real de Indias de su Magestad*, Salamanca: Andrea de Portonaris, 1555 (facs. Madrid: Boletín Oficial del Estado), f. 116r.

Ley XI. Como los estudios generales deven aver estacionarios que tengan tiendas de libros para exemplarios.



Estacionarios ha menester que aya en todo estudio general para ser cumplido, que tenga en sus estaciones buenos libros e legibles, e verdaderos de testo e de glosa, que los loguen a los escolares para fazer por ellos libros de nuevo o para emender los que tovierien escritos. E tal tienda o estación como esta, no la debe ninguno tener sin otorgamiento del rector del estudio. E el rector, ante que le dé licencia para esto, debe fazer examinar primeramente los libros de aquel que devía tener estación para saber si son buenos e legibles e verdaderos. E aquel que fallare que no tiene tales libros, non le debe consentir que sea estacionario nin logue a los escolares los libros, a menos de ser bien emendados primeramente. Otrosí debe apreciarle el rector, con consejo del estudio, quanto deve recibir el estacionario por cada quaderno que prestare a los escolares para escrevir o para emendar sus libros. E debe otrosí recibir buenos fiadores dél que guardará bien e lealmente todos los libros que a él fueren dados para vender que non fará engaño alguno.

## 10. El préstamo de libros en la Universidad de Oxford

Ricardo de Bury: *Filobiblión*. *Muy hermoso tratado sobre el amor a los libros* (1344), ed. cit., pp. 147-150.

### Capítulo XIX. Reglamento para el préstamo de libros.

Siempre ha sido difícil contener a los hombres en los límites de las leyes sobre honestidad. Además, la malicia que reina hoy día se ha esforzado en traspasar estos límites que señalaron los antiguos y en violar las leyes establecidas, bajo el cínico pretexto de la libertad. Por esta causa, siguiendo el consejo de los prudentes, hemos determinado un cierto modo para reglamentar el uso y préstamo de los libros que redunde en provecho de los estudiantes. En primer lugar, todos nuestros libros —de los que hicimos un catálogo especial— los entregamos, movidos por la caridad, al Comité de estudiantes que viven en Oxford, en nuestro local, gracias a la perpetua limosna de nuestra alma y de la de nuestros padres y a las del ilustrísimo Eduardo, rey de Inglaterra, tercero del mismo nombre desde la conquista, y de su muy devota consorte Felipa; y a fin de que los libros se presten por algún tiempo a estudiantes y maestros, regulares o seculares, de la Universidad de la susomentada ciudad y les sirvan de provecho para sus estudios, dispusimos el siguiente reglamento para su préstamo:

«El jefe de dicha dependencia escogerá a cinco estudiantes, a quienes confiará la custodia de los libros. De estos cinco, tres y nunca menos de tres, tendrán el derecho de prestar los libros para su lectura o estudio. Y es nuestra voluntad que no se permita la salida de ningún libro del recinto de la morada para copiarlo o transcribirlo. Así, pues, cuando un estudiante regular o secular, que ambos participan igualmente de nuestro afecto, solicite el préstamo de un volumen, los custodios considerarán con cuidado si existe

más de un ejemplar; si es así, lo podrán prestar bajo caución, que, según su estimación, deberá sobrepasar el valor del libro. Inmediatamente extenderán un recibo, en el que conste la signatura del libro prestado, la prenda dejada y los nombres del prestatario y del prestatario, así como la fecha del préstamo. Si, por el contrario, no existiera más que un solo ejemplar del libro solicitado, no lo prestarán a nadie, salvo a aquellos que residan en la misma dependencia, y con la condición de no permitir su salida de aquella. Cualquier libro podrá ser prestado por cualquiera de los tres guardianes y a cualquier habitante de la dependencia, después de haber anotado la fecha del préstamo y el nombre del solicitante. El escolar que tuviera en préstamo un libro no podrá cederlo a ningún otro, a menos que medie el consentimiento de los susodichos custodios, que borrarán el nombre del primer prestatario, consignando el nombre del segundo y la fecha de este nuevo negocio. Cuando los tres alumnos elegidos entren en funciones, prometerán, bajo juramento, observar esta reglamentación, y aquellos que reciben el libro prestado, jurarán igualmente que lo solicitan solamente para leer o estudiar, prometiendo que no lo transportarán de un sitio a otro y que no permitirán su salida de Oxford o sus suburbios.

«Cada año los bibliotecarios rendirán cuentas ante el director del establecimiento y dos de los estudiantes que le acompañarán. Si no puede asistir dicho director, designará tres inspectores —distintos de los bibliotecarios—, que examinarán el catálogo de los libros, contando los que faltan y las prendas que los representan. Estimamos que la época que va desde las calendas de junio hasta la fiesta de la traslación del glorioso mártir Santo Tomás, sería tiempo oportuno para efectuar la revisión. Añadiremos que es necesario que el prestatario presente el libro al guardián, al menos una vez al año, y este a su vez le mostrará su prenda. Si por azar se extraviara algún libro por muerte, hurto, incuria o fraude del prestatario, su procurador o el encargado de ejecutar su última voluntad pagará el precio del libro, recibiendo a cambio la prenda. Por último, si sucediera de cualquier forma que los guardianes obtuvieran beneficios, los emplearán en reparación y compra de nuevos libros».

## 11. El noble humanista y la traducción de clásicos

Carta del marqués de Santillana a su hijo don Pedro González. Cf. Íñigo López de Mendoza, Marqués de Santillana: *Obras completas*, ed. Ángel Gómez Moreno y Maximilian P. A. M. Kerkhof, 1988, pp. 455-457.

Don Íñigo López de Mendoza, Marqués de Santillana, Conde del Real, a don Pedro de Mendoza, protonotario, su hijo, scrive, salud.

Algunos libros e oraçiones e reçivido por un pariente y amigo mío este otro día que nuevamente es venido de Italia, los quales, assi por Leonardo de Arcio como por Pedro Cándido milanés, de aquel príncipe de los poetas, Homero, e de la historia troya-

na que él compuso, a la qual *Iliade* intituló, traduxeron del griego a la lengua latina, creo ser primero, segundo, tercero o quarto o parte del décimo libros. E como quiera que por Guido de Columna, e informado de las relaciones de Ditis griego y Dares phrigio, y de otros muchos autores assaz plenaria y extensamente ayamos notiçia de aquella, agradable cosa será a mí ver obra de un tal alto varón y quasi soberano príncipe de los poetas, mayormente de un litigio militar o guerra el mayo y más antiguo que se cree aver se'ydo en el mundo. Y assí, ya sea que no vos fallezcan trabajos de vuestros studios, por consolación e utilidad mía y de otros, vos ruego mucho vos dispongades, pues que ya el mayor puerto y creo de mayores fragosidades lo pasaron aquellos dos presantes varones, lo passedes vos el segundo, que es de la lengua latina al nuestro castellano idioma.

Bien sé yo agora que, según que ya otras vezes con vos y con otros me ha acaescido, diredes que la mayor parte o quasi toda de la dulçura o graçiosidad quedan y retienen en sí las palabras y vocablos latinós; lo qual como quiera que lo yo non sepa, porque no lo aprendí, verdaderamente creo, porque los libros assí de Santa Scriptura, Testamento Viejo y Nuevo primeramente fueron scriptos en hebrayco que en latín e en latín que en otros lenguajes en que oy se lee por todo el mundo a doctrina e enseañança a todas gentes; e después muchas otras historias, gestas fabulosas e poemas. Ca difiçil cosa seria agora que, después de assaz años e no menos trabajos, yo quisiese o me despusiesse a porfiar con la lengua latina, como quiera que Tulio afirma Catón —creo Uticense— en hedad de ochenta años aprendiesse las letras griegas; pero solo e singular fue Catón del linage humano en esto y en otras muchas cosas. E pues no podemos ver aquello que queremos, queramos aquellos que podemos. E si careçemos de las formas, seamos contentos de las materias.

A ruego e instançia mía, primero que de otro alguno, se han vulgarizado en este reyno algunos poetas, assí como la *Eneida* de Virgilio, el *Libro mayor de las transformaciones* de Ovidio, las *Tragedias* de Lucio Anio Séneca e muchas otras cosas en que yo me he deleytado fasta este tiempo e me deleyto y son assí como un singular reposo a las vexaçiones y trabajos que el mundo continuamente trae, mayormente en estos nuestros reynos. Assí que aceptado por vos el tal cargo, principalmente por la excellençia de la materia y clara forma del poeta, es despues por el traduzidor, non dubdedes esta obra que todas las otras sera a mí muy más grata. Todos días sea bien de vos. De la mi villa de Buytrago.

## 12. La imposición de la fe y la quema de libros

Alvar Gómez de Castro: *De las hazañas de Francisco Jiménez de Cisneros*, ed. José Oroz Reta, Madrid: Fundación Universitaria Española, 1984, p. 99. La quema de libros se produjo en 1500 al volver Cisneros de Granada.

Alegre por el éxito Jiménez y estimando que debía aprovecharse una ocasión tan favorable, y extirpar radicalmente de sus almas todo el error mahometano, no se detenia ante el parecer de quienes juzgaban más prudente ir quitando poco a poco una costumbre inveterada; pues pensaba que este método era aplicable en asuntos de poca importancia, y en los que no se ventile la salvación de las almas. Así que, con facilidad, sin dar un decreto y sin coacción, logró que los Alfaquíes, dispuestos en aquella época a hacer todo tipo de favores, sacasen a la calle los ejemplares del Corán, es decir, el libro más importante de su superstición, y todos los libros de la impiedad mahometana, de cualquier autor y calidad que fuesen. Se reunieron cerca de cinco mil volúmenes, adornados con palos de enrollar; los cuales eran también de plata y oro, sin contar su admirable labor artística. Estos volúmenes cautivaban ojos y ánimos de los espectadores. Pidieron a Jiménez que les regalase muchos de ellos; pero a nadie se le concedió nada. En una hoguera pública fueron quemados todos los volúmenes juntos, a excepción de algunos libros de Medicina, a la que aquella raza fue siempre y con gran provecho muy aficionada.

## IMÁGENES



Fig. 1. Los mercaderes y la escritura.

Miniaturas del Libro dei conti, siglo XIV. Murano (Venecia), Monasterio de San Matthiae, Biblioteca del Seminario. Reproducido de Siglo XV. Exposición Universal Sevilla 1992. Pabellón Temático, Sevilla: Sociedad Estatal para la Exposición Universal de Sevilla, 1992, p. 102.



Fig. 2. Una escuela por dentro.

Jaume Gazull: *Lo somni di Johan Johan*, Valencia: *Llop de la Roca*, 1497. Portada. Reproducido de León Esteban y Ramón López Martín: *Historia de la enseñanza y de la escuela*, Valencia: *Tirant lo blanch*, 1994, p. 255.



wer jemand hit der gern welt lernen dinstlich schreiben und lasen vñ den aller  
kürtsilten grundt den Jernan erdichten kan do durch ein jēder der vor mit ein  
büchhabn kan der mag kinstlich und bald begrieffen ein grundt do durch er  
mag von jm selber lēren sin schuld vñ schreiben und lasen und wer es  
nit gleren kan so vngelichit were den will ich vñ nit und er  
geben gleret habn und ganz nit von jm zū lon nemen er syg  
wer er wil burger dinst handwerklich gefellen frowen und ju  
nckfrowen wer sin bedarff der kün hat in der wirt drinlich  
gleret vñ ein zimlichen lon aber die jungen knaben und me  
ist nu noch den frowen wie gewonheit ist Anno m cccc xv



Wer Jemandt hit der gern welt lernen dinstlich schreiben und lasen  
vñ den aller kürtsilten grundt den Jernan erdichten kan do durch  
ein jēder der vor mit ein büchhabn kan der mag kinstlich und bald  
begrieffen ein grundt do durch er mag von jm selber lēren sin schuld  
vñ schreib und lasen und wer es nit gleren kan so vngelichit  
were den will ich vñ nit und vergben gleret habn und ganz nit  
von jm zū lon nemen er syg wer er wil burger oder hantwerks ge  
fellen frowen und junchfrowen wer sin bedarff der kün hat in der  
wirt drinlich gleret vñ ein zimlichen lon aber die junge knabē  
und meist nu noch den frowen wie gewonheit ist .j. 5 .j. 6.



Fig. 3. La enseñanza privada, de día y de noche.

Ambrosius Holbein, 1516. a) Lección a los niños; b) Lección a los adultos. Basilea, *Öffentliche Kunt-sammlung*. Reproducido de La obra pictórica completa de Holbein el joven, *Bacelona-Madrid: No-guer*, 19, lámina 1 y p. 87 (texto). También puede verse en Philippe Ariès: *El niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen*, Madrid: Taurus, 1987, lámina y pp. 394-395, para el texto, de donde lo tomo, al que he incorporado la mención final del año que también se puede ver en la tabla.

Aquel que desee aprender a leer y escribir en alemán por el medio más rápido, y que no sepa una palabra, sabrá que aquí podrá aprender lo que ha de saber sobre la escritura y la lectura. Y si alguien es tan tonto que no logra aprenderlo, le habré enseñando gratuitamente, y no tomaré ningún derecho sobre él. Quienquiera que seáis, burgueses, artesanos, labradores, mujeres y muchachas, cualesquiera que sean vuestras necesidades, al que venga aquí se le instruirá escrupulosamente por un precio módico. Por el contrario, los menores, niñitos y niñas, las pagarán cada trimestre como es costumbre. 1516.

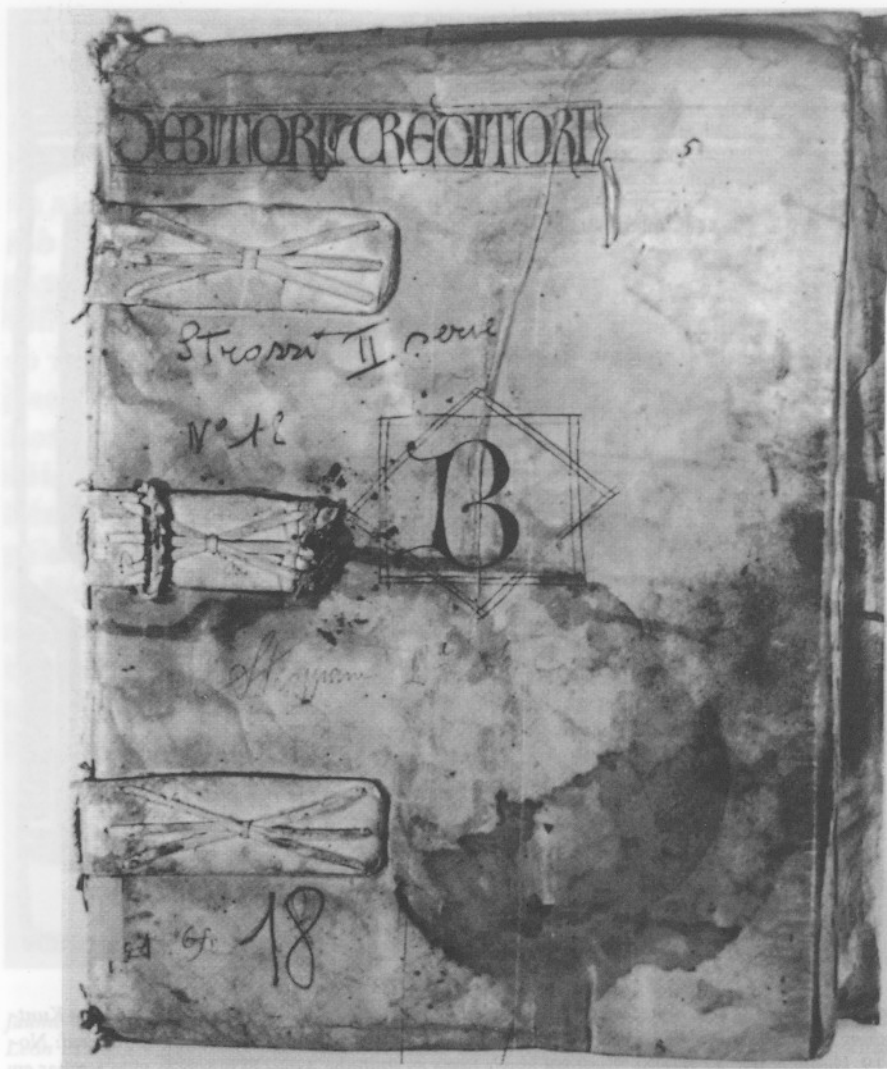


Fig. 4. La memoria de lo cotidiano: voluntad de conservación.

Libro de familia de Nicola di Antonio, 1452-1453. Florencia, Archivio di Stato, Carte Stroziane, II, 18. Reproducido de Franca Allegrezza: «La diffusione di un nuovo prodotto di bottega. Ipotesi sulla confezione dei libri di famiglia a Firenze nel Quattrocento», *Scrittura e civiltà*, XI, 1991, pp. 247-265.

Conforme al rótulo de la cubierta el ejemplar se presenta como libro de «debitori e creditor», señalando así la razón y el contenido del mismo. Sostiene Franca Allegrezza que dicha denominación corresponde más bien a un título de «bottega», esto es, ajustado a los usos establecidos en las prácticas escritas de comerciantes y artesanos, antes que a una elección personal. Al menos en los primeros años del siglo XV, luego sí que se dio una mayor diversidad aunque sería necesario profundizar tanto en la cronología del proceso como en el contenido de cada libro y su relación con el título adoptado.



Fig. 5. Formas de la escritura personal: el libro de viajes.

Relación de la peregrinación de Sebastián Ilung (1439-1440), segunda mitad del siglo xv. Londres, British Library, Ms. Add. 14326, f. 7v. Reproducido de Santiago, camino de Europa. Culto y cultura en la peregrinación a Compostela, Santiago de Compostela: Xunta de Galicia-Fundación Caja de Madrid-Arzbispado de Santiago de Compostela, 1993, p. 449.

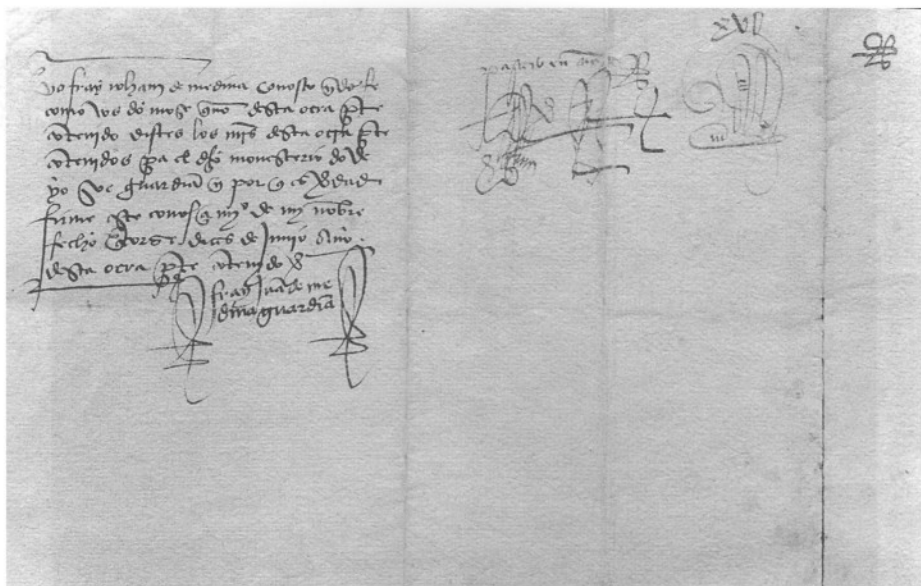


Fig. 6. Autógrafos menores: el recibo.

Recibo suscrito por fray Juan de Medina, guardián del monasterio de San Francisco, Alcalá de Henares a 14 de junio de 1485. Alcalá de Henares, Archivo Municipal, Leg. 1097/1 (Foto: Luis Alberto Cabrera).

El trazado de la letra muestra la plena competencia gráfica del autor, cuyo testimonio corresponde al nivel de las escrituras usuales, es decir, las propias de personas bien alfabetizadas y habituadas a escribir. Emplea una gótica cortesana regular y perfectamente alineada, con un preciso conocimiento de las abreviaturas y una correcta separación de las palabras. La tipología del documento denota la extensión social de la escritura como garantía de autenticidad y la progresiva implantación de la suscripción autógrafa como forma de validación. El recibo se emitió para justificar la recepción de los 15.000 maravedís de limosna real entregados al monasterio por mosé Quino, arrendador de las alcabalas del viento, ferias, tercias y otras rentas en la villa de Alcalá. El año de la data se deduce de la fecha del libramiento que figura en el anverso de este documento.

Yo fray Ioham de Medina, conosco y do fe / como vos don mose Quino, desta otra parte / contenido, distes los maravedís desta otra parte / contenidos para el dicho monesterio donde / yo soe guardian; y por que es verdad / firmé este conoscimiento de mi nonbre / fecho quatorze días de junio año / desta otra parte contenido.

Fray Juan de Me- / dina, guardian (rúbrica).

(Al lado): pasado en cuenta, XVM (rúbricas).

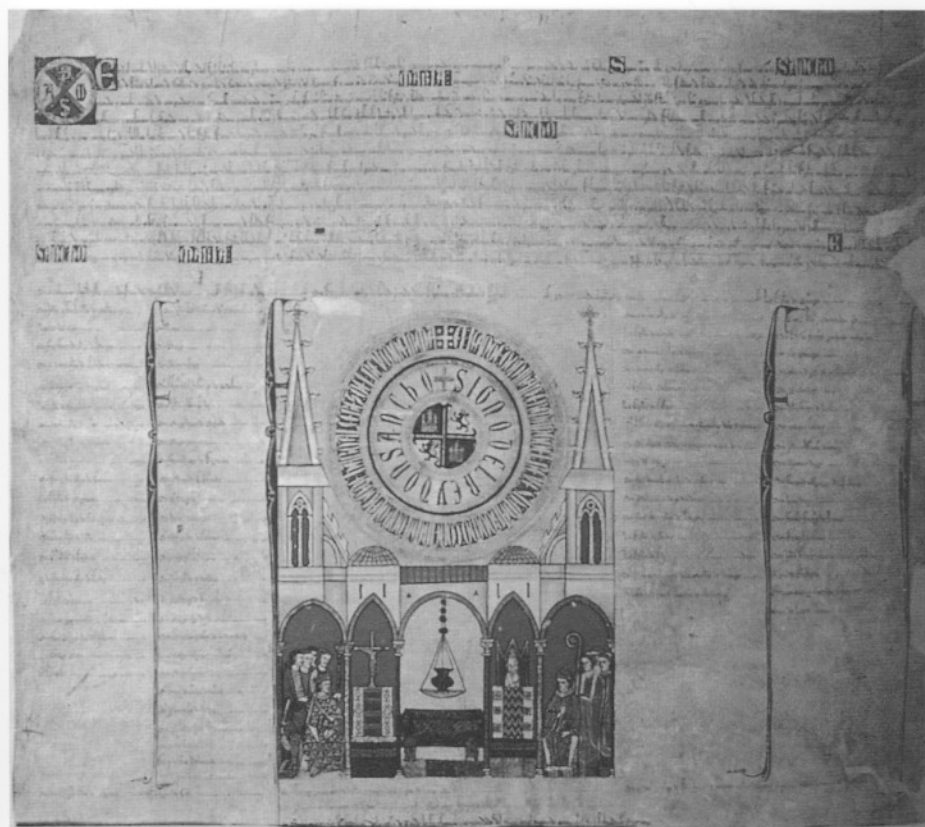


Fig. 7. El documento como propaganda.

Privilegio rodado de Sancho IV, año 1285. Madrid, Archivo Histórico Nacional, Clero. Carp. 3022, 5 bis. Reproducido de *El documento pintado. Cinco siglos de arte en manuscritos*, Madrid: Museo Nacional del Prado-AFEDA, 2000, p. 38.

Este documento es un excelente prototipo de la estrecha conexión entre el poder y la escritura tan característica del peso adquirido por las cancellerías reales en la Baja Edad Media. La cuidada disposición del texto, la regularidad de la escritura empleada, la llamada gótica de privilegios, el uso de mayúsculas sobre fondo coloreado para los nombres del rey y de la reina, y la fuerza visual de la miniatura son prueba fehaciente de que la fabricación de esta clase de documentos respondía a una *ordinatio* previa y que la misma era obra de un personal especializado. Más allá del contenido concreto, el documento tiene todos los ingredientes para considerarlo en clave simbólica y propagandística, como demostración palmaria de un acto de comunicación confiado a la potencialidad enunciativa de una imagen que, por la identidad de quienes otorgan y corroboran la actio documental, expresa también la ideología subyacente a las monarquías feudales.

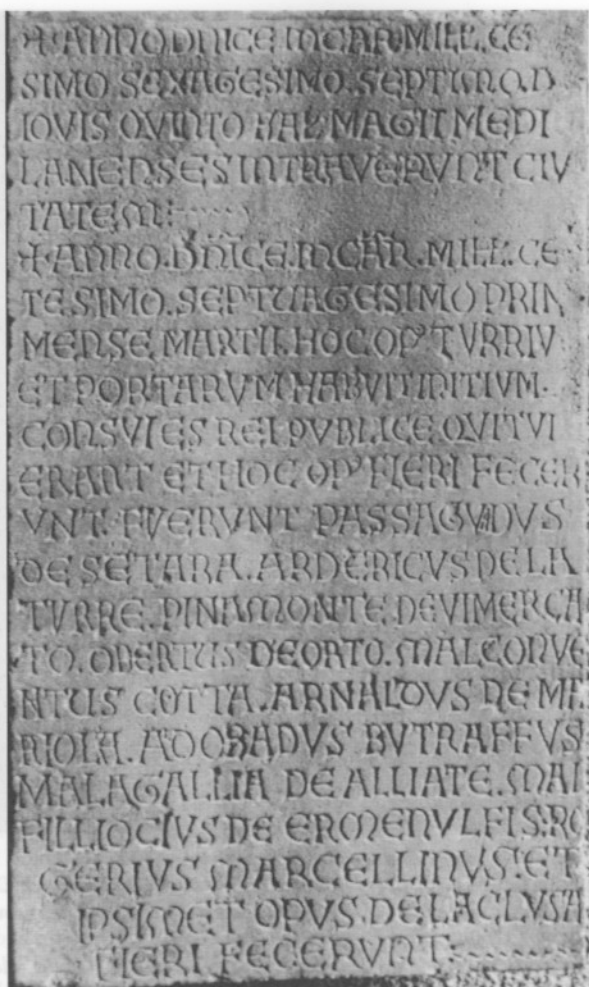


Fig. 8. El retorno de las escrituras expuestas.

Inscripción conmemorativa de la refundación de los muros de Milán, posterior a 1171. Milán, Museo d'Arte Antica del Castello Sforzesco. Reproducida de Armando Petrucci: *La scrittura. Ideologia e rappresentazione*, Turín: Einaudi, 1986, lámina 5 y pp. 9-10, para el comentario.

El renacimiento urbano y el carácter más laico de la cultura escrita se pusieron de manifiesto en el uso amplio y articulado de las escrituras expuestas, incluso con funciones estrictamente civiles. Un ejemplo de ello lo tenemos en esta inscripción milanesa, contemporánea a otras similares de Pisa o Salerno. Se colocó en la monumental Puerta Romana para conmemorar un hecho de naturaleza completamente cívica, junto a otras labradas en distintos tipos gráficos. Realizada en una escritura gótica, elegante en la intención y desordenada en la planificación, según ha expuesto Armando Petrucci, carece de la legibilidad de otras, aunque tampoco se puede decir que fuera absolutamente ilegible. Al estar colocada en un lugar público y expuesta a la vista de todos es innegable que dicha inscripción pretendía cumplir una determinada función ideológica constituyéndose en un «lugar de memoria».



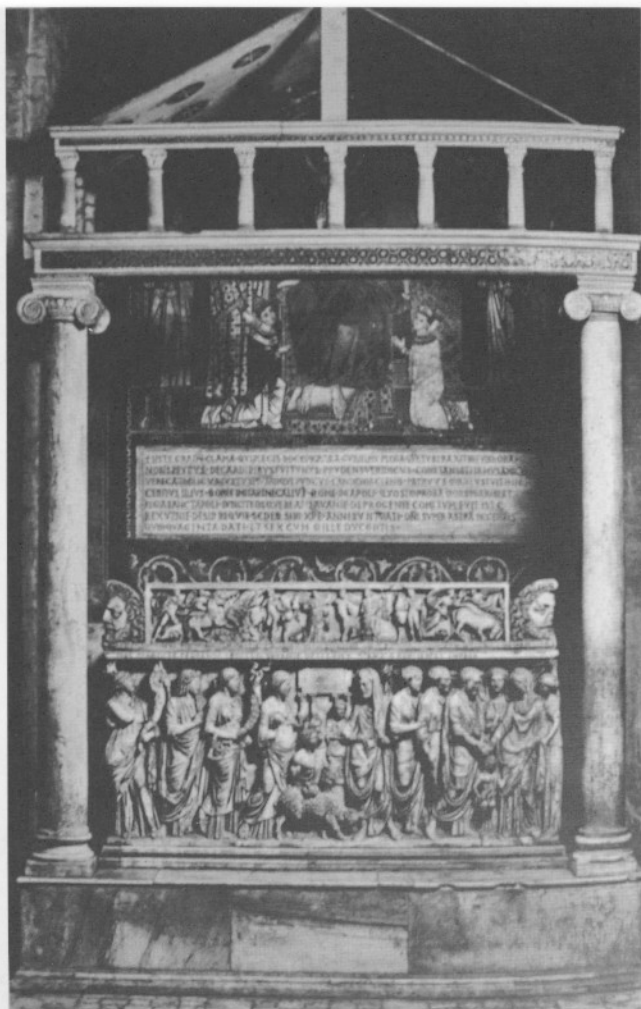


Fig. 9. La gloria de los muertos.

Monumento fúnebre del cardenal Guglielmo Fieschi († 1256). Roma, Basilica de San Lorenzo. Reproducido de Armando Petrucci: *La scrittura ultime. Ideologia de la morte e strategie dello scrivere nella tradizione occidentale*, Turín: Finaudi, 1995 lámina 25 y p. 78 para el comentario.

Se trata de un tipo de monumento funerario empotrado en la pared muy característico del gótico italiano, aunque tuviera algunos precedentes. Descrito por Boncompagno de Signa en su *Candelabrum eloquentiae* (1227) estaba destinado a perpetuar la memoria de las grandezas y méritos de los difuntos, de ahí la grandiosidad arquitectónica, la riqueza ornamental y de colores, y la importancia de los textos epigráficos, unos en prosa y otros en verso. En el caso del sepulcro del cardenal Fieschi pueden verse dos inscripciones: una puramente didascálica y prácticamente ilegible en el borde del sarcófago; y la otra con mayores garantías de legibilidad dada su regularidad, el alineamiento del texto, la claridad de la escritura románico-gótica empleada y la situación privilegiada en el centro del monumento.



Fig. 10. Las escrituras últimas.

Sepulcro de Martín Vázquez de Arce, «doncel» de Sigüenza († 1486). Catedral de Sigüenza. Reproducido de Felipe-Gil Peces Rata: Sigüenza. La ciudad del doncel, Barcelona: Escudo de Oro, 1990 (2.<sup>a</sup> ed.), p. 17.

Este singular ejemplo de la escritura funeraria gótica castellana adopta el modelo de los sepulcros empotrados en la pared y destaca por la importancia que atribuye a la escritura. De un lado, la cartela en memoria del difunto, escrita en una gótica minúscula, configura un texto perfectamente alineado y regular, colocado, además, en una posición central dentro del conjunto, reclamando así la función comunicadora del mismo. De otro, el libro abierto que Martín Vázquez sostiene en las manos y sobre el que vuelca los ojos, en lo que podemos entender como una representación del valor social adquirido por los libros y la práctica de la lectura silenciosa.

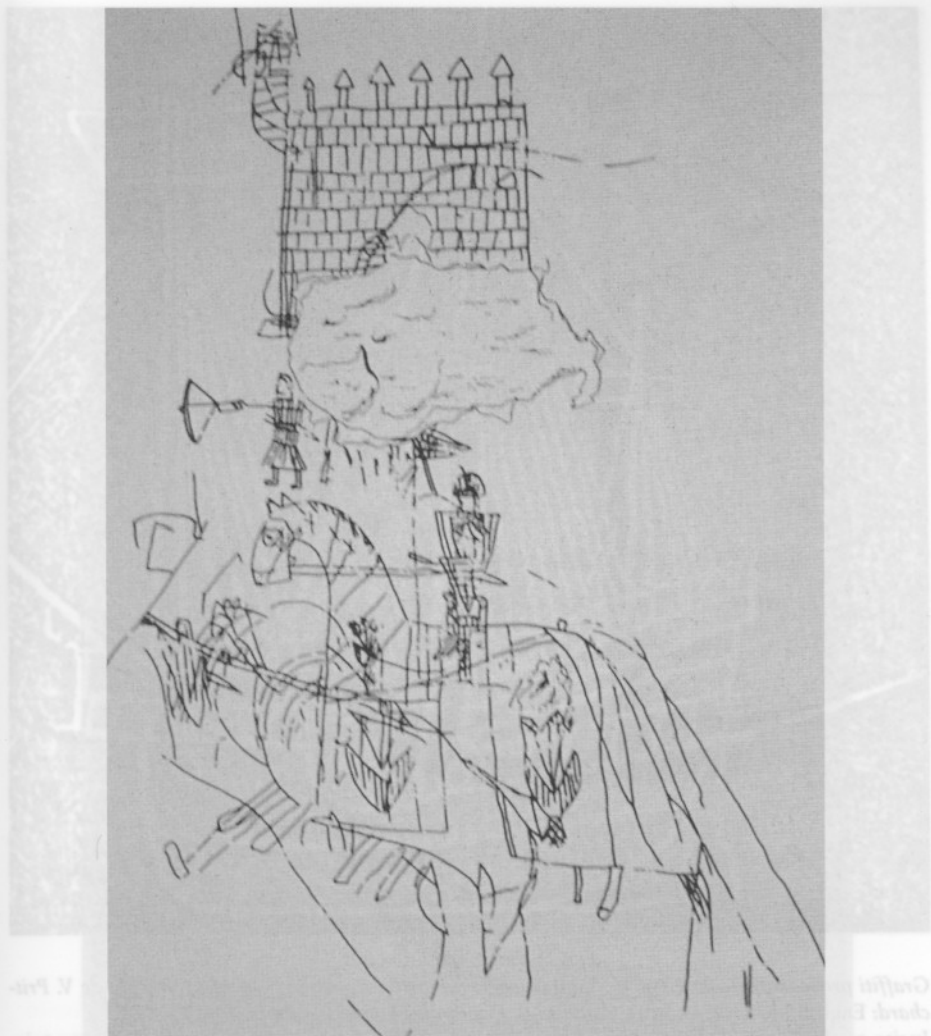


Fig. 11. Una escena guerrera.

Riubregós (Anoia), Castillo de Castellfollit. Reproducido en Àngels Casanovas i Romeu y Jordi Rovira i Port: «Documents singulars per a una història de les mentalitats. Grafits medievals i postmedievals de Catalunya», en *Grafits. 6000 anys de llenguatge marginal*, Sabadell: Fundació Caixa de Sabadell, 1999, p. 30.

De acuerdo a los autores, el testimonio se podría datar en la segunda mitad del siglo XIII o en las primeras décadas del XIV, pues en uno de los nobles que aparecen en la escena se ha reconocido el escudo del linaje de los Cardona. Apuntan, además, que la escena, en la que se ven dos fracciones de guerreros enfrentados y una gran máquina para lanzar piedras, podría ser una evocación de la revuelta contra la Corona de Aragón protagonizada por Ramón V de Cardona (1241-1276) y, posteriormente, por su hijo Ramón VI de Cardona (1276-1329).

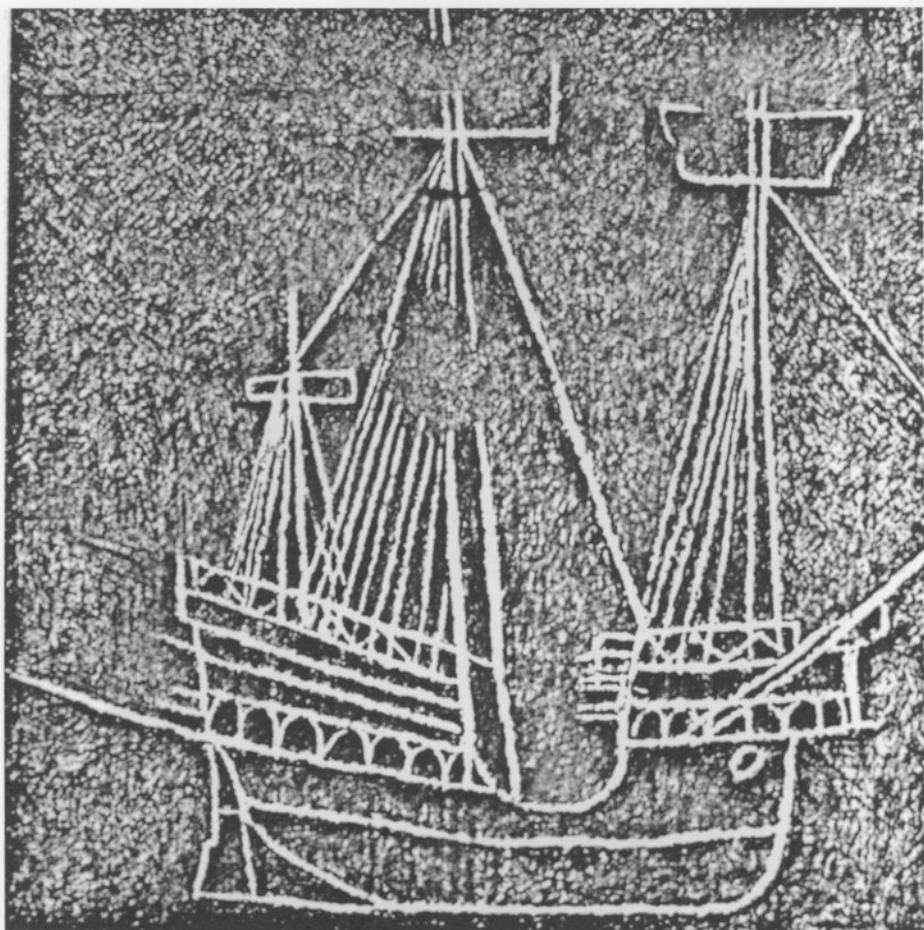


Fig. 12. Surcando los mares.

Graffiti procedente de la iglesia de Saint Michel en Marton (Lincolnshire). Reproducido de V. Pritchard: *English Medieval Graffiti*, Cambridge: Cambridge University Press, 1967, p. 123.

Inciso en el lado este de la puerta sur, según Pritchard puede datarse entre finales del siglo XV y principios del XVI dada su semejanza con algunas representaciones de la época, en particular con algunos bocetos del «Ángel de oro» del rey escocés Jacobo IV (1488-1514).

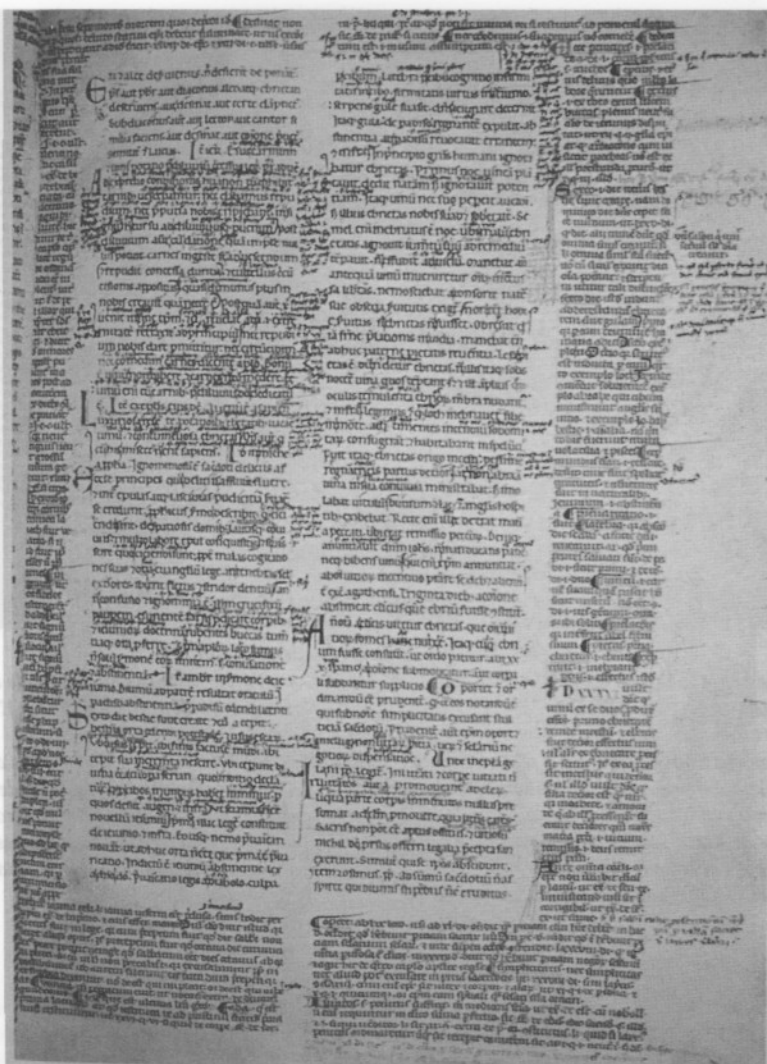


Fig. 13. La lectura escolástica.

Graciano: Decreto, ca. 1140. Amiens, Bibliothèque municipale, Ms. 354, f. 31. Reproducido de Roger Chartier: *Le livre en révolutions. Entretiens avec Jean Lebrun*, París: Textuel, 1997, p. 89.

La imagen muestra una práctica de lectura que transita entre el texto principal, copiado en el centro y con letras de módulo mayor, y las glosas y comentarios con las observaciones efectuadas por los distintos comentadores y lectores. El libro deja de ser un objeto sagrado de veneración para convertirse en un instrumento de estudio y consulta, de manera que en sus páginas se hicieron visibles las concretas experiencias de lectura. La factura del libro responde al llamado libro de banco o universitario, con la característica disposición en dos columnas y los generosos espacios marginales destinadas a las glosas, comentarios y notas de lectura.



Fig. 14. El libro como símbolo de distinción.

Renaut de Montauban ou les Quatre Fils Aymon, Flandes, s. xv. París: Bibliothèque nationale de France, Manuscrits occidentaux, Français 764, fols. 119-120. Reproducido de Anne Zali (ed.): *L'Aventure de Renaut de Montauban*. La page, París: Bibliothèque nationale de France, 1999, p. 126.

La obra en cuestión es uno de los relatos caballerescos que suelen hallarse en los inventarios de libros de la nobleza bajomedieval. Sin embargo, la atención dada a los aspectos materiales del libro demuestra que este no solamente estaba destinado a la lectura, sino que, además, pretendía servir como un signo visible de decoro y distinción social. Función que determina las características materiales de este tipo de libros cortesanos, copiados normalmente por encargo, sobre pergamino, en una cuidada gótica textual y adornados con ricas miniaturas.





Fig. 15. Vivir para escribir.

Ovidio: *Metamorphoses*, ca. 1480-1485. París, Bibliothèque nationale de France, Ms. latin, 8016, f. 1. Reproducido de Genaro Toscano (ed.): *La biblioteca reale di Napoli al tempo della dinastia aragonesa* = *La biblioteca real de Nápoles en el tiempo de la dinastía aragonesa*, Valencia: Generalitat Valenciana, 1998, pp. 596-599, incluye la descripción de Teresa d'Urso.

Realizado para el cardenal Juan de Aragón, es de notar esta I inicial miniada en la que podemos ver una representación del poeta en su estudio sentado su escritorio y concentrado en lo que escribe. A la postre un testimonio claro de una vida volcada en la escritura, los libros y la lectura, como venía a serlo la de los humanistas y gentes de letras al término de la Edad Media. En este caso, además, la escena se sitúa en un interior privado y seguramente verosímil.

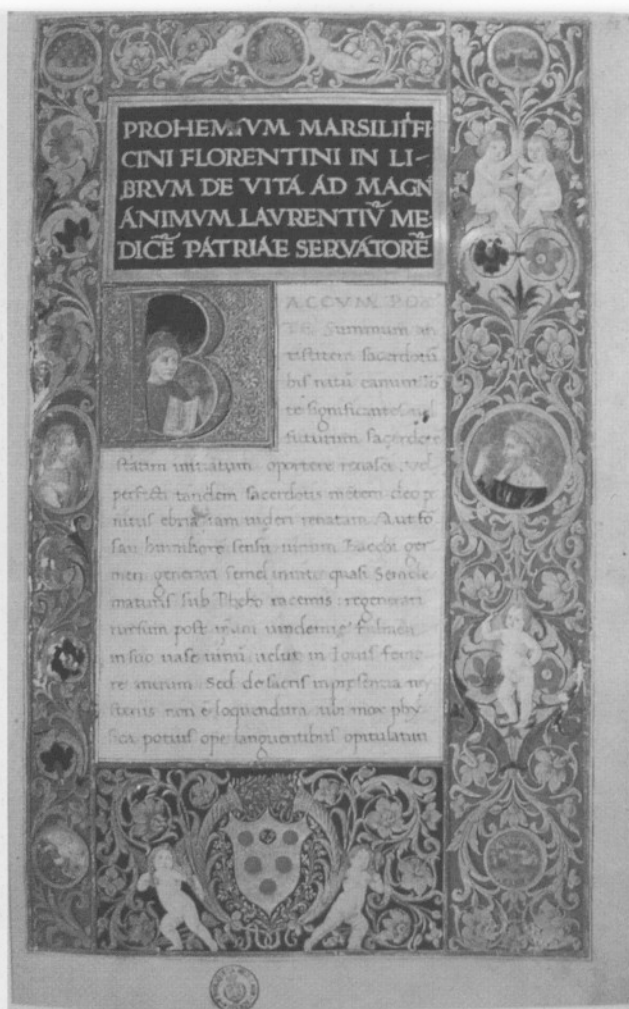


Fig.16. El libro humanista.

Marsilio Ficino: *De triplici vita*, s. xv (ca. 1489-1490). Florencia, Biblioteca Medicea Laurenziana, Plut. 73, 39. Reproducido de Guglielmo Cavallo (ed.): *I luoghi della memoria scritta*. Manoscritti, incunaboli, libri a stampa di Biblioteche Statali Italiane, Roma: Istituto Poligrafico e Zecca dello Stato-Libreria dello Stato, 1994, p. 189 (lámina) y pp. 189-190 (descripción de Sebastiano Gentile).

El tipo de libro característico de los ambientes humanistas, como este, se distinguía por la introducción de una nueva escritura, la littera antiqua, la decoración de inspiración tardocarolina y el empleo de capitales clásicas, como las que se pueden ver en el incipit de este ejemplar. Según expone Sebastiano Gentile, este códice, encargado por Filippo Valori, en principio estaba destinado al rey de Hungría, dados los intereses de la familia Valori en dicho país; pero luego acabó pasando a Lorenzo el Magnífico, cuyo escudo figura en la parte inferior del borde ornamental. Dentro de la inicial, el busto de Ficino, como corresponde a la exaltación del autor tan frecuente en los manuscritos de tipo humanístico.



Fig. 17. Los libros útiles.

Mujer preparando una receta con un libro en la mano, J. du Ries, *Historia escolástica*, vol. IV, 1470. Londres: British Library. Reproducido de *Textos e imágenes para las mujeres de una época: la edad media*, Alcobendas (Madrid): Ayuntamiento de Alcobendas, 1999, p. 81.

La imagen nos presenta una escena familiar en la que vemos, en primer plano, a una mujer sentada ante el fuego cocinando mientras consulta un libro abierto que tiene sobre las piernas. Parece evidente que debe tratarse de uno de los libros prácticos que se podían encontrar en los hogares «populares» al término de la Edad Media, donde se contenían consejos para curar determinadas enfermedades, recetas de cocina y otros saberes cotidianos. Por otro lado, el hecho de que sea una mujer quien esté consultando el libro da idea también de la existencia de mayores posibilidades de acceso a la lectura. Esto no quiere decir que las mujeres y las clases subalternas estuvieran mayoritariamente alfabetizadas, pero sí señala los cambios que se experimentaron a lo largo de los siglos XIV y XV, que, por lo que atañe a las mujeres, tuvieron su eco en el aumento de los escritos femeninos y de las situaciones de lectura.

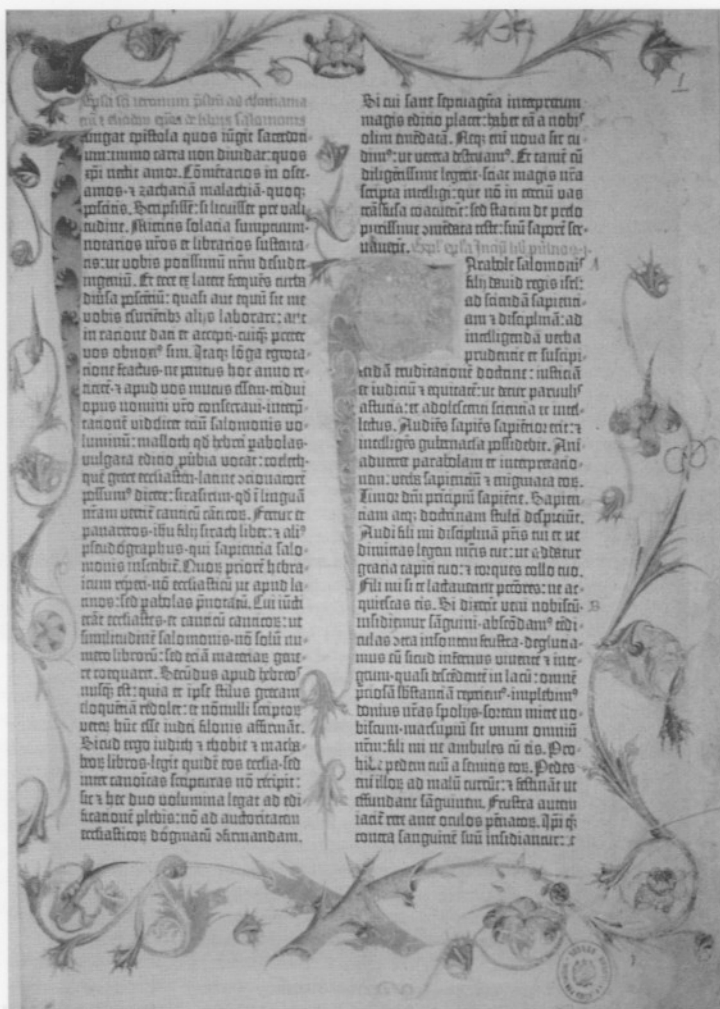


Fig. 18. La llegada de la imprenta.

Biblia de Gutenberg, Maguncia, Johannes Gutenberg, ca. 1454-agosto 1456. Burgos, Biblioteca Pública del Estado, Inc. 66. Reproducida de Creadores del libro. Del Medioevo al Renacimiento, Madrid: Ministerio de Cultura-Fundación Central Hispano, 1994, p. 36 (ilustración) y pp. 37- 38 (comentario de Eumelia Sámano Guillén).

La Biblia de Maguncia o de las 42 líneas es considerada como el primer fruto de la tipografía europea. Al imprimirla se dejaron huecos para las miniaturas y rúbricas, realizadas a mano. Impresa en papel, a dos columnas y en tipografías góticas muestra una característica común a los primeros pasos de la imprenta: su parecido con los manuscritos contemporáneos. De tal forma que, conforme se ha insistido en distintos estudios, la primera época de la producción tipográfica, hasta los años 20 y 30 del siglo XVI, no se caracterizó tanto por los cambios en las tipologías y modos librarios cuanto por la posibilidad de poner en circulación más ejemplares en menos tiempo.



Fig. 19. El fuego purificador.

Pedro Berruguete, *Prueba del fuego*, 1490-1496. Madrid, Museo del Prado. Reproducido de Pilar Silva Maroto: Pedro Berruguete, Valladolid: Junta de Castilla y León, Consejería de Educación y Cultura, 1998, p. 342. En relación con el tema de la pintura, véase el comentario de Francisco M. Gimeno Blay, *Quemar libros, ¡qué extraño placer!*, Valencia: Universitat de València, Seminari Internacional d'Estudis sobre la Cultura Escrita, 2001, pp. 19-20.

La tabla refleja la ordalía de libros efectuada por santo Domingo en el curso de sus predicaciones contra los albigenses y valdenses a principios del siglo XIII. Pintada en medio de una época dominada por la creciente intolerancia de la Iglesia católica y por la censura inquisitorial, la obra manifiesta la oposición entre la ortodoxia y la herejía: la primera está representada en el libro triunfante que aparece en el centro de la escena; la segunda por los libros que se consumen en la hoguera. Santo Domingo vigila la quema asegurando así el castigo de la herejía y la destrucción de las pruebas.

## BIBLIOGRAFÍA

- ALCINA FRANCH, José: *La Biblioteca de Alfonso V en Nápoles. Fondos valencianos*, con la colaboración de Manuel Blas Carbonell, 2 t., Valencia: Generalitat Valenciana, 2000.
- ALEGREZZA, Franca: «La diffusione di un nuovo prodotto di bottega. Ipotesi sulla confezione dei libri di famiglia a Firenze nel Quattrocento», *Scrittura e civiltà*, xv, 1991, pp. 247-265.
- ALESSIO, Franco: «Conservazione e modelli di sapere nel Medioevo», en *La memoria del sapere. Forme di conservazione e strutture organizzative dall'antichità a oggi*, ed. Pietro Rossi, Roma-Bari: Laterza-Seat, 1988, pp. 99-133.
- ALEXANDRE-BIDON, Danièle: «Le lettre volée. Apprendre à lire l'enfant au Moyen Âge», *Annales ESC*, 1989, 4, pp. 953-992.
- AUGENTI, Andrea y Massimiliano MUNZI: *Scrivere la città. Le epigrafi tardoantiche e medievali di Volterra (secoli IV-XIV)*, Florencia: All'Insegna del Giglio, 1997.
- AYERBE-CHAUX, Reinaldo: «Las Memorias de Doña Leonor López de Córdoba», *Journal of Hispanic Philology*, 2, 1977, pp. 11-33.
- BAIGES JARDÍ, Ignasi J.: «Llibre de comptes de Tomàs Prats, patró d'un uxor a la batalla de Porto Conte (agost de 1353)», en: *XIV Congreso de Storia della Corona de Aragona (Sassari-Alghero 19-24 maggio 1990): La Corona d'Aragona in Italia (secc. XIII-XVIII)*: 1. *Il «regnum Sardiniae et Corsicae» nell'espansione mediterranea della Corona d'Aragona*, vol. 2, *Comunicazioni*, 1, Sassari: Carlo Delfino editore, 1995, pp. 49-68.
- BALESTRACCI, Duccio: *La zappa e la retorica. Memorie familiari di un contadino toscano del Quattrocento*, Florencia: Salimbeni, 1984.
- BARTOLI LANGELI, Attilio: *Scrittura e parentela. Autografia collettiva, scritture personali, rapporti familiari in una fonte italiana quattrocentesca*, Brescia: Grafo, 1989.
- «Gli scritti da Francesco. L'autografia di un illitteratus», en *Frate Francesco d'Assisi. Atti del XXI Convegno Internazionale Assisi, 14-16 ottobre 1993*, Spoleto: Centro italiano di studi sull'Alto Medioevo, 1994, pp. 103-159.
- «Scritture e libri da Alcuino a Gutenberg», en *Storia d'Europa*, III. *Il Medioevo*, Turín: Einaudi, 1995, pp. 935-983.
- *La scrittura dell'italiano*, Bologna: Il Mulino, 2001, cap. 1, «Scrivere l'italiano: una novità (1100-1300)», pp. 13-40, y cap. 2, «Libri di scrivere (1300-1525)», pp. 41-75.
- y Mario INFELISE: «Il libro manoscritto e a stampa», *L'italiano nelle regioni. Lingua nazionale e identità regionali*, ed. Francesco Bruni, Turín: UTET, 1992, pp. 941-977.
- BATAILLON, L.-J., B. G. GUYOT, y R. H. ROUSE (eds.): *La production du livre universitaire au Moyen Âge. Exemplar et pecia*, Tournhout: Brepols, 1988.
- BEC, Christian: *Les marchans écrivains. Affaires et humanisme à Florence 1375-1434*, París-La Haya: Mouton, 1967.
- *Les livres des Florentins (1413-1608)*, Florencia: Leo S. Olschki, 1984.
- BECEIRO PITA, Isabel: «Las vías de acceso a la instrucción durante la Baja Edad Media», en *Alcalá de Henares y el Estudio General. Enseñanza y vida urbana en la España bajo-medieval*, coord. Antonio Castillo Gómez, Alcalá de Henares: Institución de Estudios Complutenses, 1993, pp. 25-58.
- «Temas y tipos de lectura entre los sectores laicos de la península ibérica (siglos XIII-XV)», *Temas medievales*, 8, 1998, pp. 9-32.
- «El testimonio de los ausentes: escritura y sociedad en el reino de Castilla», *Fundación*, Fundación para la Historia de España (Argentina), 11, 1999-2000, pp. 283-309.
- «La educación: un derecho y un deber del cortesano», en *La enseñanza en la Edad Media*, o. cit., 2000, pp. 175-206.
- «Los espacios del libro en Castilla y Aragón a fines del Medioevo», *Litterae. Cuadernos sobre Cultura Escrita*, 1, 2001, pp. 119-136.
- BERGERON, Rejean y Ezio ORNATO: «La lissibilité dans les manuscrits et les imprimés de la fin du Moyen Âge. Préliminaires d'une recherche», *Scrittura e civiltà*, XIV, 1990, pp. 151-198.
- BILLER, Peter y Anne HUDSON (eds.): *Heresy and Literacy, 1000-1530*, Cambridge: Cambridge University Press, 1994.
- BOITANI, Piero, Mario MANCINI, y Alberto VÁRVARO (eds.): *Lo spazio letterario del Medioevo*



- vo, 2. *Il medioevo volgare*, vol. 1. *La produzione del testo*, t. 2, Roma: Salerno, 2000.
- BOURLET, Caroline, y Annie DUFOUT (eds.): *L'écrit dans la société médiévale. Divers aspects de sa pratique du XI<sup>e</sup> au XV<sup>e</sup> siècle. Textes en hommage à Lucie Fossier*, París: CNRS, 1991.
- BRANCA, Vittore: «Con amore volere». *Narrar di mercanti tra Boccaccio e Machiavelli*, Venezia: Marsilio, 1996.
- BREVEGLIERI, Bruno: *Scritture lapidarie romatiche e gotiche a Bologna: osservazione paleografiche in margine alle «iscrizioni medievali bolognesi»*, Bologna: Istituto per la storia di Bologna, 1986.
- *Scrittura e immagine: le lastre terragne del Medioevo bolognese*, Spoleto: Centro italiano di studi sull'Alto Medioevo, 1993.
- BROWN, Cynthia J.: *Poets, Patrons and Printers. Crisis of Authority in Late Medieval France*, Ithaca-Londres: Cornell University Press, 1995.
- BUC, Philippe: *L'ambiguïté du livre. Prince, pouvoir et peuple dans les commentaires de la Bible au Moyen-Âge*, París: Beauchesne, 1993.
- BURY, Ricardo de: *Filobiblión. Muy hermoso tratado sobre el amor a los libros (1344)*, Valladolid: Junta de Castilla y León, Consejería de Educación y Cultura, 2001.
- BUSONERO, Paola, Maria Antonietta CASAGRANDE MAZZOLI, Luciana DEVOTI, y Ezio ORNATO: *La fabbrica del codice. Materiali per la storia del libro nel tardo medioevo*, Roma: Viella, 1999.
- CAMMAROSANO, Paolo: *Italia Medievale. Struttura e geografia delle fonti scritte*. Roma: La Nuova Italia Scientifica, 1992.
- CASTILLO GÓMEZ, Antonio: *Escripturas y escribientes. Prácticas de la cultura escrita en una ciudad del Renacimiento*, Las Palmas de Gran Canaria: Gobierno de Canarias-Fundación de Enseñanza Superior a Distancia, 1997.
- «Del oído a la vista: espacios y formas de la publicidad del escrito (siglos XV-XVI)», en *Pensamiento medieval hispano. Homenaje a Horacio Santiago-Otero*, t. coord. José María Soto Rábanos, Madrid: CSIC-Junta de Castilla y León, Consejería de Educación y Cultura-Diputación de Zamora, 1998, pp. 473-496.
- CAVALLO, Guglielmo: «Dallo "scriptorium" senza biblioteca alla biblioteca senza "scriptorium"», en *Dall'eremio al cenobio. La civiltà monastica in Italia dalle origini all'età di Dante*, ed. Giovanni Pugliese Carratelli, Milán: Scheiwiller, 1987, pp. 329-422.
- (ed.): *Libri e lettori nel Medioevo. Guida storica e critica*, Roma-Bari: Laterza, 1977.
- (ed.): *Le biblioteche nel mondo antico e medioevale*, Roma-Bari: Laterza, 1988.
- (ed.): *I luoghi della memoria scritta. Manoscritti, incunaboli, libri a stampa di Biblioteche Statali Italiane*, Roma: Istituto Poligrafico e Zecca dello Stato-Libreria dello Stato, 1994.
- LEONARDI, Claudio y Enrico MENESTO (eds.): *Lo spazio letterario del Medioevo*, 1, *Il Medioevo latino*, 5 vols., Roma: Salerno, 1992-1998.
- y Cyril MANGO (eds.): *Epigrafia medievale greca e latina. Ideologia e funzione: atti del seminario di Erice, 12-18 settembre 1991*, Spoleto: Centro italiano di studi sull'Alto Medioevo, 1995.
- CECCHI, Egli (ed.): *Le lettere di Francesco Datini alla moglie Margherita: 1385-1410*, Prato: Società Pratese di Storia Pratese, 1990.
- CERQUIGLINI-TOULET, Jacqueline: *La couleur de la mélancolie. La fréquentation des livres au XIV<sup>e</sup> siècle, 1300-1415*, Paris, Hatier, 1993.
- CICCHETTI, Angelo, y Raul MORDENTI: *I libri di famiglia in Italia. Filologia e interpretazione*, Roma: Edizioni di Storia e Letteratura, 1985.
- CIOCIOLA, Claudio (ed.): «Visibile parlare». *Le scritture esposte nei volgari italiani dal Medioevo al Rinascimento*, Nápoles: Edizione Scientifiche Italiane, 1997.
- Civiltà comunale: libro, scrittura, documento. Atti del convegno, Genova, 8-11 novembre 1988*, Génova: Società ligure di storia patria, 1988.
- CLANCHY, Michael T. *From memory to written record. England, 1066-1307*, Oxford y Cambridge (Mass.): Blackwell, 1993.
- CONDE Y DELGADO DE MOLINA, Rafael: *Les premières ordinations de l'archiú real de Barcelona = Las primeras ordenanzas del archivero real de Barcelona, 1384*, Madrid: Ministerio de Cultura, 1993.
- CONDELLO, Ema, y Giuseppe DE GREGORIO (eds.): *Scripti e colofoni. Le sottoscrizioni di copisti dalle origini all'avvento della stampa*, Atti del seminario di Erice X Colloquio del Comité international de paléographie latine (23-28 ot-

- tobre 1993), Spoleto: Centro italiano di studi sull'Alto Medioevo, 1995.
- DAVIES, Martin: «El libro humanístico en el Cuatrocientos», en *Introducción al humanismo renacentista*, ed. Jill Kraye, Madrid: Cambridge University Press, 1998, pp. 73-92.
- DERVILLE, Alain: «L'alphabétisation du peuple à la fin du Moyen Âge», *Revue du Nord*, LXVI, 261-262, 1984, pp. 761-776.
- The Early Medieval Bible. Its Production, Decoration and Use*, Cambridge: Cambridge University Press, 1994.
- DOGLIO, Maria Luisa: *Lettera e donna. Scrittura epistolare al femminile tra Quattro e Cinquecento*, Roma: Bulzoni, 1993.
- La enseñanza en la Edad Media*, X Semana de Estudios Medievales (Nájera, 1999), Logroño: Gobierno de la Rioja-Instituto de Estudios Riojanos, 2000.
- ESCARTÍ, Vicent Josep, y Marc Jesús BORRÁS: «Albarans de commoure» a la València del xv. Sobre els usos públics i criminals de l'escritura», en *Miscel·lània Joan Fuster. Estudis de llengua i literatura*, ed. Antoni Ferrando y Albert G. Hauf, vol. iv, Barcelona: Abadia de Montserrat, 1991, pp. 75-96.
- FAULTISCH, Werner: *Medien und Öffentlichkeiten im Mittelalter, 800-1400*, Göttingen: Vandenhoeck & Ruprecht, 1996.
- FERNÁNDEZ CATÓN, José María (ed.): *Creadores del libro. Del Medioevo al Renacimiento*, Madrid: Ministerio de Cultura-Fundación Central Hispano, 1994.
- FERNÁNDEZ FLÓREZ, José Antonio: «Escribir, en León-Castilla, en la época medieval», en *Viajes y viajeros en la España Medieval*, Aguilar de Campoo-Madrid: Fundación Santa María la Real, Centro de Estudios Románicos-Polifemo, 1997, pp. 143-175.
- FERRER I MALLOL, Maria Teresa: «El llibre de comptes d'un notari barceloní del segle xv. Nicolau de Mediona», *Estudis Castellonençs*, 93, 1994-1995, pp. 535-549.
- FOLIN, Marco: «Procedure testamentarie e alfabetismo a Venezia nel Quattrocento», *Scrittura e civiltà*, 14, 1990, 243-270.
- FOX, Clara: *El traductor, la iglesia y el rey*, Barcelona: Gedisa, 2000.
- FRASCADORE, Angela: *La scomunica e la scrittura. Un'indagine sulla cultura grafica di notai, giudici e testimoni nella Puglia del primo Trecento*, Florencia: SISMEL, 1999.
- FRENK, Margit: «Vista, oído y memoria en el vocabulario de la lectura: Edad Media y Renacimiento», en *Discursos y representaciones en la Edad Media: actas de las VI Jornadas Medievales*, ed. Concepción Company, Aurelio González y Lillian von der Walde Moheno, México: UNAM-El Colegio de México, 1999, pp. 13-31.
- GANZ, Peter (ed.): *The Role of the Book in Medieval Culture*, Turnhout: Brepols, 1986.
- GARIN, Eugenio: *La educación en Europa, 1400-1600. Problemas y programas*, Barcelona: Crítica, 1987.
- GASPARRI, Françoise: «Note sur l'enseignement de l'écriture aux xv<sup>e</sup>-xvi<sup>e</sup> siècles: a propos d'un nouveau placard du xvi<sup>e</sup> siècle découvert a la Bibliothèque Nationale», *Scrittura e civiltà*, 2, 1978, pp. 245-261.
- «L'enseignement de l'écriture a la fin du Moyen Âge: a propos du "Tractatus in omnem modum scribendi", ms. 76 de l'abbaye de Kremsmünster», *Scrittura e civiltà*, 3, 1979, pp. 243-265.
- «Enseignement et techniques de l'écriture du Moyen-Âge à la fin du xvi<sup>e</sup> siècle», *Scrittura e civiltà*, 7, 1983, pp. 201-222.
- «Enseignement et pratiques de l'écriture aux xiii<sup>e</sup>-xv<sup>e</sup> siècles», en F. Gasparri: *Introduction à l'histoire de l'écriture*, Louvain-la Neuve, Brepols, 1994, pp. 113-135.
- GIALLONGO, Angela: *Il bambino medievale. Educazione ed infanzia nel Medioevo*, Bari: Dedalo, 1990.
- GIL ROIG, Nuria: «Correspondencia de Jaime II con sus hijos. Afecto, formalismo o interés», *Aragón en la Edad Media*, xiv-xv, *Homenaje a la profesora Carmen Orcástegui Gros*, 1999, pp. 696-707.
- GIMENO BLAY, Francisco M.: «Materiales para el estudio de las escrituras de aparato bajomedievales. La colección epigráfica de Valencia», *Epigraphik* 1988, ed. Walter Roch, Viena: Österreichischen Akademie der Wissenschaften, 1990, pp. 195-215.
- «De scripturis in picturis», *Fragmentos. Revista de Historia del Arte*, 17-19 (1991), pp. 176-183.
- «Una aventura caligráfica: Gabriel Altadell y

- su "De arte scribendi" (ca. 1468)», *Scrittura e civiltà*, xvii, 1993, pp. 203-270.
- «Aprender a escribir en la península ibérica: de la Edad Media al Renacimiento», en *Escribir y leer en Occidente*, ed. Armando Petrucci y Francisco M. Gimeno Blay, Valencia: Universitat de València, Departamento de Historia de la Antigüedad y de la cultura escrita, 1995, pp. 125-144.
- «Escribir, leer y reinar. La experiencia gráfico-textual de Pedro IV el Ceremonioso (1336-1387)», *Scrittura e civiltà*, xxii, 1998, pp. 119-233.
- y María Teresa PALASÍ FAS: «Del negocio y del amor: el diario del mercader Pere Soriol (1371)», *Saitabi*, xxxvi, 1986, pp. 37-55.
- GÓMEZ MORENO, Ángel: *España y la Italia de los humanistas. Primeros ecos*, Madrid: Gredos, 1994.
- GRAFF, Harvey J.: *Storia dell'alfabetizzazione occidentale, 1. Dalle origini alla fine del Medioevo*, Bolonia: Il Mulino, 1989 (ed. orig. 1987).
- GRECI, Roberto: «Il diario di un (illustre) carcerato della seconda metà del Quattrocento», *Alfabetismo e cultura scritta. Seminario Permanente*. Notizie, [4], nov. 1982, pp. 10-14.
- GREEN, D. H.: *Medieval Listening and Reading. The Primary Reception of German Literature, 800-1300*, Cambridge: Cambridge University Press, 1994.
- GRENDLER, Paul F.: *Schooling in Renaissance Italy. Literacy and Learning 1300-1600*, Baltimore-Londres: The Johns Hopkins University Press, 1989.
- GURRUCHAGA, Marina: «Los géneros de la lectura en el seno de las bibliotecas aristocráticas castellanas del siglo xv», *Mnemosine*, 2, 1995, pp. 1-55.
- GUZZETTI, L.: «Donne e scrittura a Venezia nel tardo Trecento», *Archivio veneto*, 152, 1999, pp. 5-31.
- HAMESSE, Jacqueline: «El modelo escolástico de la lectura», en *Historia de la lectura en el mundo occidental*, dir. Guglielmo Cavallo y Roger Chartier, Madrid: Taurus, 1998, pp. 157-185.
- HELLINGA, Lotte, y J. B. TRAPP (eds.): *The Cambridge History of the Book in Britain*, vol. iii: 1400-1557, Cambridge: Cambridge University Press, 1999.
- HERNANDO, Josep.: *Llibres i lectors a la Barcelona del s. xiv*, 2 vols., Lérida: Fundació Noguera, 1995.
- HILLGARTH, J. M.: *Readers and Books in Majorca, 1229-1550*, París: CNRS, 1991.
- HIRSCH, Rudolph: «Imprenta y lectura entre 1450 y 1550», en *Libros, editores y público en la Europa Moderna*, comp. Armando Petrucci, Valencia: Alfons el Magnànim, 1990, pp. 27-67.
- HUNGER, Herbert: *The Romance of the Use and Its Medieval Readers. Interpretation, Reception, Manuscripts Transmission*, Cambridge: Cambridge University Press, 1993.
- HYDE, J. K.: *Literacy and Its Uses. Studies on Late Medieval Italy*, Manchester: Manchester University Press, 1994.
- HOMEM, Armando Luís de Carvalho, Luis Miguel DUARTE, y Eugénia PEREIRA DA MOTA: «Percursos na burocracia régia (séculos XIII-XV)», en *A memória da nação*, ed. Francisco Bethencourt y Diogo Ramada Curto, Lisboa: Sá da Costa, 1988, pp. 403-423.
- HUBERT, Marie-Clotilde, Emmanuel POULLE, y Marc H. SMITH (eds.): *Le statut du scribeur au moyen âge*, Actes du XII<sup>e</sup> colloque scientifique du Comité international de paléographie latine (Cluny, 17-20 juillet 1998), París: École des Chartes, 2000.
- IGLESIAS I FONSECA, Josep Antoni: «Le statut du scribeur en Catalogne (XIV<sup>e</sup>-XV<sup>e</sup> siècles): une approche», en *Le statut du scribeur...*, o. cit., ed. Marie-Clotilde Hubert et alii, 2000, pp. 229-257.
- ILICH, Ivan: *En el viñedo del texto. Un comentario al «Didascalicon» de Hugo de San Víctor*, México: Fondo de Cultura Económica (en prensa).
- KLAPISCH ZUBER, C.: «Le chiave fiorentine di Barbalù: l'apprendimento della lettura a Firenze nel xv secolo», *Quaderni storici*, 57, 1984, pp. 765-792.
- KRUS, Luis: «Escrita e poder: as Inquirições de Alfonso III», *Estudos Medievais*, 1, 1981, pp. 57-79.
- LAZZI, Giovanna y VITI, Giovanna (eds.): *Immaginare l'autore. Il ritratto del letterato nella cultura umanistica*, Convegno di studi - Firenze, 26-27 marzo 1998, Florencia: Polistampa, 2000.

- LERER, Seth: *Chaucer and this Readers. Imagining the Autor in Late medieval England*, Princeton: Princeton University Press, 1993.
- Libro, *scrittura, documento nella civiltà monastica e conventuale nel Basso Medioevo (secoli XIII-XV)*, Spoleto: Centro italiano di studi sull'Alto Medioevo, 1999.
- LÓPEZ BELTRÁN, María Teresa: *Educación, instrucción y alfabetización en la sociedad urbana malagueña a finales de la Edad Media y principios de la Edad Moderna*, Málaga: Universidad de Málaga, 1997.
- MANDINGORRA LLAVATA, María Luz: *La escritura humanística en Valencia. Su introducción y difusión en el siglo XV*, Valencia: Universitat de Valencia, 1986.
- «Escribir y administrar. La gestión hospitalaria y el recurso a la escritura», *Signo. Revista de Historia de la Cultura Escrita*, 1, 1994, pp. 91-111.
  - «Usos privados de la escritura en la Baja Edad Media. Secuencias espacio-temporales y contextos de uso», en *Las diferentes historias de letrados y analfabetos*, eds. Carlos Sáez y Joaquín Gómez-Pantoja, Alcalá de Henares: Universidad de Alcalá de Henares, 1994, pp. 57-88.
- El *Marqués de Santillana*, 1398-1458. *Los albores de la España Moderna. El humanista*, Honderribia: Nerea, 2001.
- MARTIN, Henri-Jean: *La naissance du livre moderne : mise en page et mise en texte du livre français (XIV<sup>e</sup>-XVII<sup>e</sup> siècles)*, París: Éditions du Cercle de la Librarie, 2000.
- y Jean VEZIN (dirs.): *Mise en page et mise en texte du livre manuscrit*, París: Cercle de la Librarie-Promodis, 1990.
- MASTRUZZO, Antonino: «Il gesto grafico e la sua raffigurazione (secoli XIII-XIV)», *Scrittura e civiltà*, XVII, 1993, pp. 271-308.
- MENEGHETTI, Maria Luisa: *Le origini delle letterature medievali romanze*, Roma-Bari: Laterza, 1997.
- MIGLIO, Luisa: «Leggere e scrivere il volgare. Sull'alfabetismo delle donne nella Toscana tardo medievale», in *Civiltà comunale...*, o. cit., 1988, pp. 355-383.
- «Scrivere al femminile», en *Escribir y leer en Occidente*, ed. Armando Petrucci y Francisco M. Gimeno Blay, Valencia: Universitat de València, Departamento de Historia de la Antigüedad y de la cultura escrita, 1993, pp. 63-108.
  - «A mulieribus conscriptos arbitror». Le donne e la scrittura», en *Scribi e colofoni...*, o. cit., ed. Ema Condello y Giuseppe De Gregorio, 1995, pp. 235-266.
  - «Fragmentos de historia», en «*Los muros tienen la palabra*», *Materiales para una historia de los graffiti*, eds. Francisco M. Gimeno Blay y M.<sup>a</sup> Luz Mandingorra Llavata, Valencia: Universitat de València, Departamento de Historia de la Antigüedad y de la cultura escrita, 1997, pp. 103-114.
  - «Lettere dal monastero. Scrittura e cultura scritta nei conventi femminili toscani del '400», en *Libro, scrittura, documento nella civiltà monastica e conventuale nel basso medioevo (secoli XIII-XV)*, Spoleto: Centro italiano di studi sull'Alto Medioevo, 1999, pp. 133-163.
- MOSTERT, Marco (ed.): *New Approaches to Medieval Communication*, Turnhout: Brepols, 1999.
- NEBBIAI-DALLA GUARDA, Donatella: *I documenti per la storia delle biblioteche medievali (secoli IX-XV)*, Roma: Jouvence, 1992.
- NUCCI, Anna Rita, y Maddalena SIGNORINI: «Un censimento di copisti di opere in volgare italiano (XIV-XV secolo)», *Alfabetismo e cultura scritta*, nueva serie, 2, 1989, pp. 79-92.
- ORNATO, Monique, y Nicole PONS (eds.): *Pratiques de la culture écrite en France au XV<sup>e</sup> siècle*, Lovaina-La-Neuve: Fédération Internationale des Instituts d'Études Médiévales, 1995.
- PARDO RODRÍGUEZ, M.<sup>a</sup> Luisa y Elena E. RODRÍGUEZ DÍAZ: «La producción libraria en Sevilla durante el siglo XV: artesanos y manuscritos», en *Scribi e colofoni...*, op. cit., ed. Ema Condello y Giuseppe De Gregorio, 1995, pp. 187-221.
- PARKES, Malcom: *Scribes, Scripts and Readers. Studies in the Communication, Presentation and Dissemination of Medieval Texts*, Londres: Hambledon, 1991.
- PETRUCCI, Armando: *La scrittura di Francesco Petrarca*, Ciudad del Vaticano: Biblioteca Apostólica Vaticana, 1967.
- «Alle origine del libro moderno. Libri da banco, libri da bisaccia, libretti da mano», en *Libri, scrittura e pubblico nel Rinascimento*.

- Guida storica e critica*, ed. Armando Petrucci, Roma-Bari: Laterza, 1979, pp. 137-156.
- «Il libro manoscritto», en *Letteratura italiana*, II, *Produzione e consumo*, ed. Alberto Asor Rosa, Turín: Einaudi, 1983, pp. 499-524.
  - «Dal manoscritto antico al manoscritto moderno», *Annali della Scuola Normale Superiore di Pisa, Classe di Lettere e Filosofia*, serie IV, «Quaderni, 1», 1998, pp. 3-13.
  - «Minuta, autógrafo, libro de autor», en A. Petrucci: *Alfabetismo, escritura sociedad*, Barcelona: Gedisa, 1999, pp. 73-91.
  - «Tipología del libro y de la lectura en la Italia del Renacimiento: De Petrarca a Poliziano», en *Ibidem*, pp. 92-104.
  - «La escritura manuscrita y la imprenta: ruptura o continuidad», en *Ibidem*, pp. 105-116.
  - «Leer en la Edad Media», en *Ibidem*, pp. 183-196.
  - «Las bibliotecas antiguas», en *Ibidem*, pp. 197-231.
  - (ed.): *Libro, scrittura e pubblico nel Rinascimento. Guida storica e critica*, Roma-Bari: Laterza, 1979.
  - y Luisa MIGLIO: «Alfabetizzazione e organizzazione scolastica nella Toscana del XIV secolo», en *La Toscana nel secolo XIV. Caratteri di una civiltà regionale*, ed. Sergio Gensini, Pisa: Pacini, 1988, pp. 465-484.
- PRITCHARD, V.: *English medieval graffiti*, Cambridge: Cambridge University Press, 1967.
- Renovación intelectual del occidente europeo (siglo XII)*. Actas de la XXIV Semana de Estudios Medievales de Estella, 14-18 de julio de 1997, Pamplona: Gobierno de Navarra, 1998.
- REYNOLDS, Leighton D. y Nigel G. WILSON: *Copistas y filólogos. Las vías de transmisión de las literaturas griega y latina*, Madrid: Grekos, 1995.
- REYNOLDS, Suzanne: *Medieval reading. Grammar, Rhetoric and the classical text*, Cambridge: Cambridge University Press, 1997.
- RODRIGUEZ DÍAZ, Elena E.: «Libro y humanismo en la Sevilla del siglo XV», *Historia. Instituciones. Documentos*, 20, 1993, pp. 473-497.
- ROUSE, R. H.: «L'évolution des attitudes envers l'autorité écrite: le développement des instruments de travail au XIII<sup>e</sup> siècle», en *Culture et travail intellectuel dans l'Occident médiéval*, ed. G. Hasenohr y J. Longère, París: CNRS, 1981, pp. 115-144.
- RUIZ GARCÍA, Elisa: «Hacia una tipología del libro manuscrito castellano en el siglo XV», en *Calligraphica et typographia, arithmetica et numerica, cronologia*, Barcelona: Universitat de Barcelona, 1998, pp. 405-435.
- «El poder de la escritura y la escritura del poder», en *Orígenes de la Monarquía Hispánica: propaganda y legitimación* (ca. 1400-1520), dir. José M. Nieto Soria, Madrid: Dyckinson, 1999, pp. 275-313.
  - «Claves del documento artístico bajomedieval en Castilla», en *El documento pintado. Cinco siglos de arte en manuscritos*, Madrid: Museo Nacional del Prado-Afeda, 2000, pp. 23-43.
- SABATINI, Francesco, Sergio RAFFAELLI, y Paolo d'ACHILLE: *Il volgare nelle chiese di Roma. Messaggi graffiti, dipinti e incisi dal IX al XVI secolo*, Roma: Bonacci, 1987.
- SAENGER, Paul: «Books of Hours and the Reading Habits of the Middle Ages», *Scrittura e civiltà*, IX, 1985, pp. 239-269.
- «The Separation of Words and the Order of Words: The Genesis of Medieval Reading», *Scrittura e civiltà*, XIV, 1990, pp. 49-74.
  - *Space Between Words. The Origins of Silent Reading*, Stanford: Stanford University Press, 1997.
  - «La lectura en los últimos siglos de la Edad Media», en *Historia de la lectura en el mundo occidental*, dir. Guglielmo Cavallo y Roger Chartier, Madrid: Taurus, 1998, pp. 187-230.
- SÁEZ SÁNCHEZ, Carlos: «Escrituras ordinarias y transmisión cultural en la Edad Media», en *Pensamiento medieval hispano. Homenaje a Horacio Santiago-Otero*, I, coord. José María Soto Rábanos, Madrid: CSIC-Junta de Castilla y León, Consejería de Educación y Cultura-Diputación de Zamora, 1998, pp. 627-643.
- «Documentos para ver, documentos para leer», *Anuario de Estudios Medievales*, 29, 1999, pp. 899-910.
- SAINT-VICTOR, Hugues de: *L'art de lire. Didascalicon*, introducción, traducción y notas de M. Lemoire, París: 1991.
- SANTOS, Maria Jose Azevedo: «A evolução da língua e da escrita», en *Nova história de Portugal*, dir. Joel Serrão y A. H. de Oliveira Marques, vol. III, *Portugal em definição de fronteiras*

- (1096-1325). *Do condado portugalense à crise do século XIV*, coord. Maria Helena da Cruz Coelho y Armando Luís de Carvalho Homen, Lisboa: Presença, 1996, pp. 604-634.
- *Leer e compreender a escrita na Idade Média*, Coimbra: Colibri-FLUC, 2000.
- SIGNORINI, Maddalena: «Alfabetizzazione nella Roma municipale: l'archivio Frangipane (1468-1500)», *Scrittura e civiltà*, XVIII, 1994, pp. 281-307.
- STOCK, Brian: *The Implications of Literacy: Written Language and Models of Interpretation in the Eleventh and Twelfth Centuries*, Princeton: Princeton University Press, 1983.
- TROVATO, Paolo: *L'ordine dei tipografi. Lettori, stampatori, correttori tra quattro e cinquecento*, Roma: Bulzoni, 1998.
- VARELA RODRÍGUEZ, Elisa: «Viajes a Cerdeña en el libro de cuentas del narrador catalán Jaume Tarascó (1334-1338)», en: XIV Congreso de Storia della Corona de Aragona (Sassari-Alghero 19-24 maggio 1990): *La Corona d'Aragona in Italia (secc. XIII-XVIII)*: 1. Il «regnum Sardiniae et Corsicae» nell'espansione mediterranea della Corona d'Aragona, vol. 2, Communicationi, 1, Sassari: Carlo Delfino editore, 1995, pp. 915-945.
- VERGER, Jacques: *Gentes del saber en la Europa de finales de la Edad Media*, Madrid: Complutense, 1999.
- VINYOLÉS, Teresa: «Cartas de mujeres medievales: mirillas para ver la vida», en *La voz del silencio II. Historia de las mujeres: compromiso y método*, ed. Cristina Segura Graiño, Madrid: Asociación Cultural Al-Mudayna, 1993, pp. 97-133.
- «L'amor i la mort al segle XIV: cartes de dones», *Miscel·lània de Textes Medievals*, 8, 1996, pp. 111-198.
- TOSCANO, Genaro (ed.): *La biblioteca reale di Napoli al tempo della dinastia aragonese = La biblioteca real de Nápoles en tiempos de la dinastía aragonesa*, Valencia: Generalitat Valenciana, 1998.
- Vocabulaire du livre et de l'écriture au Moyen-Âge*, Turnhout: Brepols, 1989.
- WRIGHT, Roger: *El Tratado de Cabreros (1206): estudio sociofilológico de una reforma ortográfica*, Londres: Queen Mary & Westfield College, 2000.